



Visita al territorio de Laurent Binet



La Escalera

Lugar de lecturas

Intérpretes hay por todas partes. Cada uno habla su lengua aunque conozca un poco la del otro. Las argucias del intérprete son muy amplias y nunca prescinde de sus intereses.

DERRIDA

PRIMERA PARTE

París

1

La vida no es una novela. Al menos eso es lo que a ustedes les gustaría creer. Roland Barthes sube una vez más por la rue de Bièvre. El mayor crítico literario del siglo xx tiene sobrados motivos para estar angustiado en grado sumo. Su madre, con quien mantenía unas relaciones muy proustianas, ha muerto. Y su curso en el Collège de France, titulado «La preparación de la novela», ha resultado un fracaso del que difícilmente puede sustraerse: durante todo el año ha estado hablándoles a sus alumnos de haikus japoneses, de fotografía, de significantes y significados, de divertimentos pascalianos, de camareros de café, de batas guateadas o del número de asientos en el anfiteatro, de todo menos de novela. Y va para tres años así. Sabe irremediablemente que el propio curso no es más que una maniobra dilatoria para aplazar el momento de empezar una obra verdaderamente literaria, es decir, una que haga justicia al escritor hipersensible que está aletargado en él y que, en opinión de todo el mundo, ha empezado a dar brotes con su *Fragmentos de un discurso amoroso*, considerada ya la biblia de los menores de veinticinco años. De Sainte-Beuve a Proust, ya toca cambiar y ocupar el sitio que le corresponde en el panteón de

los escritores. Mamá ha muerto: se ha cerrado el círculo que se abrió con *El grado cero de la escritura*. La hora ha llegado.

La política, sí, sí, ya se verá. No se puede decir que sea muy maoísta, después de su viaje a China. Por otra parte, no es eso lo que se espera de él.

Chateaubriand, La Rocheoucauld, Brecht, Racine, Robbe-Grillet, Michelet, Mamá. El amor de un chico.

Me pregunto si ya habría entonces algún «Vieux Campeur»^[1] en el barrio.

Dentro de un cuarto de hora estará muerto.

Estoy seguro de que el papeo era bueno en la rue des Blancs-Manteaux. Imagino que se come bien en casa de esa gente. En *Mitologías*, Roland Barthes descifra los mitos contemporáneos erigidos por la burguesía a la mayor gloria de sí misma y, gracias a ese libro, él se convirtió en alguien verdaderamente famoso; así que, de alguna manera y en resumidas cuentas, es a la burguesía a la que deberá su fortuna. Pero se trataba de la pequeña burguesía. La gran burguesía que se pone al servicio del pueblo es un caso muy particular que merece ser analizado. Habrá que escribir un artículo al respecto. ¿Esta noche? ¿Por qué no ahora mismo? No, antes tiene que seleccionar sus diapos.

Roland Barthes aprieta el paso sin percatarse de nada de cuanto lo rodea, y eso que es un observador nato, cuyo oficio consiste en observar y analizar y cuya vida se la ha pasado por entero rastreando signos. No hay duda de que no ve ni los árboles, ni las aceras, ni los escaparates, ni los coches del boulevard Saint-Germain, que se conoce de memoria. Ya no está en Japón. No siente la mordedura del frío. Apenas si oye los ruidos de la calle. Aquello parece la alegoría de la caverna pero al revés: el mundo de las ideas en que él está encerrado oscurece su percepción del mundo sensorial. A su alrededor, no ve más que sombras.

Las razones que acabo de evocar para explicar la actitud desasosegada de Roland Barthes están todas refrendadas por la Historia, pero tengo ganas de contarles lo que realmente sucedió.

Aquel día, si él tiene la cabeza en la Luna, no solo es debido a su madre muerta, ni a su incapacidad de escribir una novela, ni incluso a la desafección creciente y, a su juicio, irremediable por parte de los chicos. No digo que no piense en todo esto, no tengo ninguna duda sobre la calidad de sus neurosis obsesivas. Pero hoy hay otra cosa añadida. En la mirada ausente del hombre inmerso en sus pensamientos, un transeúnte atento sabría reconocer ese estado que Barthes creía no volver a experimentar nunca más: la excitación. No es por su madre, ni por los chicos, ni por su novela fantasma. Es la *libido sciendi*, la sed de saber, y con ella, reactivada, la orgullosa perspectiva de revolucionar el conocimiento humano y, quizá, cambiar el mundo. ¿Acaso cuando cruza la rue des Écoles, Barthes se siente como Einstein cuando pensaba en su teoría? Lo único cierto es que él no camina muy atento. Le quedan unas decenas de metros hasta llegar a su despacho cuando de pronto rebota contra una camioneta. Su cuerpo produce el sonido sordo, característico, horrible, de la carne que choca contra la chapa y rueda por la calzada como una muñeca de trapo. Los transeúntes se sobresaltan. Esa tarde del 25 de febrero de 1980 no pueden saber lo que acaba de ocurrir delante de sus ojos, y no es de extrañar, pues hasta el día de hoy la gente todavía lo desconoce.

2

La semiología es una cosa muy extraña. El primero que lo intuyó fue Ferdinand de Saussure, el fundador de la lingüística. En su *Curso de lingüística general* propone «concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social». Ni más ni menos. Y añade, a modo de pista para quienes quieran aplicarse a la tarea: «Sería parte de la psicología social y, en consecuencia, de la psicología general. La denominaremos *semiología* (del griego

sēmeîon, “signo”). Nos enseñaría en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los rigen. Puesto que no existe todavía, no se puede decir aún lo que será; pero tiene derecho a existir y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y esta se encontrará así ligada a un dominio claramente definido en el conjunto de los hechos humanos». Me encantaría que Fabrice Luchini nos releyera este pasaje, recalando las palabras como solo él sabe hacer, para que el mundo entero pudiera percibir, si no el sentido, al menos toda la belleza. Esta intuición genial, casi incomprensible para sus contemporáneos (el curso se dictó en 1906), no ha perdido, cien años más tarde, un ápice de su fuerza ni de su oscuridad. Posteriormente, numerosos semiólogos trataron de proporcionar definiciones a la vez más claras y más detalladas, pero se contradecían unos a otros (a veces sin darse cuenta ni ellos mismos), lo embrollaban todo y finalmente no conseguían más que alargar (y aun así apenas) la lista de sistemas de signos que escapan a la lengua: el código de circulación, el código marítimo internacional, la numeración de los autobuses, la numeración de las habitaciones de hotel, que han venido a completar la graduación militar, el alfabeto de los sordomudos... y poco más.

Un poco escaso con respecto a la ambición inicial.

Vista así, la semiología, lejos de ser una extensión del dominio de la lingüística, parece reducirse al estudio de protolenguajes toscos, mucho menos complejos y por tanto más limitados que cualquier lengua.

Pero, de hecho, no es así.

No es casual que Umberto Eco, el sabio de Bolonia, uno de los últimos semiólogos todavía vivos, se refiera con tanta frecuencia a los grandes inventos decisivos en la historia de la humanidad: la rueda, la cuchara, el libro..., según él, útiles perfectos de insuperable eficacia. Todo deja suponer, en efecto, que la semiología es en realidad una de las invenciones capitales de la

historia de la humanidad y una de las herramientas más poderosas jamás forjadas por el hombre, pero sucede como con el fuego o con el átomo: al principio, no siempre se sabe para qué sirven ni cómo servirse de ellos.

3

En realidad, un cuarto de hora después aún no ha muerto. Roland Barthes yace en la cuneta, inerte, pero su cuerpo emite un silbido rauco y, mientras su espíritu se hunde en la inconsciencia, probablemente surcada por haikus turbulentos, alejandrinos racinianos y aforismos pascalianos, oye —y se dice a sí mismo (seguramente se lo dice) que quizá sea lo último que oiga— los gritos de un hombre enloquecido: «¡Se lanzó bajo mis rruedas! ¡Se lanzó bajo mis rruedas!». ¿De dónde procede ese acento? En torno a él, los transeúntes, recuperados de su estupor, se han agolpado e, inclinados sobre el futuro cadáver, discuten, analizan, evalúan:

- ¡Hay que llamar a una ambulancia!
- No vale la pena, está pedo.
- ¡Se lanzó bajo mis rruedas, ustedes son testigos!
- Tiene aspecto de estar malherido.
- Pobre hombre...
- Hay que buscar una cabina telefónica. ¿Alguien tiene monedas?
- ¡No he tenido ni tiempo de frrrenar!
- No lo toquen, hay que esperar a la ambulancia.
- ¡Apártense! Soy médico.
- ¡No lo mueva!
- Soy médico. Aún vive.
- Hay que avisar a su familia.
- Pobre hombre...

—¡Yo lo conozco!

—¿Es un suicidio?

—Habría que saber su grupo sanguíneo.

—Es un cliente. Cada mañana viene a mi bar a beberse un chato.

—Pues ya no irá más...

—¿Está borracho?

—Huele a alcohol.

—Un vinito blanco en el mostrador, cada mañana, desde hace años.

—Eso no nos dice su grupo sanguíneo...

—¡Ha cruzado sin mirrarr!

—El conductor tiene que dominar su vehículo ante cualquier circunstancia, es la ley, aquí.

—Bastará con que tenga un buen seguro, amigo.

—Pero esto va a suponer un gran recargo por siniestralidad.

—¡No lo toquen!

—¡Que soy médico!

—Y yo también.

—Entonces, ocúpese de él. Voy a buscar una ambulancia.

—Tengo que entrregarr mi merrrcancía...

La mayoría de las lenguas que hay en el mundo emplean la *r* apicoalveolar, que se llama *r* vibrante, al contrario que el francés, que ha adoptado la *R* dorsovelar desde hace unos trescientos años. Ni el alemán ni el inglés hacen vibrar la *r*. Lo que no sucede en el italiano ni en el español. ¿En el portugués quizá? Es un poco gutural, en efecto, pero el fraseo de ese hombre no es ni lo suficientemente nasal ni lo suficientemente melódico, en realidad es incluso bastante monocorde, hasta el punto de que en él se distinguen mal las inflexiones de pánico.

Diríase ruso.

4

¿Cómo es posible que la semiología, nacida de la lingüística, que ha estado a punto de ser un engendro destinado al estudio de los más pobres y limitados lenguajes, haya podido transformarse *in extremis* en una bomba de neutrones?

Pues por una operación a la que Barthes no es ajeno.

Al principio, la semiología se consagraba al estudio de los sistemas de comunicación no lingüísticos. Saussure en persona dijo a sus estudiantes: «La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por tanto comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etcétera. Con la salvedad de que es el más importante de esos sistemas». Es verdad, no cabe duda, pero solo a condición de limitar la definición de los sistemas de signos a aquellos que tienen vocación de comunicar explícita e intencionadamente. Buyssens definió la semiología como «el estudio de los procesos de comunicación, es decir, de los medios empleados para influir en los demás, medios reconocidos como tales por aquellos a quienes se quiere influir».

La genialidad de Barthes consiste en no contentarse con los sistemas de comunicación, sino en ampliar su campo de estudio a los sistemas de significación. Cuando se ha disfrutado de la lengua, uno se aburre bastante rápido con cualquier otra forma de lenguaje: estudiar la señalización viaria o los códigos militares es casi tan apasionante para un lingüista como jugar al tarot o al rami para un jugador de ajedrez o de póker. Como podría decir Umberto Eco, para comunicar, la lengua es perfecta, no se puede crear nada mejor. Y, sin embargo, la lengua no es la única que lo dice todo. El cuerpo habla, los objetos hablan, la Historia habla, los destinos individuales o colectivos hablan, la vida y la muerte nos hablan sin parar de mil maneras distintas. El hombre es una máquina de interpretar y, por poca imaginación que uno tenga, ve signos por todas partes: en el color del abrigo de su mujer, en la rayadura sobre

la portezuela de su coche, en los hábitos alimenticios de los vecinos de su rellano, en las cifras mensuales del paro en Francia, en el sabor a plátano del Beaujolais joven (siempre es a plátano y, más raramente, a frambuesa. ¿Por qué? Nadie lo sabe, pero forzosamente hay una explicación y esta es semiológica), en los andares orgullosos y combados de la mujer negra que camina delante de él a paso firme por los pasillos del metro, en la costumbre que su compañero de oficina tiene de no abrocharse los dos últimos botones de la camisa, en el ritual de tal futbolista cuando celebra un gol, en el modo de gritar de su pareja para indicar un orgasmo, en el diseño de ciertos muebles escandinavos, en el logo del patrocinador principal de tal torneo de tenis, en la música de los títulos de crédito de tal película, en la arquitectura, en la pintura, en la cocina, en la moda, en los anuncios, en la decoración de interiores, en la representación occidental de la mujer y del hombre, del amor y de la muerte, del cielo y de la tierra, etcétera. Con Barthes, los signos no tienen ya necesidad de ser señales: se han convertido en indicios. Mutación decisiva. Están por todas partes. En adelante, la semiología está lista para conquistar el vasto mundo.

5

El comisario Bayard se presenta en el servicio de urgencias de la Pitié-Salpêtrière, donde le indican el número de la habitación de Roland Barthes. Los elementos del dossier de que dispone son los siguientes: un hombre, sesenta y cuatro años, atropellado por una camioneta de lavandería, rue des Écoles, lunes por la tarde, al cruzar un paso de peatones. El conductor de la camioneta, un tal Yvan Delahov, de nacionalidad búlgara, había consumido algo de alcohol, sin llegar a la infracción: 0,6 g, por debajo de los 0,8 autorizados. Ha reconocido que iba con retraso para entregar sus

camisas. Ha declarado, no obstante, que su velocidad no sobrepasaba los 60 kilómetros por hora. El hombre accidentado estaba inconsciente y no llevaba ninguna documentación cuando llegó la ambulancia, pero fue identificado por uno de sus colegas, un tal Michel Foucault, profesor en el Collège de France y escritor. Se ha comprobado que se trataba de Roland Barthes, también profesor en el Collège de France y escritor.

Hasta ahí, nada en el dossier justifica que se envíe a un investigador, y menos aún a un comisario de los Servicios Secretos de la policía. La presencia de Jacques Bayard no se explica, en realidad, más que por un solo detalle: cuando Roland Barthes fue atropellado, el 25 de febrero de 1980, regresaba de un almuerzo con François Mitterrand en la rue des Blancs-Manteaux.

A priori, no hay conexión entre la comida y el accidente, ni entre el candidato socialista a las elecciones presidenciales que tendrán lugar el año siguiente y el conductor búlgaro empleado en una compañía de lavanderías, pero está en la naturaleza misma de los Servicios Secretos informarse de todo, y, en esos tiempos de precampaña electoral, especialmente de lo que haga François Mitterrand. Michel Rocard, sin embargo, es mucho más popular para la opinión pública (sondeo Sofres, enero de 1980: «¿Quién es el mejor candidato socialista?». Mitterrand, 20 %; Rocard, 55 %), pero en las altas esferas se considera que sin duda no se atreverá a cruzar el Rubicón: los socialistas son legitimistas y a Mitterrand lo han reelegido como cabeza del partido. En su momento, hace seis años, llegó a alcanzar el 49,19 % de los votos contra el 50,81 % de Giscard, siendo este el margen más estrecho habido en unas elecciones presidenciales desde que se instauró el sufragio universal directo. La razón por la que los Servicios Secretos han enviado a un investigador es porque no se puede descartar el riesgo de que, por primera vez en la historia de la V.^a República, sea elegido un presidente de izquierdas. La misión de Jacques Bayard, en principio, consiste en verificar si Barthes bebió demasiado en casa de Mitterrand, o si, por azar, se hubiera visto inmerso en una

orgía sadomaso con perros. Pocos escándalos han afectado al dirigente socialista en los últimos años, parece que se anda con mucho cuidado al respecto. Ya está olvidado el falso secuestro en los jardines del Observatorio. Son tabú su *francisca*^[2] y su paso por Vichy. Supondrán un alto precio. Jacques Bayard está encargado oficialmente de comprobar las circunstancias del accidente, pero no hace falta que se le explique lo que se espera de él: averiguar si hay algo rebuscado y sucio que, llegado el caso, pudiera lesionar la credibilidad del candidato socialista.

Cuando Jacques Bayard llega a la puerta de la habitación, descubre una larga cola de personas en el pasillo. Todos esperan para visitar al accidentado. Hay viejos bien vestidos, jóvenes mal vestidos, viejos mal vestidos, jóvenes bien vestidos, estilos muy variados, pelo largo y pelo corto, individuos con aire magrebí, y más hombres que mujeres. Mientras esperan su turno, discuten entre ellos, hablan alto, riñen, leen un libro, fuman un cigarrillo. Bayard, que aún no es consciente de la celebridad de Barthes, se pregunta qué es todo ese burdel. Usando sus prerrogativas, pasa por delante de la cola, dice «Policía» y entra en la habitación.

Jacques Bayard toma nota de inmediato: cama sorprendentemente alta, entubado, hematomas en el rostro, mirada triste. Hay otras cuatro personas en la habitación: el hermano pequeño, el editor, el discípulo y una especie de joven príncipe árabe, muy elegante. El príncipe árabe es Youssef, un amigo común del maestro y del discípulo, Jean-Louis, a quien el maestro considera el más brillante de sus alumnos y por quien, en cualquier caso, mayor afecto siente. Jean-Louis y Youssef comparten apartamento en el distrito XIII, donde organizan veladas que animan la vida de Barthes. En ellas se encuentra con un montón de gente, estudiantes, actrices, personalidades diversas, a menudo con André Téchiné, a veces con Isabelle Adjani, y siempre con multitud de jóvenes intelectualoides. Por ahora, estos detalles no son del interés del comisario Bayard, que solo está allí para reconstruir las circunstancias del accidente. Barthes había recobrado la

consciencia al llegar al hospital. A los allegados que habían acudido les decía: «¡Qué idiotez! ¡Qué idiotez!». Pese a las múltiples contusiones y a algunas costillas rotas, su estado no producía demasiada inquietud. Pero Barthes, como dijo su hermano menor, «tiene un talón de Aquiles: los pulmones». Contrajo la tuberculosis en su juventud y es un gran fumador de puros, lo que da como resultado una debilidad respiratoria crónica que, esa misma noche, ha vuelto a cebarse en él: se ahoga, han de entubarlo. Cuando llega Bayard, Barthes está despierto pero ya no puede hablar.

El comisario se dirige en voz baja a Barthes. Le hará algunas preguntas, bastará con que mueva la cabeza para responder sí o no. Barthes mira a Bayard con ojos de cocker triste. Menea la cabeza débilmente.

«Usted volvía a su lugar de trabajo cuando el vehículo chocó contra usted, ¿no es así?» Barthes dice que sí. «¿Circulaba el vehículo a una velocidad excesiva?» Barthes mueve la cabeza de un lado a otro, lentamente, y Bayard comprende que quiere decir que no sabe. «¿Iba usted distraído?» Sí. «¿Su distracción tenía algo que ver con su almuerzo?» No. «¿Con la preparación del curso?» Lapso de tiempo. Sí. «¿Se vio con François Mitterrand en ese almuerzo?» Sí. «¿Sucedió algo especial o extraño durante la comida?» Lapso de tiempo. No. «¿Bebió usted alcohol?» Sí. «¿Mucho?» No. «¿Un vaso?» Sí. «¿Dos vasos?» Sí. «¿Tres vasos?» Lapso de tiempo. Sí. «¿Cuatro vasos?» No. «No llevaba su documentación consigo cuando el accidente tuvo lugar. ¿Es posible que la haya olvidado, en su casa o en otra parte?» Lapso de tiempo prolongado. La mirada de Barthes parece llenarse de pronto de una intensidad nueva. Dice que no con la cabeza. «¿Recuerda usted si alguien lo estuvo manipulando durante el tiempo que estuvo en el suelo, antes de la llegada de la ambulancia?» Barthes parece no comprender o no oír la pregunta. Dice que no. «¿No es que no se acuerda?» Nuevo lapso de tiempo, pero esta vez Bayard cree identificar la expresión del rostro: es incredulidad. Barthes dice no. «¿Había dinero en su cartera?» Los ojos de Barthes se clavan en su

interlocutor. «Señor Barthes, ¿me oye? ¿Llevaba usted dinero consigo?» No. «¿Llevaba consigo alguna cosa de valor?» No hay respuesta. La fijeza de la mirada es tal que, de no ser por una luz extraña en el fondo del ojo, podría creerse que Barthes ha muerto. «¿Señor Barthes? ¿Estaba en posesión de alguna cosa de valor? ¿Cree que habrían podido robarle algo?» El silencio que reina en el cuarto se rompe solo por el hálito ronco de Barthes que emite el tubo del respirador. Transcurren todavía unos largos segundos. Lentamente, Barthes dice no y luego desvía la cabeza.

6

Al abandonar el hospital, el comisario Bayard piensa que hay un problema; que lo que no debía ser más que una investigación rutinaria quizás no sea tan superflua, después de todo; que la desaparición de la documentación es una curiosa zona de sombra en lo que, sin embargo, parece un accidente trivial; que va a haber que esclarecer todo esto interrogando a más gente de la que se había imaginado; que su pista arranca en la rue des Écoles, delante del Collège de France (institución cuya existencia ignoraba hasta hoy y cuya naturaleza no ha comprendido muy bien); que empezará por ir a ver a ese señor Foucault, «profesor de historia de los sistemas de pensamiento» (sic); que a continuación tendrá que interrogar a montones de estudiantes melenudos, a los que habrá que añadir a los testigos del accidente y a los amigos de la víctima. Está tan perplejo como fastidiado por este aumento del trabajo. Pero cuenta con lo que ha visto en la habitación del hospital. En los ojos de Barthes lo que había era miedo.

El comisario Bayard, absorto en estas reflexiones, no presta atención al Citroën DS negro aparcado al otro lado del bulevar. Sube a su 504 oficial y parte en dirección al Collège de France.

En el vestíbulo, se fija en la lista de asignaturas que se imparten allí: Magnetismo nuclear, Neuropsicología del desarrollo, Sociografía del Sudeste Asiático, Cristianismo y gnosis en el Oriente preislámico... Confuso, entra en la sala de profesores e indica que desea ver a Michel Foucault. Le dicen que está dando clase en ese preciso momento.

El anfiteatro está abarrotado. Bayard no puede ni entrar en la sala. Se lo impide un muro compacto de oyentes, que se indignan cuando trata de abrirse paso. Un estudiante indulgente le susurra ciertas instrucciones: si desea un asiento, tiene que llegar dos horas antes del comienzo de la clase; cuando el anfiteatro está lleno, hay que conformarse con ir al anfiteatro de enfrente, donde la clase se retransmite por radio. A Foucault no se le ve, pero al menos se le oye. Bayard se dirige pues al anfiteatro B, también lleno a rebosar, pero aún puede encontrar algún asiento libre. La asamblea es muy variopinta, hay jóvenes, viejos, hippies, yuppies, punkies, góticos, ingleses con chalecos de tweed, italianas escotadas, iraníes con chador, abuelitas con perrito... Se sienta junto a dos jóvenes gemelos disfrazados de astronautas (sin casco, obviamente). Hay un clima de estudio, la gente toma notas en sus cuadernos o escucha con recogimiento. De vez en cuando, alguien tose, como en el teatro, pero aquí no hay nadie en el escenario. Los altavoces difunden una voz nasal, un poco años cuarenta sin llegar a lo Chaban-Delmas, más bien digamos a lo Jean Marais mezclado con Jean Poiret, pero algo más aguda.

«El problema que yo querría plantear —dice la voz— es este: qué puede significar, en el seno de cierta concepción de la salvación, es decir, en el seno de cierta concepción de la iluminación, de cierta concepción de la redención obtenida por los hombres al ser bautizados por primera vez, qué puede significar la repetición de la penitencia, si no la repetición misma del pecado».

Bayard percibe el tono profesoral. Intenta captar algo de lo que habla pero, para su desgracia, el mayor esfuerzo lo hace cuando Foucault dice: «De tal suerte que el individuo que va hacia la verdad, atraído por el amor, manifiesta, en sus propias palabras, una verdad que no es otra cosa que la manifestación en él de la verdadera presencia de un Dios, quien, por sí mismo, no puede decir más que la verdad, pues nunca miente y siempre es verídico».

Si ese día Foucault hubiera hablado de cárcel, de control, de arqueología, de biopoder o de genealogía, quién sabe... Pero la voz implacable continúa abriéndose camino: «Incluso si, para determinados filósofos o determinadas cosmologías, el mundo podía efectivamente girar en un sentido o en otro, en la vida de los individuos el tiempo no tiene más que un solo sentido». Bayard escucha sin comprender nada, tan solo se deja mecer por el tono a la vez didáctico e intencionado, melodioso a su modo, sostenido por un magistral sentido de la medida, de los silencios y de la puntuación.

¿Y este individuo gana más que él?

«Entre este sistema de la ley que se basa en las acciones y afecta a la voluntad del individuo, y en consecuencia a la repetición indefinida de la culpa, y el esquema de la salvación y de la perfección que se basa en los individuos e implica una escansión temporal y una irreversibilidad, no hay, creo yo, ninguna integración posible...»

Sí, sin ninguna duda. Bayard no consigue refrenar el rencor instintivo que le lleva a detestar a priori una voz como esa. Con gente así es con la que la policía tiene que disputarse los impuestos del contribuyente. Son funcionarios como él, con la salvedad de que él sí se merece que la sociedad le retribuya por su trabajo. Pero ¿qué coño es este Collège de France? De acuerdo, fue fundado por Francisco I, eso ya lo ha leído en la entrada. ¿Y qué más? Cursos abiertos para todo el mundo que solo interesan a parados de izquierdas, a jubilados, a iluminados o a profes que fuman en pipa; asignaturas imposibles de las que jamás ha oído hablar... Sin

diplomas, sin exámenes. Gente como Barthes y Foucault, pagados para hacer juegos malabares con humo. Si de algo está convencido Bayard es de que no es aquí donde se aprende un oficio. *Epistemé*, los cojones.

Cuando la voz da cita para la semana próxima, Bayard regresa al anfiteatro A, va a contracorriente del flujo de público que sale por las puertas abiertas de par en par, penetra por fin en la sala, ve abajo a un calvo con gafas que lleva un jersey de cuello alto debajo de su chaqueta. Tiene un aire recio a la par que longilíneo, la mandíbula prominente, ligeramente prognata, el porte altanero de los que saben que el mundo ha reconocido su valía y el cráneo impeccablemente rasurado. Bayard llega hasta la tarima donde él se encuentra. «¿Señor Foucault?» El gran calvo está recogiendo sus notas con la relajación característica del docente que ha terminado su clase. Se vuelve hacia Bayard con benevolencia, consciente de la timidez que sus admiradores han de superar a veces para dirigirle la palabra. Bayard saca su placa. Él también conoce de sobra el efecto que esto produce. Foucault se para un segundo, mira la placa, se encara al policía y luego vuelve a sumirse en sus notas. Teatral, como si se lo dedicara al público que se está marchando, dice: «Me niego a ser identificado por el poder». Bayard hace como si no lo hubiera oído: «Es por lo del accidente».

El gran calvo mete sus notas en la cartera y abandona la tarima sin decir ni una palabra. Bayard corre tras él: «¿Adónde va, señor Foucault? ¡Tengo que hacerle algunas preguntas!». Foucault trepa por los peldaños del anfiteatro a grandes zancadas. Sin darse la vuelta, hablando para todo el mundo, de manera que los oyentes que aún quedan allí puedan oírlo, responde: «¡Me niego a ser localizado por el poder!». La sala ríe. Bayard lo agarra del brazo: «Tan solo quiero que me dé su versión de los hechos». Foucault se queda inmóvil y se calla. Todo su cuerpo se ha puesto tenso. Mira la mano aferrada a su brazo como si eso fuera el mayor atentado a los derechos humanos desde el genocidio de Camboya. Bayard retiene a su presa. A su alrededor crecen los murmullos. Al cabo de un

largo minuto, Foucault consiente en hablar: «Mi versión es que lo han matado». Bayard no está seguro de haber comprendido bien:

—¿Matado? Pero ¿a quién?

—A mi amigo Roland.

—Pero ¡si no ha muerto!

—Ya está muerto.

Foucault clava en su interlocutor la mirada intensa de los miopes, al otro lado de sus gafas, y lentamente, alargando las sílabas, enuncia, como si formulase la conclusión de un extenso desarrollo cuya lógica secreta nadie más que él conociera:

—Roland Barthes está muerto.

—¿Y quién lo ha matado?

—El sistema, por supuesto.

El uso de la palabra «sistema» confirma al policía sus temores: ha caído en terreno izquierdista. Sabe por experiencia que siempre tienen eso en la boca: la sociedad podrida, la lucha de clases, el «sistema»... Espera lo que sigue sin impaciencia. Foucault, magnánimo, acepta explicarse:

—Se han burlado salvajemente de Roland en estos últimos años. Y todo porque tenía el paradójico poder de comprender las cosas tal como son y de inventarlas con una frescura jamás vista hasta ahora. Le han reprochado su argot, le han plagiado, parodiado, caricaturizado, satirizado...

—¿Sabía usted si tenía enemigos?

—¡Claro! Desde que entró en el Collège de France (fui yo el que lo metí), los celos no dejaron de aumentar. No tenía más que enemigos: los reaccionarios, los burgueses, los fascistas, los estalinistas y, sobre todo, la vieja crítica rancia que jamás le ha perdonado.

—¿Perdonado el qué?

—¡Haberse atrevido a pensar! ¡Haberse atrevido a cuestionar sus viejos esquemas burgueses, haber sacado a la luz su infecta función normativa, haber mostrado lo que de verdad era: una vieja puta mancillada por la burrez y los apaños!

—Pero ¿quién, en concreto?

—¿Nombres? ¿Por quién me toma usted? ¡Los Picard, los Pommier, los Rambaud, los Burnier! Lo habrían fusilado ellos mismos si hubieran podido, doce balas en el patio de la Sorbona bajo la estatua de Victor Hugo...

De repente, Foucault vuelve a marcharse y deja unos metros atrás a Bayard, que no se lo esperaba. Sale del anfiteatro y sube pitando por las escaleras; Bayard corre tras él, le pisa los talones, sus pasos resuenan sobre la piedra, le da una voz: «¡Señor Foucault! ¿Quién es toda esa gente de la que me habla?». Foucault, sin volverse: «Unos perros, unos chacales, unos burros ignorantes, unos gilipollas, unos inútiles, pero sobre todo, sobre todo, sobre todo, los criados serviles del orden establecido, los escribas del viejo mundo, los macarras de un pensamiento muerto que, con su obscura risa sarcástica, pretenden imponer eternamente su pestilencia a cadáver». Bayard, sujeto a la barandilla de la escalera: «¿Qué cadáver?». Foucault, trepando por los peldaños de cuatro en cuatro: «¡Pues el del pensamiento muerto!». A continuación estalla en una risa sardónica. Buscando una pluma en los bolsillos de su impermeable sin detenerse, Bayard le pregunta: «¿Puede deletrearme Rambaud?».

8

El comisario entra en una librería para comprar unos libros, pero, como no tiene costumbre, le cuesta trabajo orientarse en las estanterías. No encuentra ninguna obra de Raymond Picard. El librero, que no le ve muy al corriente, le indica de pasada que Raymond Picard está muerto, lo que Foucault no había creído oportuno señalarle, pero si lo desea puede encargar *Nueva crítica* o *nueva impostura*. En cambio, sí tiene *Assez décodé!*, de René

Pommier, un discípulo de Raymond Picard que se la tiene jurada a la crítica estructuralista (así es como el librero le vende la obra, lo que no le aclara mucho), y, especialmente, *El Roland-Barthes sin esfuerzo*, de Rambaud y Burnier. Es un libro verde, bastante delgado, con una foto de Barthes que hace gala de un aire severo dentro un marco ovalado de color naranja. Un personajillo dibujado sale del marco y dice «ji, ji» tronchándose de risa y llevándose la mano a la boca, con pinta burlona, al estilo de un dibujo de Crumb. Es más, se podría verificar que es un Crumb. Pero Bayard nunca ha oído hablar de *El gato Fritz*, el dibujo animado progre del 68 en el que los negros son unos cuervos que tocan el saxo y el héroe es un gato con cuello vuelto que fuma porros y folla con todo lo que se le pone por delante dentro de un Cadillac a lo Kerouac, sobre un fondo de disturbios urbanos y de cubos de basura ardiendo. Crumb es célebre, no obstante, por su manera de dibujar a las mujeres, con sus gruesos muslos potentes, sus hombros de leñador, sus pechos como obuses y su culo de yegua. Bayard, poco familiarizado con la estética de los cómics, no entiende la relación. Sin embargo, compra el libro y añade el de Pommier. No encarga el de Picard, ya que en esta fase de la investigación no le interesan los autores muertos.

El comisario se acomoda en un café, pide una cerveza, enciende un gitanes y abre *El Roland-Barthes sin esfuerzo*. (¿Cómo se llama el café? Esos pequeños detalles... Es importante reconstruir el ambiente, ¿verdad? Yo lo veo más bien en el Sorbon, el bar frente al Champo, el pequeño cine de arte y ensayo que hay al final de la rue des Écoles, aunque, a decir verdad, yo qué sé, pueden ustedes ubicarlo donde les plazca). Lee:

«El R. B. (en *Roland-Barthes*, Roland Barthes es nombrado como R. B.) apareció bajo su forma arcaica hace veinticinco años, en la obra titulada *El grado cero de la escritura*. Después, poco a poco se fue apartando del francés del que parcialmente provenía, constituyéndose como lenguaje autónomo, con su gramática y su vocabulario propios».

Bayard aspira su gitane, traga una bocanada, pasa las páginas. En el bar, oye que el camarero le explica a un cliente por qué Francia va a hundirse en la guerra civil si Mitterrand sale elegido.

«Primera lección: Algunos elementos de conversación.

»1 – ¿Cómo te enuncias a ti mismo?

»Francés: ¿Cuál es su nombre?

»2 – Yo me enuncio L.

»Francés: Yo me llamo William».

Bayard comprende aproximadamente la intención satírica y también que a priori debería sentirse en sintonía con los autores del pastiche, pero en realidad desconfía. ¿Por qué en «R. B.», «William» se dice «L.»? No está nada claro. Cosas de maricones intelectualoides.

El camarero al cliente: «¡Cuando los comunistas estén en el poder, todos los que tienen pasta se van a pirar de Francia para ir a ponerla en otra parte, donde no paguen impuestos y donde estén seguros de que no los van a trincar!».

Rambaud y Burnier:

«3 – ¿Qué “estipulación” encierra, cerca, organiza, dispone la economía de tu pragmatismo como ocultación y/o explotación de tu ek-sistencia?

»Francés: ¿Qué haces en la vida?

»4 – (Yo) expelo pequeñas porciones de código.

»Francés: Soy mecanógrafa».

Aunque esto le hace cierta gracia, en realidad detesta lo que percibe intuitivamente como un principio de intimidación verbal hacia personas de su estilo. Sin embargo, bien sabe que este tipo de libros no va dirigido a él, que se trata de un libro para intelectualoides, para que esos parásitos de intelectuales de mierda puedan reírse entre ellos. Burlarse de sí mismos: suprema distinción. Bayard, que no es un imbécil, está ejerciendo ya un poco de Bourdieu sin saberlo.

En el mostrador, la conferencia continúa: «Una vez que todo el dinero esté en Suiza, no habrá capital para pagar los salarios y

entonces eso supondrá la guerra civil. ¡Es lo que pasará si ganan los social-comunistas!». El camarero hace una pausa para ir a atender. Bayard prosigue con su lectura:

«5 – Mi discurso se encuentra con/desemboca en su propia textualidad mediante el R. B. en un juego (¿ego?) de espejos.

»Francés: Hablo con soltura el Roland-Barthes».

Bayard pilló la idea principal: el lenguaje de Roland Barthes es infollable.^[3] Pero, entonces, ¿por qué perder el tiempo en leerlo, y, para más inri, en escribir un libro sobre él?

«6 – La “sublimación” (la integración) de este como (mi) código constituye la “prueba definitiva” de un aumento del cupido, mi deseo.

»Francés: Querría también aprender esta lengua.

»7 – El R. B., en tanto que macrología, ¿no se da como “alambradismo”, campo (canto) cerrado a la interpretación galicista?

»Francés: ¿No es el Roland-Barthes demasiado difícil para un francés?

»8 – La bufanda del estilo barthesiano se ciñe “en torno” al código en la medida en que el acto se ciñe a su repetición/redundancia.

»Francés: No, es bastante fácil. Pero hace falta trabajar».

La perplejidad del comisario aumenta. No sabe a quién detesta más, si a Barthes o a los dos cómicos que han tenido ganas de parodiarlo. Deja el libro sobre la mesa, aplasta su cigarrillo. El camarero vuelve detrás del mostrador. El cliente, con su vaso de tinto en la mano, objeta: «Sí, pero Mitterrand los detendrá en la frontera. Y el dinero les será confiscado». El camarero frunce el ceño y regaña al cliente: «¡Usted cree que los ricos son gilipollas! Alquilarán los servicios de contrabandistas profesionales. Organizarán redes para sacar el dinero en metálico. ¡Cruzarán los Alpes y los Pirineos como Aníbal! ¡Como durante la guerra! Si se pudo hacer pasar a judíos, se podrá hacer pasar unos cuantos talegos, ¿no?». El cliente no parece estar muy seguro, pero como evidentemente no se le ocurre nada que responder, se contenta con asentir, acaba su vaso y pide otro. El camarero se pavonea al sacar

una botella de tinto empezada: «¡Pues claro, hombre, pues claro! Si ganan los rojos, yo paso. Me largo y me voy a currar a Ginebra. No se quedarán con mi pasta, eso sí que no, jamás en la vida. Ya se habrá dado cuenta usted de que yo no trabajo para los rojos, ¡faltaría más! ¡Yo no trabajo para nadie! ¡Soy libre! ¡Como De Gaulle...!».

Bayard trata de recordar quién es Aníbal y se fija maquinalmente en que al camarero le falta una falange en el meñique izquierdo. Interrumpe al orador para pedirle otra cerveza, abre el libro de René Pommier, cuenta diecisiete veces la palabra «pamplina» en cuatro páginas y lo vuelve a cerrar. Entretanto, el camarero ha iniciado un nuevo tema: «¡Ninguna sociedad civilizada puede prescindir de la pena de muerte...!». Bayard paga y se marcha dejando el cambio.

Pasa por delante de la estatua de Montaigne sin verla, cruza la rue des Écoles y entra en la Sorbona. El comisario Bayard comprende que no comprende nada, o muy poca cosa, de todas esas gilipolleces. Necesitaría a alguien que lo iluminase, un especialista, un traductor, un transmisor, un formador. Un profesor, ¿no? En la Sorbona, pregunta dónde se encuentra el departamento de Semiología. La persona de recepción le contesta con tono afectado que no hay ninguno. En el patio, aborda a unos estudiantes con chaquetón azul marino y zapatos náuticos para que le indiquen dónde podría asistir a un curso de semiología. La mayoría no tiene ni idea de lo que es o muy vagamente han oído hablar de ello. Pero finalmente un joven melenudo que fuma un porro bajo la estatua de Louis Pasteur le dice que, para «semio», hay que ir a Vincennes. Bayard no es un especialista en el ámbito universitario, pero sabe que Vincennes es una facultad de izquierdistas por la que pululan agitadores profesionales que no quieren dar un palo al agua. Por curiosidad le pregunta al joven por qué él no se ha matriculado allí. El joven viste un largo jersey de cuello alto, un pantalón negro arremangado como si fuera a pescar mejillones y unas Doc Martens violetas. Se quita el porro de la boca y responde: «Lo estaba hasta mi segundo segundo año. Pero formaba parte de un grupo

trotskista». La explicación le parece suficiente, pero como ve que no lo es en la mirada interrogativa de Bayard, añade: «Bueno, en fin, hubo ciertos problemas».

Bayard no insiste. Vuelve a su 504 y parte hacia Vincennes. En un semáforo en rojo, observa un DS negro y piensa: «¡Ese sí que era un buen cacharro!».

9

El 504 confluye en el periférico por la Porte de Bercy, sale por la Porte de Vincennes, sube la larguísima avenida de París, pasa por delante del hospital militar, no cede el paso a un flamante Fuego azul conducido por unos japoneses, rodea el castillo, deja atrás el Parque Floral, se mete en el bosque y finalmente aparca delante de una especie de barracas que parecen uno de esos colegios mamotréтиcos de las afueras de los años setenta, prácticamente lo peor que la humanidad puede construir a nivel arquitectónico. Bayard, que recuerda sus lejanos años de Derecho en Assas, descubre un lugar absolutamente desconcertante: para acceder a las aulas, tiene que atravesar algo parecido a un zoco repleto de africanos, pasar por encima de drogados comatosos tirados por el suelo, caminar junto a un estanque sin agua lleno de detritus, bordear unos muros infectos cubiertos de carteles y de grafitis en los que puede leer: «Profesores, estudiantes, rectores, personal no docente: ¡reventad, so cabrones!»; «No al cierre del zoco alimentario»; «No al traslado de Vincennes a Nogent»; «No al traslado de Vincennes a Marne-la-Vallée»; «No al traslado de Vincennes a Savigny-sur-Orge»; «No al traslado de Vincennes a Saint-Denis»; «Viva la revolución proletaria»; «Viva la revolución iraní»; «maos = fachas»; «trotskistas = estalinistas»; «Lacan = poli»; «Badiou = nazi»; «Althusser = asesino»; «Deleuze = fóllate a tu

madre»; «Cixous = fóllame»; «Foucault = puta de Jomeini»; «Barthes = social-traidor prochino»; «Calliclès = SS»; «Se prohíbe prohibir prohibir»; «Unión de la izquierda = en tu culo»; «Ven a mi casa a leer *El Capital*, firmado: Balibar»... Unos alumnos que apestan a marihuana lo acosan con agresividad y le colocan toneladas de octavillas: «Camarada, ¿sabes lo que está pasando en Chile? ¿En El Salvador? ¿Te sientes concernido por lo de Argentina? ¿Y por lo de Mozambique? ¿Te importa un rábano Mozambique? ¿Sabes dónde está? ¿Quieres que te hable de Timor? O mejor hacemos una colecta para la alfabetización en Nicaragua. ¿Me invitas a un café?». En esto se siente menos desorientado. Cuando tenía su carné de Jeune Nation,^[4] hostió a algunas de esas jetas de izquierdistas mugrientos. Finalmente arroja las octavillas en el estanque sin agua que hace las veces de cubo de basura.

Bayard aterriza, sin saber muy bien cómo, en la Unidad de Formación e Investigación de *Cultura y comunicación*. Repasa la lista de las u. v. («unidades de valor») que está colgada sobre un corcho en el pasillo y acaba por encontrar más o menos lo que ha ido a buscar: *Semiotología de la imagen*, un número de aula, un horario semanal y un nombre de profesor, un tal Simon Herzog.

10

«Hoy vamos a estudiar las cifras y las letras en James Bond. Si piensan ustedes en James Bond, ¿cuál es la letra que les viene a la mente?» Silencio en la sala, los alumnos reflexionan. Jacques Bayard, que está sentado al fondo de la clase, por lo menos a James Bond lo conoce. «¿Cómo se llama el jefe de James Bond?» ¡Eso Bayard lo sabe! Le sorprenden las ganas que tiene de decirlo en voz alta, pero se le adelantan varios estudiantes que dan

simultáneamente la respuesta: M. «¿Quién es M y por qué M? ¿Qué significa esa M?» Lapso de tiempo. Nadie responde. «M es un viejo, pero es una figura femenina, es la M de *Mother*, es la madre nutricia, la que alimenta y protege, la que se enoja cuando Bond hace algo descabellado, pero siempre da muestras de una gran indulgencia con su comportamiento, y es a quien Bond quiere complacer llevando a cabo las misiones que le encarga. James Bond es un hombre de acción, pero no es un francotirador, no está solo, no es huérfano (lo es biográficamente, aunque no simbólicamente: su madre es Inglaterra; no está casado con su patria, sino que es su hijo bienamado). Está sostenido por una jerarquía, por una logística, por todo un país que le asigna misiones imposibles de cuyo cumplimiento está orgulloso (M, la representación metonímica de Inglaterra, el representante de la reina, repite con frecuencia que Bond es su mejor agente: es el hijo preferido), pero que le suministra todo tipo de medios materiales para cumplirlas. James Bond, en efecto, es a la vez el oro y el moro, y por eso es un fantasma tan popular, un mito contemporáneo tan potente: James Bond es el aventurero funcionario. Acción Y seguridad. Comete infracciones, delitos, incluso crímenes, pero está cubierto, tiene autorización, no le regañarán por ello, de ahí la famosa *license to kill*, el permiso para matar significado en su número, lo que nos lleva a los tres dígitos mágicos: 007.

»Doble cero es el código que da derecho al asesinato, y aquí vemos una aplicación genial del simbolismo de las cifras. ¿Qué única cifra podía representar el permiso para matar? ¿10? ¿20? ¿100? ¿Un millón? La muerte no es cuantificable. La muerte es la nada, y la nada es cero. Pero el asesinato es más que la simple muerte, es la muerte infligida al prójimo. Es dos veces la muerte, la suya, inevitable, y cuya probabilidad se acrecienta con la peligrosidad del oficio (la esperanza de vida de los agentes doble cero es muy baja, se repite a menudo), y la del otro. Doble cero supone el derecho a matar y a ser matado. En cuanto al 7, evidentemente ha sido escogido porque en todas las tradiciones, de

todos los números, es uno de los más elegantes, un número mágico cargado de historia y de símbolos, si bien en este caso, además, responde a dos criterios: es irremediablemente impar como el número de rosas que se le regala a una mujer, y primo (un número primo es divisible solo por el uno y por sí mismo), lo que expresa una singularidad, una unicidad, una individualidad que contrarresta la impresión de intercambiabilidad y de impersonalidad inducida por el recurso a la matrícula. Recuerden ustedes la serie *El prisionero*, cuyo protagonista “Número 6” repite, desesperado y sublevado: “¡No soy un número!”. James Bond, en cambio, se adecúa perfectamente a su número, con tanta más facilidad en cuanto que ese número le confiere privilegios inauditos y hace de él un aristócrata (al servicio de Su Majestad, como corresponde). 007 es el anti-Número 6: satisfecho del lugar ultraprivilegiado que le otorga la sociedad, trabaja denodadamente por preservar el orden establecido, sin cuestionarse jamás la naturaleza ni las motivaciones del enemigo. Mientras que Número 6 es un revolucionario, 007 es un conservador. El 7 reaccionario se opone aquí al 6 revolucionario, y como el sentido de la palabra *reaccionario* lleva implícita la idea de posteridad (los conservadores *reaccionan* contra la revolución obrando para que regrese el antiguo régimen, es decir, el orden establecido), es lógico que la cifra reaccionaria suceda a la cifra revolucionaria (vamos, que James Bond no puede ser 005). La función de 007, es, por tanto, garantizar el regreso al orden establecido, perturbado por una amenaza que desestabiliza el orden mundial. Al final de cada episodio todo vuelve siempre a una “normalidad”, a saber: “el orden antiguo”. Umberto Eco afirma que James Bond es fascista. De hecho, podemos ver que es eminentemente reaccionario...»

Un alumno levanta la mano: «Pero también está Q, el responsable de los chismes. ¿No cree que hay también alguna significación en esa letra?».

Con una inmediatez que sorprende a Bayard, el profesor prosigue:

«Q es una figura paternal, porque es quien suministra las armas a James Bond y quien le enseña cómo utilizarlas. Le transmite una destreza. En este sentido, debería haberse llamado F, como *Father*... No obstante, si se fijan atentamente en las escenas con Q, ¿qué ven ustedes? A un James Bond distraído, impertinente, juguetón, que no escucha (o pone cara de que no escucha). Al final, Q siempre le dice: “¿Alguna pregunta?” (o variantes del tipo: “¿Has entendido?”). Pero James Bond nunca hace preguntas; bajo su apariencia de calamidad, ha asimilado perfectamente lo que se le ha explicado porque posee una capacidad de comprensión fuera de lo común. Q, entonces, es la Q de *questions*, de preguntas que Q anhela con toda su alma y que Bond no hace jamás, o a lo sumo mediante bromas que nunca son las que Q se esperaría».

Otro alumno toma entonces la palabra: «Y, además, Q, en inglés, se pronuncia “kiu”, lo que quiere decir “cola”. Es como cuando vas de compras: haces cola en la tienda de aparatos y chismes, esperas a que te atiendan, es un tiempo muerto divertido entre dos escenas de acción».

El joven profesor hace un movimiento entusiasta con el brazo: «¡Perfecto! ¡Muy bien visto! ¡Buena idea! Recuerden que una interpretación no agota jamás el signo, y que la polisemia es un pozo sin fondo de donde nos llegan ecos infinitos: una palabra no se agota del todo jamás. Ni siquiera una letra, como pueden ver».

El profesor mira su reloj: «Gracias por su atención. El próximo martes estudiaremos la ropa en James Bond. Señores, los espero de esmoquin, naturalmente (risas en la sala). Y, señoritas, en bikini a lo Ursula Andress (silbidos y protestas de las chicas). ¡Hasta la semana que viene!».

Mientras los estudiantes abandonan el aula, Bayard aborda al joven docente con un rictus discreto que este no puede comprender pero que viene a decir: «Tú vas a pagar por el calvo».

11

—Que le quede claro, comisario, que yo no soy un especialista en Barthes, ni un semiólogo propiamente dicho. Tengo un Master de letras modernas sobre la novela histórica, preparo una tesis de lingüística sobre los actos de lenguaje y también soy encargado de Trabajos Tutelados. Este semestre doy un curso especializado en la semiología de la imagen y, el año pasado, me encargaron un curso de introducción a la semiología. Era un TT de iniciación para estudiantes de primer año; les expuse las bases de la lingüística porque está en el fundamento de la semiología, les hablé de Saussure y de Jakobson, un poco de Austin, un poco de Searle, trabajamos esencialmente sobre Barthes porque es el de más fácil acceso y porque a menudo él ha elegido objetos de estudio extraídos de la cultura de masas, por tanto más susceptibles de despertar la curiosidad de los estudiantes que, pongamos, sus críticas sobre Racine o Chateaubriand, ya que son estudiantes de comunicación, no de literatura. Con Barthes se podía pasar mucho tiempo hablando de *steak-frites*, del último Citroën, de James Bond; es un enfoque mucho más lúdico del análisis y, por otra parte, lo que viene a ser la propia definición de la semiología: una disciplina que aplica los procedimientos de la crítica literaria a unos objetos no literarios.

—No está muerto.

—¿Perdone?

—Usted ha dicho «se podía», ha hablado de ello en pasado, como si ya no fuera posible.

—Pues, no, no es eso lo que yo quería decir...

Simon Herzog y Jacques Bayard caminan uno junto al otro por los pasillos de la facultad. El joven docente lleva su cartera en una mano y en la otra un montón de fotocopias que casi se le caen. Dice que no con la cabeza cuando un estudiante le va a dar una octavilla; el estudiante lo trata de fascista y él le contesta con una sonrisa culpable que rectifica ante Bayard:

—Aunque se muriera, se podría seguir aplicando perfectamente sus métodos críticos, ya me entiende...

—¿Qué le hace creer que se puede morir? No he mencionado delante de usted la gravedad de sus heridas.

—Bueno, esto..., me figuro que no se manda a un comisario a investigar todos los accidentes de tráfico, así que deduzco que es algo serio, y que la naturaleza del accidente es más bien turbia.

—La naturaleza del accidente está clara, y el estado de la víctima casi no inspira ninguna inquietud.

—¿Sí? Bueno, esto..., pues encantado, comisario...

—Yo no le he dicho que sea comisario.

—¿Ah, no? He pensado que Barthes era lo suficientemente célebre como para que envíen a un comisario...

—Nunca jamás había oído hablar de ese individuo hasta ayer.

El joven doctorando se calla, está desconcertado, Bayard, en cambio, satisfecho. Una alumna en sandalias y calcetines le tiende una octavilla en la que puede leer: *Esperando a Godard, obra de un acto*. Mete la octavilla en su bolsillo y pregunta a Simon Herzog:

—¿Qué sabe usted de la semiología?

—Pues... que es el estudio de la vida de los signos en el seno de la vida social, ¿no?

A Bayard le recuerda a su *Roland-Barthes sin esfuerzo*. Aprieta los dientes.

—¿Y en francés?

—Pero ¿cómo...? Es la definición de Saussure...

—¿Ese Chaussure conoce a Barthes?

—Esto..., no, está muerto, es el inventor de la semiología.

—Humm, ya veo.

Pero Bayard no ve nada en absoluto. Ambos hombres atravesan la cafetería. Es una especie de hangar devastado saturado de olores a salchicha *merguez*, a crêpes y a hierba. Un tipo alto y desgarbado con botas de piel de lagarto malvas se pone de pie encima de una mesa. Con un pitillo en una boquilla y una cerveza en la mano, arenga a los jóvenes que lo escuchan con los ojos

brillantes. Ya que Simon Herzog no tiene despacho, invita a Bayard a sentarse y, maquinalmente, le ofrece un cigarrillo. Bayard rehúsa, saca un gitane y prosigue:

—Concretamente, ¿para qué sirve... esa ciencia?

—Bueno, esto..., para comprender lo real, ¿no?

Bayard gesticula imperceptiblemente.

—¿Es decir...?

El joven doctorando se toma unos segundos para reflexionar. Valora la capacidad de abstracción de su interlocutor, manifiestamente limitada, para adaptar su respuesta y no estar dándole vueltas a las cosas durante horas.

—Verá, es muy simple, hay montones de cosas en nuestro entorno que tienen, digamos, una función de uso. ¿Me sigue?

Silencio hostil de su interlocutor. En la otra punta de la sala, el tipo de las botas de piel de lagarto malvas relata a sus jóvenes discípulos la gran gesta del 68, que, en su boca, parece una mezcla de *Mad Max* y de Woodstock. Simon Herzog trata de simplificar al máximo:

—Una silla sirve para sentarse, una mesa para comer sobre ella, un escritorio para trabajar, un vestido para mantener el calor, etcétera. ¿De acuerdo?

Silencio glacial. Continúa:

—Más allá de su función de uso..., de su utilidad, esos objetos están dotados igualmente de un valor simbólico..., como si estuvieran dotados de habla, si usted prefiere: nos dicen cosas. Por ejemplo, esta silla en la que usted está sentado, con su grado cero de diseño, su mala madera barnizada y su armazón oxidado, nos dice que estamos en un colectivo que carece de interés por el confort y por la estética y que además no tiene dinero. Añadida a esto, la mezcla de olores a comedor barato y a cannabis nos confirma que estamos en un lugar universitario. Del mismo modo, su manera de vestir señala su profesión: usted lleva traje, lo que delata un empleo de ejecutivo, pero es un traje barato, lo que implica un salario modesto y/o una falta de interés por su apariencia, por tanto

se dedica a un oficio en el que la presencia formal no cuenta o cuenta poco. Sus zapatos están muy gastados, pero como ha venido en coche, eso significa que no suele quedarse mucho tiempo sentado en su despacho, si no que desempeña su trabajo sobre el terreno. Un ejecutivo que está poco en su oficina tiene todas las papeletas para estar destinado a un trabajo de inspección.

—Humm, ya veo —dice Bayard. Largo silencio durante el cual Simon Herzog puede oír al hombre de las botas de piel de lagarto malvas contar a su fascinado auditorio cómo, en la época en que él estaba al mando de la Fracción Armada Spinozista, llegó a vencer a los Jóvenes Hegelianos—. Ahora bien, yo sé dónde estoy, está escrito «UNIVERSIDAD DE VINCENNES-PARÍS 8» en la entrada. Y hay un notorio «POLICÍA» escrito bien grande en la placa tricolor que le he mostrado cuando me dirigi a usted al término de su clase, así que no termino de comprender muy bien adónde quiere ir a parar.

Simon Herzog empieza a sudar. Esta conversación le trae dolorosas reminiscencias de los exámenes orales. No aterrorizarse, concentrarse, no contar los segundos que se desgranan en el silencio, ignorar el aire falsamente bonachón del examinador sádico que disfruta en su interior de su superioridad institucional y del sufrimiento que infinge porque él también lo ha sufrido en el pasado. El joven doctorando reflexiona rápido, observa con atención al hombre que está frente a él, procede metódicamente, etapa por etapa, como le han enseñado, y, aunque ya se siente capaz, deja todavía que transcurran unos segundos más antes de decir:

—Usted ha hecho la guerra de Argelia, ha estado casado dos veces, se ha separado de su segunda mujer, tiene una hija de menos de veinte años con la que las relaciones son difíciles, ha votado a Giscard las dos vueltas de las últimas elecciones presidenciales y lo volverá a hacer el año que viene, ha perdido a su compañero de equipo en el ejercicio de sus funciones, quizá por su culpa, en cualquier caso se lo reprocha a usted mismo o no se siente cómodo con ese asunto, pero su superior ha considerado que su responsabilidad no se ha visto comprometida. Y ha ido al cine a

ver la última de James Bond, aunque usted prefiere un buen Maigret en la tele o las pelis de Lino Ventura.

Muy muy largo silencio. En la otra punta de la sala, el Spinoza reencarnado, entre las aclamaciones de la concurrencia, cuenta cómo él y su banda acabaron siendo unos Fourier rosas. Bayard musita con voz neutra:

—¿Quién le ha dicho todo eso?

—¡Bueno, es muy sencillo! —Crece un nuevo silencio, pero esta vez administrado por el joven profesor. Bayard ni rechista, solo los dedos de la mano derecha delatan un ligero estremecimiento. El hombre de las botas de piel de lagarto malvas acomete *a capella* una canción de los Rolling Stones—. Poco después de que se me acercara al acabar la clase, usted mismo, espontáneamente, se colocó en el aula de un modo que no daba la espalda ni a la puerta ni a la ventana. Eso no se aprende en la escuela de policía, sino en el ejército. Que se le haya quedado ese acto reflejo indica que su experiencia militar no se limitó a cumplir el servicio, sino que le marcó lo bastante como para conservarlo en sus hábitos inconscientes. Por tanto, es muy probable que haya combatido; y como no es tan viejo como para haber luchado en Indochina, deduzco que habrá sido enviado a Argelia. Está usted en la policía, luego forzosamente es de derechas, como confirma su apriorística hostilidad a los estudiantes y a los intelectuales (manifiesta desde el inicio de nuestra conversación), pero en tanto que veterano de Argelia, usted vivió la independencia concedida por De Gaulle como una traición, así que en consecuencia usted se niega a votar por Chaban, el candidato gaullista, y es demasiado racional (cualidad requerida para su profesión) como para dar su voto a un candidato como Le Pen, carente de peso y sin la menor posibilidad de figurar jamás en la segunda vuelta, por lo que su voto se ha deslizado de manera natural hacia Giscard. Usted ha venido solo, lo que está en contra de todas las reglas de la policía francesa, cuyos agentes siempre se desplazan al menos de dos en dos; por consiguiente, usted goza de algún régimen especial, concesión que solo ha

podido ser otorgada por un motivo grave, quizá la pérdida de un compañero. El trauma ha debido de ser tal que usted no soporta la idea de que le adscriban uno nuevo y sus superiores le han autorizado a trabajar en solitario. Así, puede dárselas de un Maigret, quien, a juzgar por su gabardina, constituye una referencia para usted, inconsciente o no (el comisario Moulin, con su cazadora de cuero, sin duda es demasiado joven para que pueda identificarse con él, y, la verdad, no cuenta con medios como para vestirse a lo James Bond). Lleva una alianza en la mano derecha pero aún conserva la marca de un anillo en el anular izquierdo. Es indudable que, al cambiar de mano para conjurar la suerte, por así decir, ha querido usted evitar una sensación de repetición en su segundo matrimonio. Pero, al parecer, eso no ha sido suficiente, porque una camisa tan arrugada a estas horas de la mañana demuestra que nadie se ocupa de planchar en su casa; de otro modo, siguiendo el patrón pequeño-burgués que le corresponde a su medio sociocultural, su esposa, si es que ella viviera todavía con usted, jamás le habría dejado salir de casa con una ropa tan arrugada.

Cualquiera diría que el silencio que sigue llevará camino de durar veinticuatro horas.

—¿Y en cuanto a mi hija?

El doctorando, falsamente modesto, barre el aire con un gesto de la mano:

—Eso sería demasiado largo de explicar.

En realidad, se había dejado llevar por su impulso. Le pareció que añadir una hija quedaba bien en el conjunto del retrato.

—De acuerdo, sígame.

—¿Perdón? ¿Adónde? ¿Estoy detenido?

—Queda reclutado. Usted tiene pinta de ser un poco menos cazurro que los melenudos habituales y necesito un traductor para todas esas gilipolleces.

—Pero..., no, lo lamento, es totalmente imposible. Tengo que preparar mi clase de mañana y he de redactar mi tesis, además de devolver un libro a la biblioteca...

—Escúchame, gilipollas: te vienes conmigo, ¿te enteras?
—Pero... ¿adónde?
—A interrogar a los sospechosos.
—¿A los sospechosos? Pero ¡si yo creía que era un accidente!
—Quería decir a los testigos. Vamos.

La banda de los jóvenes fans reunidos en torno al hombre de las botas de piel de lagarto malvas grita rítmicamente «¡Spinoza... porculiza a Hegel! ¡Spinoza... porculiza a Hegel! ¡Abajo la dialéctica!». Al salir, Bayard y su nuevo ayudante ceden el paso a un grupo de maos aparentemente decidido a darse de hostias con el espinosista al grito de «¡Badiou con nosotros!».

12

Roland Barthes vivía en la rue Servandoni, al lado de la iglesia Saint-Sulpice, a dos pasos del jardín de Luxemburgo. Voy a aparcar ahí donde supongo que Bayard aparcó su 504, delante del portal del número 11. Les ahorro a ustedes el corta-y-pega, hoy tan habitual, de la entrada en Wikipedia: palacete diseñado por tal arquitecto italiano a cuenta de tal obispo de Bretaña, etcétera.

Es un bonito edificio burgués, de piedra blanca de buena calidad y un ancho portal de hierro forjado. A un lado del portal, un empleado de la sociedad Vinci se afana en instalar un *digicode*.^[5] (Vinci no se llama todavía Vinci en esa época y pertenece a la CGE, la Compañía General de Electricidad, futura Alcatel, pero esto Simon Herzog no puede saberlo.) Hay que cruzar el patio y coger la escalera B, a la derecha, inmediatamente después de la portería. Barthes y su familia tenían dos apartamentos, uno en el segundo piso y otro en el quinto, así como dos buhardillas contiguas que le servían a Barthes de despacho en el sexto. Bayard pide las llaves a la portera. Simon Herzog le pregunta a Bayard qué han ido a buscar

allí, pero Bayard no tiene ni idea; suben por la escalera porque no hay ascensor.

En el apartamento del segundo piso, la decoración es anticuada; hay relojes de madera, todo está muy bien ordenado, muy limpio, incluida la habitación que sirve de despacho; junto a la cama hay un transistor y un ejemplar de las *Memorias de ultratumba*, aunque Barthes trabajaba sobre todo en su buhardilla, en el sexto.

En el apartamento del quinto, los dos hombres son recibidos por el hermano pequeño de Barthes y por su mujer, una árabe, advierte Bayard, guapa, advierte Simon, que los invita seguramente a tomar un té. El hermano les cuenta que los dos apartamentos, el del segundo y el del quinto, son idénticos. Durante un tiempo, Barthes, su madre y su hermano vivieron en el quinto, pero cuando su madre enfermó, esta se encontró demasiado débil para subir los cinco pisos; entonces, al quedarse libre el apartamento del segundo, Barthes lo compró y se instaló allí con ella. Roland Barthes veía a mucha gente, salía mucho, sobre todo después de la muerte de su madre, pero el hermano dice que no sabe nada de sus relaciones. Solo sabe que iba a menudo al Flore, donde recibía a sus citas profesionales y también se reunía con sus amigos.

Lo del sexto, en efecto, son dos buhardillas contiguas que han sido unidas para que resulte un pisito de dos habitaciones. Hay una mesa puesta sobre unos caballetes que sirve de escritorio, una cama metálica, una cocina en un rincón con té japonés encima del frigo, libros por todas partes, tazas de café junto a ceniceros medio llenos; es más viejo, más sucio y más desordenado, pero hay un piano, un plato de tocadiscos, discos de música clásica (Schumann, Schubert) y cajas de zapatos con fichas, llaves, guantes, tarjetas, recortes de prensa...

Una trampilla permite comunicarse con el apartamento del quinto sin pasar por el rellano.

Sobre la pared, Simon Herzog reconoce las extrañas fotos de *La cámara lúcida*, el último libro de Barthes que acaba de salir, y, entre

ellas, la foto amarillenta de una niña en un invernadero, su adorada madre.

Bayard le pide a Simon Herzog que eche un vistazo a las fichas y a la biblioteca. Simon Herzog, como hacen todos los literatos del mundo cuando llegan a casa de alguien, incluso aunque no hayan ido expresamente para eso, examina con curiosidad los libros de la biblioteca: Proust, Pascal, Sade, una vez más Chateaubriand, pocos contemporáneos, aparte de algunas obras de Sollers, Kristeva y Robbe-Grillet, diccionarios, libros críticos, Todorov, Genette, obras de lingüística, Saussure, Austin, Searle... Sobre el escritorio, una hoja metida en el rodillo de la máquina de escribir. Simon Herzog lee el título: «Fracasamos siempre al hablar de lo que amamos». Ojea el texto rápidamente, es sobre Stendhal. A Simon le emociona imaginar a Barthes sentado en ese escritorio, pensando en Stendhal, en el amor, en Italia, sin sospechar siquiera que cada hora pasada mecanografiando ese artículo lo acercaba al momento en que iba a ser atropellado por la camioneta de una lavandería.

Junto a la máquina de escribir están los *Ensayos de lingüística general* de Jakobson, con un marcapáginas que a Simon Herzog le da la impresión de ser un reloj parado hallado en la muñeca de la víctima: indica en qué estaba ocupada su mente cuando Barthes fue atropellado por la camioneta. Estaba a punto de releer, precisamente, el capítulo sobre las funciones del lenguaje. A modo de marcapáginas, Barthes utilizó un folio doblado en cuatro. Simon Herzog despliega el folio, en el que hay tomadas unas notas con una escritura apretada que no intenta descifrar, vuelve a doblarlo sin leerlo y lo coloca de nuevo en su sitio escrupulosamente para que Barthes lo encuentre en su página cuando regrese a casa.

En el borde del escritorio, algo de correo abierto, mucho correo cerrado, más hojas garabateadas con la misma letra apretada, algunos números de *Le Nouvel Observateur*, artículos de periódico y fotos recortadas de algunas revistas. Hay cigarrillos apilados como estéreos de madera. Simon Herzog siente que le invade la tristeza. Mientras Bayard revuelve debajo del camastro metálico, él se inclina

para mirar por la ventana. Ve en la calle un DS negro parado en doble fila y sonríe por lo simbólico del momento: el DS era el emblema de las *Mitologías* de Barthes, y el más célebre de ellos, por ser el elegido para figurar en la cubierta de su famosa recopilación de artículos. Oye cómo asciende el eco de los golpes del cincel que el empleado de Vinci da sobre la piedra para abrir el hueco que ha de acoger el teclado del *digicode*. El cielo se ha vuelto blanco. Por el horizonte, más allá de los edificios, se adivinan los árboles del Luxemburgo.

Bayard lo saca de su ensoñación depositando sobre el escritorio una pila de revistas que ha encontrado debajo de la cama, y no son números atrasados del *Nouvel Obs*. Con aire de desabrida satisfacción, le suelta a Simon: «¡Le gustaban las pollas, al intelectual este!». Ante sus narices, Simon Herzog ve portadas de hombres desnudos, jóvenes y musculosos, que posan con mirada insolente. No sé si en aquella época era pública y notoria la homosexualidad de Barthes. Cuando escribió *Fragmentos de un discurso amoroso*, su *best seller*, tuvo mucho cuidado en no especificar nunca el género del objeto amoroso, ingeniándose para que quedara dentro de expresiones neutras como «el compañero» o «el otro» (que remiten gramaticalmente, como quien no quiere la cosa, a duplicaciones pronominales en «el», ya que en francés lo neutro es masculino). Sé que, al contrario que Foucault, quien hacía alarde de una homosexualidad más reivindicativa, Barthes era muy discreto, tal vez vergonzoso, pero siempre muy precavido a la hora de mantener las apariencias, al menos hasta la muerte de su madre. Foucault se lo reprochaba y lo despreciaba un poco por eso, creo yo. Pero ignoro si, entre el gran público o en los círculos universitarios, circulaban rumores o incluso si el asunto era conocido por todos. En cualquier caso, si Simon Herzog estaba al corriente de la homosexualidad de Barthes, no había creído necesario, hasta este momento de la investigación, informar de ello al comisario Bayard.

En el preciso instante en que este, con risa sarcástica, despliega la página central de una revista llamada *Gai Pied*, suena el teléfono. Bayard deja de reír. Deja la revista sobre el escritorio sin tomarse la molestia de replegar la página central y permanece inmóvil. Mira a Simon Herzog, que le mira también, a la vez que el bello efebo de la foto que se agarra la polla los mira a los dos y el teléfono sigue sonando. Bayard deja pasar aún unos cuantos timbrazos más y descuelga sin decir ni una palabra. Simon observa cómo se queda callado durante varios segundos. Escucha el silencio que también hay al otro extremo del hilo e, intuitivamente, contiene la respiración. Cuando Bayard acaba por decir «dígame», se oye un clic al otro lado, seguido del «bip-bip» que indica el final de la comunicación. Bayard cuelga, perplejo. Simon Herzog pregunta estúpidamente: «¿Una equivocación?». En la calle, por la ventana abierta, se oye el motor de un coche que arranca. Bayard hace un paquete con las revistas porno y los dos hombres dejan la habitación. Simon Herzog piensa: «Tendría que haber cerrado la ventana. Va a llover». Jacques Bayard piensa: «Maricones intelectuales pedófilos de mierda...».

Tocan el timbre de la portería para devolver las llaves, pero nadie responde. El obrero encargado de la instalación del *digicode* les sugiere que se las entreguen a él y luego se las dará a la portera cuando vuelva, pero Bayard prefiere subir a dárselas al hermano menor.

Cuando baja de nuevo, Simon Herzog está fumando un cigarrillo con el obrero, que ha hecho una pausa. Una vez en la calle, Bayard no coge el 504. «¿Adónde vamos?», le pregunta Simon Herzog. «Al Café de Flore», contesta Bayard. «¿Se ha fijado en el instalador del *digicode*?», le dice Simon. Bayard gruñe: «Tanto como si fuera un carretero, me la sopla». «Tenía acento eslavo, ¿no?» Al atravesar la plaza Saint-Sulpice, los dos hombres se cruzan con un Fuego azul y Bayard se las da de listillo ante Simon Herzog: «Es el nuevo Renault, acaban de sacarlo al mercado». Simon Herzog piensa maquinalmente que los obreros que han fabricado ese coche no

podrían comprarlo ni entre diez y, perdido en sus consideraciones marxistas, no se fija en los dos japoneses que van dentro.

13

En el Flore, al lado de una pequeña y madura rubia, ven a un hombre estrábico con unas gruesas gafas, aspecto delicado y cabeza de rana que a Bayard le recuerda vagamente a alguien, pero no están allí por él. Bayard localiza a los hombres de menos de treinta años y se dirige a ellos directamente. La mayor parte son gigolós que ligan en ese distrito. Todos conocían a Barthes. Bayard los interroga uno por uno mientras Simon Herzog observa a Sartre por el rabillo del ojo: no tiene buen aspecto, no deja de toser sin soltar su cigarrillo. Françoise Sagan le da golpecitos en la espalda con solicitud. El último en haber visto a Barthes es un joven marroquí: el eminente crítico estaba iniciando tratos con uno nuevo, no sabe cómo se llama, ese día se marcharon juntos, no sabe lo que hicieron, ni adónde fueron ni dónde vive, pero sabe dónde se le puede encontrar esta noche: en los Baños Diderot, una sauna, por la Estación de Lyon. «¿Una sauna?», se sorprende Simon Herzog, cuando aparece un energúmeno con bufanda que le espeta a la concurrencia allí reunida: «¡Mirad qué pinta tenéis! ¡No os queda mucho tiempo! ¡En verdad os digo: un burgués debe reinar o morir! ¡Bebed! ¡Bebed vuestra Fernet a la salud de vuestra sociedad! ¡Aprovechad, aprovechad! ¡Rapiñad! ¡Fracasad! ¡Viva Bokassa!». Algunas conversaciones se interrumpen, los habituales observan con mirada mustia al recién llegado, los turistas intentan disfrutar del espectáculo sin comprender en absoluto de qué se trata, pero los camareros siguen atendiendo como si nada. Su brazo recorre la sala con un exagerado gesto teatral y, dirigiéndose a un interlocutor

imaginario, el profeta de la bufanda exclama con tono victorioso: «¡No busques más, camarada, el viejo mundo está ante ti!».

Bayard pregunta quién es ese hombre; el gigoló le responde que es Jean-Edern Hallier, una especie de escritor aristócrata que alborota de vez en cuando y que dice que va a ser ministro si Mitterrand gana el año que viene. Bayard se fija en la boca con forma de V invertida, en los ojos azules brillantes y en ese típico acento de los aristócratas o de los grandes burgueses que linda con un defecto de pronunciación. Enseguida prosigue con su interrogatorio. ¿Y cómo es, ese nuevo? El joven marroquí le describe a un árabe con acento del sur, que lleva un pequeño pendiente y el cabello le cae sobre la cara. Jean-Edern alaba sin orden ni concierto, siempre a voz en grito, las virtudes de la ecología, de la eutanasia, de las radios piratas y de las *Metamorfosis* de Ovidio. Simon Herzog mira a Sartre, que mira a Jean-Edern. Cuando este se percata de que Sartre está allí, se estremece. Sartre lo mira fijamente con aire meditabundo. Françoise Sagan le habla al oído, como una traductora simultánea. Jean-Edern aguza la vista, lo que acentúa su gesto husmeante bajo su espesa cabellera rizada, se calla unos segundos haciendo como que reflexiona y luego vuelve de nuevo a declamar: «¡El existencialismo es un botulismo! ¡Viva el tercer sexo! ¡Viva el cuarto! ¡Que La Coupole no desespere!». Bayard le cuenta a Simon Herzog que debe acompañarlo a los Baños Diderot para ayudarlo a encontrar a ese gigoló desconocido. Jean-Edern Hallier se planta delante de Sartre, extiende el brazo en alto con la palma de la mano abierta y grita haciendo chocar los tacones de los mocasines: «¡Heil, Althusser!». Simon Herzog protesta que su presencia no es absolutamente indispensable. Sartre tose y enciende otro gitane. Bayard dice que, al contrario, un intelectualillo pedófilo como él le será muy útil para dar con el sospechoso. Jean-Edern se pone a cantar obscenidades con la música de la Internacional. Simon Herzog dice que es demasiado tarde para comprar un traje de baño. Bayard se ríe burlonamente y le dice que no será necesario. Sartre

abre *Le Monde* y empieza a hacer el crucigrama. (Como está casi ciego, Françoise Sagan le lee las casillas.) Jean-Edern repara en algo que sucede en la calle y se precipita fuera gritando: «¡Modernidad! ¡Me cago en tu nombre!». Son ya las siete, la noche ha caído. El comisario Bayard y Simon Herzog regresan en busca del 504 aparcado delante de la casa de Barthes; Bayard quita del parabrisas tres o cuatro multas y ambos se dirigen hacia République, seguidos por un DS negro y por un Fuego azul.

14

Jacques Bayard y Simon Herzog deambulan entre los vapores de la sauna con una pequeña toalla blanca ceñida a la cintura, en medio de siluetas sudorosas que se rozan furtivamente. El comisario ha dejado su placa en el vestuario, van de incógnito, ya que se trata de no asustar al gigoló del pendiente, si lo localizan.

Lo cierto es que forman una pareja bastante creíble: el viejo cachas de torso velludo que mira de reojo con pinta de inquisidor y el joven flacucho, lampiño, que lanza miradas a hurtadillas. Simon Herzog, con su aspecto de antropólogo asustadizo, excita la concupiscencia, los hombres con los que se cruza no le quitan ojo y se vuelven hacia él cuando pasa, pero también Bayard tiene su éxito. Dos o tres jóvenes le echan miradas provocativas y un gordo lo traspasa desde lejos, con el puño apretado sobre su sexo: por lo visto, el estilo Lino Ventura tiene sus adeptos. Por mucho que le cabree que esa pandilla de maricones pueda tomarlo por uno de ellos, es lo bastante profesional como para disimularlo; a lo sumo, ostenta un aire ligeramente hostil con el único fin de desanimar toda tentativa de aproximación.

El local se compone de diferentes espacios: sauna propiamente dicha, *hammam*, piscina y reservados de tamaños y configuraciones

diversas. La fauna es igualmente bastante variada; están representadas todas las edades, todas las tallas y todas las corpulencias. Pero por lo que respecta al tipo que el comisario y su ayudante han venido a buscar hay un problema: la mitad de los hombres que hay allí lleva un pendiente en la oreja, y la cifra alcanza el cien por cien de los menores de treinta años, casi todos magrebíes. Por desgracia, el indicio de los cabellos tampoco es utilizable: aquellos que, entre los jóvenes, son susceptibles de tener un mechón que les caiga sobre el rostro son imposibles de detectar en ese contexto, pues como llevan el pelo mojado, maquinalmente se lo aplastan hacia atrás.

Queda el último indicio: el acento del sur. Pero esto implica tener que establecer, tarde o temprano, un contacto verbal.

En un rincón de la sauna, sobre un banco de cerámica, dos jóvenes efebos se besan mientras se masturban mutuamente. Con discreción, Bayard se inclina por encima de ellos para comprobar si alguno lleva un pendiente. En efecto, los dos lo llevan. Pero, si fueran gigolós, ¿perderían el tiempo uno con el otro? Es posible, Bayard nunca ha trabajado en la Mondaine^[6] y no es un especialista en buen comportamiento. Tira de Simon para dar una vueltecita por allí. Se ve bastante mal, la luz es poco intensa, el vapor crea una espesa niebla y algunos se aíslan en los reservados, cuyo interior solo es visible a través de unas ventanas con celosías. Se cruzan con un árabe de aire atolondrado que trata de tocarle el sexo a todo el mundo, con dos japoneses, con dos bigotudos de cabello grasiendo, con gordos tatuados, con viejos lascivos y con jóvenes de mirada de terciopelo. Todos van con su toalla alrededor de la cintura o sobre los hombros, en la piscina todo el mundo está desnudo, algunos se empalman, otros no. De eso también hay de todas las tallas y de todas las formas. Bayard trata de seleccionar a los que llevan pendiente y cuando ha localizado a cuatro o cinco, le indica uno a Simon y le ordena que vaya a hablar con él.

Simon Herzog sabe muy bien que lo más lógico sería que fuese el propio Bayard quien se dirigiera al gigoló y no él, pero, ante su

pétreo rostro de poli, comprende que es inútil discutir. Torpemente, se acerca al gigoló y lo saluda. Su voz tiembla. El otro sonríe pero no responde. Fuera de su aula, Simon Herzog es de carácter más bien tímido y nunca ha sido muy ligón. Consigue articular una o dos trivialidades que enseguida le parecen fuera de lugar o ridículas. Sin decir ni una palabra, el otro le coge la mano y lo lleva hacia los reservados. Simon, sin oponer resistencia, lo sigue. Sabe que tiene que reaccionar rápido. Pregunta con voz inexpresiva: «¿Cómo te llamas?». El otro contesta: «Patrick». Ni un *sh* ni un *ss* para detectar el acento del sur. Simon entra en una pequeña celda después del joven, quien lo agarra por las caderas y se arrodilla frente a él. Simon se atropella al tratar de hacerle pronunciar una frase completa: «¿No prefieres que sea yo quien empiece, más bien?». El otro dice que no y pasa su mano por la toalla de Simon, que se estremece. La toalla cae. Simon comprueba con asombro que su polla, entre los dedos del joven, no está del todo en reposo. Decide entonces jugarse el resto: «¡Espera, espera! ¿Sabes lo que me apetece?». El otro pregunta: «¿Qué?». Nunca suficientes sílabas como para detectar el acento. «Me apetece cagarte encima». El otro lo mira, sorprendido. «¿Puedo?» Entonces por fin el tal Patrick responde sin ningún acento meridional: «De acuerdo, pero eso será más caro». Simon Herzog recoge su toalla y se larga dejando caer: «¡Lástima! Para otra ocasión». Si tiene que hacer esto mismo con la docena de gigolós potenciales que gravitan por allí, la velada corre el riesgo de ser muy larga. Vuelve a cruzarse con el árabe atolondrado que intenta tocarle la polla al pasar, con los dos bigotudos, con los dos japoneses, con los gordos tatuados, con los jóvenes efebos y se reúne con Bayard en el momento en que resuena una voz fuerte, profesoral y gangosa: «¿Un servidor del orden exhibiendo sus músculos represivos en un lugar de biopoder? ¡Nada más normal!».

Detrás de Bayard, un calvo con cuerpo enjuto y mandíbula cuadrada está sentado, desnudo, con los brazos en cruz apoyados en el respaldo de un banco de madera y las piernas muy separadas,

mientras se la chupa un joven filiforme que lleva un pendiente, pero con el pelo corto. «¿Ha encontrado usted algo interesante, comisario?», pregunta Michel Foucault sin dejar de mirar con insistencia a Simon Herzog.

Bayard contiene su sorpresa pero no sabe qué responder. Simon Herzog tiene los ojos como platos. El eco de los reservados rellena el silencio de gritos y gemidos. En la sombra, los bigotudos, cogidos de la mano, observan de reojo a Bayard, Herzog y Foucault. El árabe tocador de pollas da vueltas. Los japoneses hacen como si fueran a bañarse en la piscina con su toalla en la cabeza. Los tatuados abordan a los efebos o viceversa. Michel Foucault interroga a Bayard: «¿Qué le parece este lugar, comisario?». Bayard no contesta, solo se oye el eco de los reservados: «¡Ah! ¡Ah!». Foucault: «Usted ha venido a buscar a alguien y ya lo ha encontrado, por lo que parece». Señala a Simon Herzog sonriendo: «¡Su Alcibíades!». Los reservados: «¡Ah! ¡Ah!». Bayard: «Busco a alguien que estuvo con Roland Barthes poco antes de su accidente». Foucault, acariciando la cabeza del joven que se afana entre sus piernas: «Roland tenía un secreto, sabe usted...». Bayard pregunta cuál. Los reservados jadean cada vez más fuerte. Foucault explica a Bayard que Barthes concebía el sexo a la manera occidental, es decir, como algo secreto y a la vez como algo cuyo secreto hay que desvelar. «Roland Barthes —añade— es la oveja que querría ser pastor. ¡Y bien que lo ha sido! ¡Con la máxima brillantez! Pero para todo lo demás, menos para el sexo. Para el sexo, siempre se quedó en oveja». Los reservados braman: «¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!». El árabe tocador intenta meter la mano bajo la toalla de Simon, pero este se la rechaza suavemente y entonces se va hacia los bigotudos. «En el fondo —dice Foucault—, Roland tenía un temperamento cristiano. Venía aquí como los primeros cristianos iban a misa: sin comprender nada, pero con fervor. Creía sin saber por qué». (En los reservados: «¡Sí! ¡Sí!».) «La homosexualidad le asquea, ¿no es verdad, comisario? (“¡Más fuerte! ¡Más fuerte!”) Sin embargo, son ustedes los que nos han creado. La noción de

homosexualidad masculina no existía en la Grecia antigua: Sócrates podía tirarse a Alcibíades sin ser considerado un pederasta, los griegos tenían una idea más elevada de lo que podía ser la corrupción de la juventud...»

Foucault vuelve la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, sin que Bayard ni Herzog puedan discernir si se está dejando llevar por el placer o por la reflexión. Y el coro que asciende de los reservados no para: «¡Oh! ¡Oh!».

Foucault abre los ojos de nuevo, como si acabara de recordar una cosa: «Y, sin embargo, los griegos también tenían sus limitaciones. Negaban al muchacho su parte de placer. No podían prohibirlo, por supuesto, pero no lo concebían y, al final, procedían como nosotros: se contentaban con excluirlo por decoro. (Los reservados: “¡No! ¡No! ¡No!”.) El decoro es siempre el medio de coerción más eficaz, al fin y al cabo...». Se señala la entrepierna: «¡Esto no es una pipa, como diría Magritte, ja, ja, ja!». Luego le endereza la cabeza al joven, que no ha dejado de succionar concienzudamente: «Pero a ti te encanta chupármela, ¿verdad, Hamed?». El joven asiente lentamente con la cabeza. Foucault le mira con ternura y dice, acariciándole la mejilla: «Definitivamente, te favorece el pelo corto». El joven responde con una sonrisa: «¡Mussha grassia!».

Bayard y Herzog han aguzado el oído, no están seguros de haber entendido bien, pero él añade: «Eresh muy amable, Michel, y tienes una pressiosa poia, ¡coño!».

15

Sí, ha visto a Roland Barthes, hace unos días. No, no tuvieron verdaderamente una relación sexual. Barthes llamaba a eso «pasearse en barca». Pero él no era muy activo. Más bien

sentimental. Le pagó una tortilla en La Coupole y luego insistió en llevarlo a su buhardilla. Bebieron té. No hablaron de nada en particular, Barthes no estaba muy parlanchín. Estaba meditabundo. Antes de irse, le preguntó: «¿Qué harías tú si fueras el amo del mundo?». El gigoló había respondido que aboliría todas las leyes. Barthes había dicho: «¿Incluida la gramática?».

16

Reina una calma relativa en el vestíbulo de la PitiéSalpêtrière. Los amigos, admiradores, conocidos o curiosos de Roland Barthes hacen turnos día tras día en la cabecera de tan relevante figura, pueblan el vestíbulo del hospital charlando en voz baja, con un cigarrillo, un sándwich, un periódico, un libro de Guy Debord o una novela de Kundera en la mano, cuando de repente surgen tres apariciones, una mujer muy baja, de pelo corto, energética, flanqueada por dos hombres, uno con camisa blanca, despechugado, largo abrigo negro, melena negra al viento, y el otro, con cara de pájaro, boquilla en los labios y cabello beige.

La escuadrilla se abre paso entre la gente sin miramientos, es obvio que va a ocurrir algo, se masca una especie de operación Overlord en el aire; penetran precipitadamente en el pabellón de comatosos. Los que están allí por Barthes se interrogan entre sí con la mirada, las demás visitas también. No han pasado ni cinco minutos cuando se escuchan las primeras exclamaciones: «¡Lo están dejando morir! ¡Lo están dejando morir!».

Los tres ángeles vengadores regresan desatados del reino de los muertos: «¡Es un moridero! ¡Es un escándalo! ¿Es que no se lo toman en serio? ¿Por qué nadie nos ha avisado? ¡Si nosotros hubiéramos estado allí!». Qué lástima que no hubiera habido ningún fotógrafo en la sala para inmortalizar ese gran momento de la

historia de los intelectuales franceses: Kristeva, Sollers y BHL abroncando al personal del hospital para denunciar las indignas condiciones en las que es tratado un paciente tan prestigioso como su gran amigo Roland Barthes.

El lector quizá se sorprenda por la presencia de BHL, pero ya en esa época está metido en los fregados más gordos. Barthes lo ha apoyado como «nuevo filósofo» en unos términos un tanto opacos, aunque relativamente oficiales, y encima ha sido objeto de los reproches de Deleuze por ello. Barthes siempre ha sido débil, no sabía decir no, según sus amigos. Cuando BHL le envía un ejemplar de *La barbarie con rostro humano* con motivo de su publicación en 1977, Barthes le responde con mucha educación pero, lejos de entrar en el contenido, se limita tan solo a elogiar el estilo. Pues por eso que no quede: BHL hace publicar la carta en *Les Nouvelles Littéraires*, se conchaba con Sollers y he aquí que tres años más tarde vocifera en la Salpêtrière para testimoniar una sonora preocupación por su amigo el gran crítico.

Sin embargo, mientras él y sus dos acólitos siguen con su escandalera ladrándole al desdichado personal médico («¡Hay que trasladarlo inmediatamente al Hospital Americano! ¡Llamen a Neuilly!»), dos siluetas mal trajeadas se cuelan por el pasillo sin que nadie se fije en ellas. Jacques Bayard, allí presente, observa, perplejo, ligeramente aturdido, los aspavientos del individuo castaño del abrigo negro y los criterios de los otros dos. Junto a él, Simon Herzog, cumpliendo la tarea para la que ha sido reclutado, le explica quién es toda esa gente, pegado a su oído a la manera de un traductor simultáneo y caminando por el vestíbulo del hospital siguiendo una cuadrícula aparentemente errática, aunque no me sorprendería nada que obedeciese a alguna oscura coreografía táctica.

Los ladridos continúan («¿Sabe usted quién es? ¿Y sigue poniendo esa cara de creer que se puede tratar a Roland Barthes como a cualquier otro paciente?» Una vez más, como es habitual entre ellos, la búsqueda de privilegios como distintivo de

selección...) cuando las dos siluetas mal vestidas reaparecen en el vestíbulo antes de escabullirse discretamente. Pero siguen todavía ahí en el momento en que surge una enfermera toda alborotada, una rubia de piernas largas, corriendo hacia el doctor para murmurarle algo al oído. Como resultado, se produce un movimiento general: se atropellan, penetran velozmente por el pasillo y se precipitan en la habitación de Barthes. El gran crítico yace en el suelo, desentubado, con todos los cables arrancados y con su bata de hospital, fina como el papel, mostrando sus blandas nalgas al aire. Entre estertores, mientras le dan la vuelta, extravía su enloquecida mirada hasta posarla en el comisario Jacques Bayard, que ha llegado a la vez que los médicos; se dirige a él haciendo un esfuerzo sobrehumano, lo agarra de la chaqueta para que se acucliffe y pronuncia clara pero débilmente, con esa famosa voz de contrabajo que tanto se parece a la de Philippe Noiret, aunque más quebrada y con hipo:

—¡Sophia! Ella sabe...

En el marco de la puerta ve a Kristeva, al lado de la enfermera rubia, y sus ojos se clavan en ella durante prolongados segundos; en la habitación todo el mundo se queda helado, doctores, enfermeras, amigos, policías, paralizados por la intensidad de su mirada de loco, y a continuación pierde el conocimiento.

Fuera, un DS negro arranca haciendo chirriar sus neumáticos. Simon Herzog, que ha permanecido en el vestíbulo, no se ha percatado de ello.

Bayard le pregunta a Kristeva: «¿Es usted Sophia?». Kristeva responde que no. Pero como espera la siguiente pregunta, acaba por añadir, pronunciando a la francesa, con la *j* y la *u* palatalizadas: «Me llamo Julia». Bayard detecta vagamente su acento extranjero y piensa que debe de ser italiana, o alemana, o quizás griega, o brasileña o rusa. Tiene el semblante duro, no le gusta la mirada penetrante que ella le lanza, percibe que esos pequeños ojos negros quieren indicarle que es una mujer inteligente, más inteligente que él, y que lo desprecia por ser un tosco poli gilipollas.

De manera automática, él le pregunta: «¿Profesión?». Cuando ella adopta un gesto desdeñoso para contestar «psicoanalista», a él, instintivamente, le dan ganas de abofetearla, pero se contiene. Todavía tiene que interrogar a los otros dos.

La enfermera rubia vuelve a acostar en la cama a Barthes, que sigue inconsciente. Bayard manda colocar a dos policías de guardia delante de la habitación y prohíbe las visitas hasta nueva orden. Luego se dirige hacia los dos tipejos.

Apellido, nombre, edad, profesión.

Joyaux, Philippe, alias Sollers, cuarenta y cuatro años, escritor, casado con Julia Joyaux, de soltera Kristeva.

Lévy, Bernard-Henri, treinta y dos años, filósofo, antiguo alumno de la École Normale Supérieure.

Ninguno de los dos estaba en París cuando ocurrieron los hechos. Barthes y Sollers eran muy próximos... Barthes ha colaborado en la revista *Tel Quel* de Philippe Joyaux alias Sollers, y fueron a China juntos con Julia, hace unos años... ¿Para hacer qué? Un viaje de estudios... Sucios comunistas, piensa Bayard. Barthes ha escrito varios artículos elogiosos sobre el trabajo de Sollers... Barthes es como un padre para Sollers, aunque a veces cualquiera diría que Barthes es como un crío... ¿Y Kristeva? Barthes declaró un día que si le gustaran las mujeres, se enamoraría de Julia... La adoraba... ¿Y no está celoso, señor Joyaux? Ja, ja, ja... No tenemos ese tipo de relación con Julia... Además, el pobre Roland ya no era muy feliz con los hombres... ¿Por qué? No sabía apañárselas... Se dejaba engañar... Ya veo. ¿Y usted, señor Lévy? Lo admiro mucho, es un gran hombre. ¿También usted ha viajado con él? Tenía varios proyectos que someter a su juicio. ¿Qué tipo de proyectos? Un proyecto de película sobre la vida de Charles Baudelaire, en el que contaba con proponerle el papel principal, un proyecto de entrevista cruzada con Solzhenitsyn, y un proyecto de petición para que la OTAN vaya a liberar Cuba. ¿Puede usted aportar elementos que acrediten tales proyectos? Claro, por supuesto, he hablado de ellos con André

Glucksmann, que podrá atestiguarlo. ¿Barthes tenía enemigos? Sí, muchos, responde Sollers. Todo el mundo sabe que es amigo nuestro y nosotros tenemos muchos enemigos. ¿Quiénes? ¡Los estalinistas! ¡Los fascistas! ¡Alain Badiou! ¡Gilles Deleuze! ¡Pierre Bourdieu! ¡Cornelius Castoriadis! ¡Pierre Vidal-Naquet! ¡Hasta Hélène Cixous! (BHL: «¿Es que ha reñido con Julia?». Sollers: «Sí... Esto..., no..., tiene celos de Julia por culpa de Marguerite...».)

¿Marguerite qué? Duras. Bayard toma nota de todos los nombres. ¿Conoce el señor Joyaux a un tal Michel Foucault? Sollers se pone a dar vueltas sobre sí mismo como un derviche, cada vez más rápido, con su boquilla siempre empotrada en los labios; la punta encendida traza gráciles curvas anaranjadas en el pasillo del hospital: «¿La verdad, señor comisario...? ¿Toda la verdad y nada más que la verdad...? Foucault estaba celoso de la notoriedad de Barthes... pero sobre todo celoso de que yo amara a Barthes..., porque, señor comisario, Foucault es un tirano de la peor especie: un tirano doméstico... Figúrese, señor representante del orden público, cof, cof, ¡Foucault me había lanzado un ultimátum...!: “¡Hay que elegir entre Barthes y yo!”... Como elegir entre Montaigne y La Boétie... Entre Racine y Shakespeare... Entre Hugo y Balzac... Entre Goethe y Schiller... Entre Marx y Engels... Entre Merckx y Poulidor... Entre Mao y Lenin... Entre Breton y Aragon... Entre Laurel y Hardy... Entre Sartre y Camus (bueno, no, entre estos no) ... Entre De Gaulle y TixierVignancour... Entre el Plan y el Mercado... Entre Rocard y Mitterrand... Entre Giscard y Chirac». Sollers disminuye el ritmo de sus vueltas, tose incluso con la boquilla. «Entre Pascal y Descartes... Cof, cof... Entre Trésor y Platini... Entre Renault y Peugeot... Entre Mazarino y Richelieu... Sssss...» Pero cuando ya parece que va a acabar, recobra un nuevo aliento. «Entre la Rive gauche y la Rive droite... Entre París y Pekín... Entre Venecia y Roma... Entre Mussolini y Hitler... Entre la morcilla y el puré...»

De repente, se oye un ruido en la habitación. Bayard abre la puerta y ve a un Barthes espasmódico que habla semiinconsciente

mientras la enfermera trata de arroparlo con las sábanas. Habla de «texto estrellado» como si fuese un «seísmo menudo» de «módulos de significación» cuya lectura, en la superficie lisa e imperceptiblemente soldada por la cadencia de las frases del discurso vertido por la narración, solo atrapa la gran naturalidad del lenguaje corriente.

Bayard manda venir enseguida a Simon Herzog para que se lo traduzca. Barthes se agita en su lecho cada vez más. Bayard se inclina sobre él y le pregunta: «Señor Barthes, ¿ha visto usted a su agresor?». Barthes abre unos ojos de loco, sujet a Bayard por la nuca y declara entrecortadamente, consumido por la angustia: «El significante tutor será despiezado en una serie de cortos fragmentos contiguos, que llamaremos aquí *lexías*, puesto que son unidades de lectura. Hay que decir que este despiezo será de lo más arbitrario; no implicará ninguna responsabilidad metodológica, ya que se apoyará en el significante, mientras que el análisis propuesto se apoya únicamente en el significado...». Bayard interroga con la mirada a Herzog, que se encoge de hombros. Barthes silba entre dientes, con aire amenazador. Bayard le pregunta: «Señor Barthes, ¿quién es Sophia? ¿Qué sabe ella?». Barthes lo mira sin comprender o comprendiéndolo demasiado bien y se pone a canturrear con una voz ronca: «El texto, en su masa, es comparable a un cielo, llano y profundo a la vez, liso, sin bordes y sin puntos de referencia; así como el adivino recorta con un palo un rectángulo ficticio en él para, según ciertos principios, interpretar en su interior el vuelo de los pájaros, así el analista traza a lo largo del texto unas zonas de lectura, con el fin de observar en ellas la migración de los sentidos, el afloramiento de los códigos, el tránsito de las citas». Bayard fulmina a Herzog, cuyo rostro perplejo le manifiesta inequívocamente que es incapaz de traducirle ese galimatías, pero Barthes llega al borde de la histeria cuando empieza a gritar, como si su vida dependiera de ello: «¡Todo está en el texto! ¿No comprenden? ¡Hay que encontrar el texto! ¡La función! ¡Ah, es tan elemental!». Luego, vuelve a caer sobre la almohada y murmura,

como salmodiando: «La lexía no es más que el envoltorio de un volumen semántico, el trazado que perfila el texto plural, dispuesto como un bancal de sentidos posible (pero reglados, comprobados por una lectura sistemática) bajo el flujo del discurso: la lexía y sus unidades formarán así una especie de facetas de un mismo cubo, cubierto por la palabra, por el grupo de palabras, por la frase o por el párrafo, dicho de otro modo, por el lenguaje, que es su excipiente “natural”». Entonces, se desmaya. Bayard lo zarandea para reanimarlo, pero la enfermera rubia le obliga a que deje descansar al paciente y una vez más manda evacuar la habitación.

Bayard cede el paso a Simon Herzog para salir cuando este va a decirle que no hay que darles demasiada importancia a Sollers ni BHL, pero en ese momento el doctorando ve una oportunidad para él, así que dice con delectación: «Deberíamos empezar por interrogar a Deleuze».

Al abandonar el hospital, Simon Herzog choca con la enfermera rubia que está atendiendo a Barthes: «¡Perdón, señorita!». Ella le sonríe con una sonrisa zalamera: «Faltarría más, señor».

17

Hamed se despierta pronto. Los vapores y las sustancias de la víspera, de los que su cuerpo sigue aún ampliamente impregnado, lo sacan de un mal sueño. Aturdido y adormilado, desorientado, sin referencias en esa habitación desconocida, necesita unos segundos para recordar cómo ha llegado hasta allí y qué ha hecho. Se levanta de la cama procurando no despertar al hombre que está junto a él, se pone su camiseta sin mangas, se embute en sus vaqueros Lee Cooper, se prepara un café en la cocina apurando de paso el porro de ayer que hay tirado en un cenicero con forma de jacuzzi, agarra

su cazadora, una Teddy Smith negra y blanca con una gran F roja en el lugar del corazón, y se larga dando un portazo.

Fuera hace bueno y un DS negro aparca delante de un vado en la calle desierta. Hamed disfruta del aire fresco escuchando a Blondie en su walkman y no ve el DS negro que arranca y circula a su paso detrás de él. Cruza el Sena, bordea el Jardín de las Plantas, piensa que con un poco de suerte habrá alguien en el Flore que le pague un café auténtico, pero en el Flore solo están sus colegas gigolós y dos o tres viejos que no consumen, más Sartre, que ya está allí también, tosiendo y fumando en pipa ante un pequeño grupo de estudiantes con jersey, así que Hamed pide un cigarrillo a un transeúnte con gabardina que pasea un beagle con ojos tristes y, a la puerta del pub Saint-Germain, que aún no está abierto, se pone a fumar con otros jóvenes gigolós que como él tienen pinta de haber dormido poco, bebido demasiado y fumado más, la mayoría de los cuales se ha olvidado de comer el día anterior. Entre ellos está Saïd, que le pregunta si pasó ayer por la Ballena Azul; Harold, que le dice que tuvo que tirarse a Amanda Lear en el Palace, y Slimane, que se ha liado a hostias pero no sabe por qué. Los tres se han puesto de acuerdo para dar el coñazo, aunque Harold de buena gana iría a ver *El rey del timo* en el Montparnasse o en el Odeón, pero no hay sesión hasta las dos de la tarde. En la acera de enfrente, los dos bigotudos han aparcado el DS y se toman un café en la cervecería Lipp. Sus trajes están arrugados como si hubieran dormido en el coche y van siempre con sus paraguas. Hamed piensa que lo mejor que podría hacer es meterse en la cama, pero no le apetece subir los seis pisos, así que le sablea otro cigarrillo a un negro que sale del metro y le da vueltas en la sesera a si debe o no pasarse por el hospital. Saïd le cuenta que «Babar» está en coma pero que tal vez se pondría contento de oír su voz; al parecer, los comatosos oyen, como las plantas cuando se les pone música clásica. Harold les enseña su *bomber* reversible negra con forro naranja. Slimane dice que ayer vio pasar a un poeta ruso que él conoce con una cicatriz y que así estaba incluso más guapo, lo que le hace reír a carcajadas.

Hamed decide mandarlos a todos a hacer puñetas y va a La Coupole por la rue de Rennes. Los dos bigotudos salen tras él olvidando sus paraguas, pero el camarero los alcanza al grito de «¡Señores! ¡Señores!», mientras blande los paraguas como si fueran espadas, si bien nadie les presta demasiada atención ya que el día se pronostica soleado. Los dos hombres recuperan sus paraguas y prosiguen con su persecución. Se detienen delante del Cosmos, donde ponen *Stalker*, de Tarkovski, y una película de guerra soviética, arriesgándose a que Hamed les cobre un poco de ventaja, pero como él también se solaza en los escaparates de las tiendas de trapos, no hay peligro de que lo pierdan de vista.

Sin embargo, uno de ellos se da la vuelta y regresa en busca del DS.

18

En la rue de Bizerte, entre la de La Fourche y la place de Clichy, Gilles Deleuze recibe a los dos investigadores. Simon Herzog está encantado de encontrarse con el gran filósofo en su propia casa, entre sus libros, en un piso que huele a filosofía y a tabaco rancio. La tele está encendida, dan un partido de tenis, Simon distingue una gran cantidad de obras sobre Leibniz esparcidas por todas partes, se oye el poc-poc del peloteo, se trata de un ConnorsNastase.

Oficialmente, ambos están ahí porque Deleuze ha sido acusado por BHL. El interrogatorio empieza, pues, con la A de Acusación.

«Señor Deleuze, se nos ha hecho partícipes de un contencioso entre usted y Roland Barthes. ¿Cuál era el contenido del mismo?» Poc-poc. Deleuze lleva en los labios un cigarrillo apagado por la mitad. Bayard se fija en las uñas, extravagantemente largas. «¿Cómo? No. No tengo ningún contencioso con Roland, aparte del

hecho de que él haya apoyado a ese inútil, el gran gilipollas de camisa blanca».

Simon repara en el sombrero que hay metido en un portasombreros. Si se añade este al que está colgado en el perchero de la entrada y al que está sobre la cómoda, suman muchos sombreros, de todos los colores, estilo Alain Delon en *El silencio de un hombre*. Poc-poc.

Deleuze se arrellana en su sillón: «Fíjense en ese estadounidense. Es el anti-Borg. Bueno, no, el anti-Borg es McEnroe: servicio egipcio, alma rusa, ¿no? Ejem, ejem. (Tose.) Pero Connors (él pronuncia “Connorz”), con ese juego plano, ese riesgo permanente, esas bolas rasas..., es muy aristocrático también. Borg juega en el fondo de la pista, devuelve la bola, muy por encima de la red gracias al *liffrage*. Cualquier obrero puede comprender eso. Borg inventa el tenis del proletariado. McEnroe y Connors, evidentemente, juegan como unos príncipes».

Bayard se sienta en el sofá, presiente que va a tener que escuchar un montón de idioteces.

Simon se permite objetar: «No obstante, Connors es el arquetipo del pueblo, ¿no? Es el *bad boy*, el chico malo, el travieso, hace trampas, protesta, se queja por todo, es mal jugador, camorrista, peleón, insoportablemente atractivo...».

Deleuze reprime un gesto de impaciencia: «¿Sí? Ejem, ejem... Es interesante como objeción».

Bayard pregunta: «Es posible que hayan intentado robarle algo al señor Barthes. Un documento. ¿Sabría usted de qué se trata, señor Deleuze?».

Deleuze se vuelve hacia Simon: «No está claro que la pregunta “sabría usted” sea una buena pregunta. Posiblemente preguntas como *quién, cuánto, cómo, dónde o cuándo* sean mejores».

Bayard enciende un cigarrillo y con paciencia, casi resignado, pregunta: «¿Qué quiere usted decir?».

«Pues que es evidente que, si usted viene a buscarme una semana y pico después de los hechos para arrojarme a la cara las

miserables insinuaciones de un filósofo de mierda, será porque el accidente de Roland sin duda no es tal. Por lo tanto, usted está buscando un culpable. Es decir, un móvil. Pero el camino hasta el *porqué* es largo, ¿verdad? Supongo que la pista del conductor no ha dado ningún resultado. He oído que Roland ha recuperado la conciencia. ¿No ha querido hablar? Entonces, cámbiese el *porqué*».

En la tele se oye a Connors, que resuella con cada raquetazo. Simon echa una mirada por la ventana. Ve que hay un Fuego azul aparcado justo debajo.

Bayard pregunta por qué Barthes, según Deleuze, no desea revelar lo que sabe. Deleuze responde que sobre eso no sabe nada, pero, en cambio, sabe esto: «Sea lo que sea lo que haya pasado o sucedido, hay pretendientes. Es decir, gente que dice: para ese asunto, el mejor soy yo».

Bayard se acerca el cenicero con forma de búho que reposa sobre la mesa baja: «¿Y usted, señor Deleuze, exactamente qué pretende?».

Deleuze emite un ligero ruido entre la sorna y la tosidura: «Se pretende siempre lo que no se puede ser o lo que se ha sido una vez y nunca más se ha vuelto a ser, señor comisario. Pero no creo que esta sea la cuestión, ¿verdad?».

Bayard pregunta cuál es la cuestión.

Deleuze prende de nuevo su cigarrillo: «Cómo seleccionar a los pretendientes».

En el edificio, se oye el eco de una mujer que grita. No se sabe si de placer o por un acceso de ira. Deleuze señala con el dedo hacia la puerta: «Las mujeres, señor comisario, sin que sirva de precedente, no son mujeres por naturaleza. Las mujeres lo son por un convertirse-en-mujeres». Se levanta con cierto resuello y se sirve un vaso de vino tinto. «Con nosotros sucede algo parecido».

Bayard, desconfiado, pregunta: «¿Usted cree que todos nos parecemos? ¿Está seguro de que usted y yo nos parecemos?».

Deleuze sonríe: «Sí..., en fin, en cierto sentido».

Bayard, tratando de demostrar buena voluntad, pero dejando entrever cierta reticencia: «¿También usted busca la verdad?».

«¡Hala! La verdad... Dónde empieza y dónde acaba... Siempre está en el punto medio de las cosas, ya sabe».

Connors gana el primer set 6-2.

«¿Cómo determinar entre los pretendientes cuál es el bueno? Si usted tiene el *cómo*, tendrá el *porqué*. Mire a los sofistas, *por ejemplo*: el problema, si tenemos en cuenta a Platón, es que ellos pretenden algo a lo que no tienen derecho... Y, claro, hacen trampas, los muy cabrones...» Se frota las manos. «Se procesa siempre a los pretendientes...»

Se sopla el vaso de un trago y añade, mirando a Simon: «Es tan divertido como una novela».

Simon le devuelve la mirada.

19

«¡No, es absolutamente imposible, me niego categóricamente! ¡No iré! ¡Ya basta! ¡Ni se le ocurra pensar que voy a poner los pies allí, en la sede de su palacio! ¡No me necesita para descifrar el habla de esa basura! Y como no tengo necesidad de oírlo, se lo resumo: ¡soy el criado servil del gran capital! Soy el enemigo de la clase obrera. Detento todos los medios de información. Cuando no estoy cazando elefantes en África, me dedico a cazar radios independientes. Amordazo la libertad de expresión. Planto centrales nucleares donde me viene en gana. Soy un chulo demagogo que se invita en casa de los pobres. Soy un perista de diamantes. Me gusta dármelas de proletario en el metro. Me gustan los negros cuando son emperadores o basureros. Cuando oigo la palabra *humanitario*, mando a los paracaidistas. Utilizo los antros de la extrema derecha

para arreglar mis asuntos personales. Me cago en la Asamblea Nacional. Soy... soy... ¡un GRAN FASCISTA!»

Simon enciende un cigarrillo aún temblando. Bayard espera a que se le pase la crisis. En este punto de la investigación, a la vista de los elementos de que dispone, ha elevado un primer informe temiéndose mucho que todo esto fuera a cobrar importancia, pero no hasta el punto de ser convocado allá. Con el joven.

«Que quede claro que no iré no iré no iré», dice el joven.

20

«El señor presidente los va a recibir».

Jacques Bayard y Simon Herzog entran en un despacho amplio bien iluminado con paredes enteladas en seda verde. Simon está pálido, pero se fija instintivamente en los dos butacones que hay frente al escritorio, detrás del cual se halla Giscard, y en otros sillones con un sofá dispuestos en torno a una mesita baja, al otro lado de la habitación. El estudiante comprende de inmediato los términos de la alternativa: según el presidente desee marcar distancias con sus visitas o, por el contrario, darle al encuentro un tono más amistoso, los recibe detrás de su escritorio, que utiliza como un parapeto, o los instala alrededor de la mesita baja sobre la que todo el mundo suele inclinarse para comer unos pastelitos. Simon Herzog se percata también de un libro sobre Kennedy, puesto de modo muy visible encima de una escribanía para sugerir la imagen de jefe de Estado joven y moderno que también Giscard pretende encarnar; dos cajas, una roja y otra azul, colocadas sobre un secreter cilíndrico; bronces aquí y allá; pilas de dosieres de una altura sabiamente calculada: demasiado baja, darían la impresión de que el presidente no da un palo al agua; demasiado alta, que está desbordado. Varios cuadros de maestros adornan las paredes.

Giscard, de pie detrás de su imponente escritorio, señala uno de ellos, que representa a una bella y severa mujer con los brazos separados, vestida con un delicado vestido blanco abierto hasta el vientre que apenas cubre sus senos abundantes y lechosos: «Tengo la suerte de haber obtenido del Museo de Burdeos el préstamo de una de las más hermosas obras de la pintura francesa: *Grecia sobre las ruinas de Missolonghi*, de Eugène Delacroix. Magnífica, ¿verdad? Conocerán Missolonghi, por supuesto: es la ciudad donde murió Lord Byron durante la guerra de independencia contra los turcos. En 1824, creo. (A Simon no le pasa desapercibida la coquetería de ese “creo”.) Una guerra espantosa. Los otomanos eran extremadamente feroces».

Sin moverse de su escritorio, sin esbozar ni un gesto para estrecharles la mano, los invita a sentarse. Para ellos nada de sofá ni de pastelitos. Siempre de pie, el presidente prosigue: «¿Saben ustedes lo que Malraux dijo de mí? Que yo carecía del sentido trágico de la Historia». Con el rabillo del ojo, Simon observa a Bayard, que aguarda, silencioso, embutido en su gabardina.

Giscard vuelve sobre el cuadro, lo que obliga a los dos visitantes a darse la vuelta para demostrar su atención: «Tal vez yo carezca del sentido trágico de la Historia, pero al menos siento la emoción de la belleza trágica delante de esta mujer joven, herida en un costado, que lleva la esperanza de la liberación de su pueblo». Al no saber cómo subrayar los comentarios presidenciales, ambos hombres se callan, lo que no parece importunar a Giscard, acostumbrado a los indicios silenciosos de educado asentimiento. Cuando aquel hombre de hablar silbante se gira para mirar por la ventana, Simon comprende que esa pausa sirve de transición y que ahora se va a ceñir a los hechos.

Sin volverse hacia ellos, ofreciendo a sus interlocutores el espectáculo de su cráneo calvo, el presidente continúa: «Una vez me encontré con Roland Barthes. Lo había invitado al Elíseo. Un hombre absolutamente encantador. Analizó el menú durante un cuarto de hora y expuso una demostración muy brillante del valor

simbólico de cada plato. Era absolutamente apasionante. ¡Pobre! Me han dicho que no se había recuperado del fallecimiento de su madre, ¿no?».

Sentándose finalmente, Giscard se dirige a Bayard:

«Comisario, el día de su accidente, el señor Barthes estaba en posesión de un documento que le ha sido robado. Deseo que encuentre ese documento. Se trata de un asunto de seguridad nacional».

Bayard pregunta: «¿Cuál es la naturaleza exacta de ese documento, señor presidente?».

Giscard se inclina hacia delante y, con los dos puños sobre el escritorio, pronuncia con gesto grave: «Es un documento vital que compromete la seguridad nacional. Utilizado de manera incorrecta, podría causar daños incalculables y poner en peligro los cimientos mismos de la democracia. Desgraciadamente, no puedo decirle más. Ha de proceder con total discreción. Tiene usted carta blanca».

Luego pone los ojos en Simon: «Joven, me han dicho que usted sirve de... ¿guía del comisario? Conocerá bien, por tanto, el medio de la lingüística en el que se desenvolvía el señor Barthes, ¿no?».

Simon no se hace de rogar para responder: «No, en realidad no».

Giscard dirige una mirada interrogativa a Bayard, que se explica: «El señor Herzog tiene conocimientos que pueden ser útiles para la investigación. Comprende cómo funciona esa gente y, bueno, sabe a qué atenerse. Puede ver cosas que a la policía se le escaparían».

Giscard sonríe: «Entonces, joven, ¿es usted vidente, como Arthur Rimbaud?».

Simon murmura tímidamente: «No, de ninguna manera».

Giscard le señala con el dedo las dos cajas, roja y azul, puestas sobre el secreter cilíndrico, tras ellos, bajo la Grecia de Delacroix: «¿Qué creen ustedes que hay ahí dentro?».

Simon comprende que es una prueba y, antes de considerar si le interesa pasarla, responde por un acto reflejo: «Supongo que medallas de la Legión de Honor».

La sonrisa de Giscard se alarga. Se levanta para ir a abrir una de las cajas y saca una medalla: «¿Puedo preguntarle cómo lo ha adivinado?».

«Bueno, esto... Toda la habitación está saturada de símbolos: los cuadros, las cortinas, las molduras del techo... Cada objeto, cada detalle tiene vocación de expresar el fasto y la majestad del poder republicano. La elección de Delacroix, la foto de Kennedy en la portada del libro que hay sobre el escritorio, todo es enormemente significante. Pero el símbolo no tiene valor si no es exhibido. Un símbolo oculto dentro de una caja no sirve de nada, y aún diría más: no existe. Por otra parte, supongo que no será en esta habitación donde guarde usted las bombillas y los destornilladores, así que me parece poco probable que esas dos cajas sean de herramientas. Y si sirvieran para guardar los clips y la grapadora, estarían en su mesa de trabajo, más a mano. Por tanto, el contenido no es ni simbólico ni funcional. Pero, sin embargo, tiene que ser una cosa o la otra. Podría usted guardar ahí sus llaves, pero imagino que en el Elíseo no es el presidente quien se ocupa de abrir o cerrar las puertas, y tampoco necesita llaves del coche porque tiene un chófer. Entonces, no queda otra solución más que esta: un símbolo durmiente, que aquí no significaría nada en sí mismo, pero que se activaría en otra parte, fuera de esta habitación: el símbolo en miniatura y portátil de lo que simboliza este lugar, a saber, el esplendor republicano. Una medalla, es decir, probablemente, visto el lugar, la Legión de Honor. En fin».

Giscard intercambia una mirada cómplice con Bayard: «Creo que ya sé lo que quiere usted decir, comisario».

Hamed bebe a sorbitos un Malibú con naranja mientras relata su vida marsellesa, pero su interlocutor se bebe sus palabras sin escucharlo demasiado. Hamed conoce esa mirada de cocker: es el amo de ese hombre, porque suscita en él el deseo ardiente de poseerlo. Se entregará, tal vez, o no, e incluso quizá él obtenga también un poco de placer, pero ese placer será probablemente menor que el sentimiento de poderío que le proporciona su posición de objeto de deseo; es el lado bueno de ser pobre, joven y guapo: puede despreciar tranquilamente, sin remordimientos, a los que están dispuestos a pagar, de un modo u otro, por tenerlo.

La velada está en su apogeo y, como siempre, la sensación de desubicación, en ese gran apartamento burgués, en el corazón de la capital, este invierno que acaba, lo embriaga de una alegría malévola. Lo que se roba vale dos veces más que lo que se gana con el sudor de la frente, así que en el bufé vuelve a servirse tostadas con olivada porque le recuerdan vagamente el sur y luego se abre paso entre el gentío que se menea con el *Gaby oh Gaby*, de Bashung. Encuentra a Slimane, que engulle bocados de caracoles mientras finge reírle las gracias a un editor barrigón que le manosea el culo discretamente. Junto a ellos, una chica se descojoná inclinando exageradamente hacia atrás la cabeza: «¡Entonces se para... y recula!». En la ventana, Saïd fuma un porro en compañía de un negro con cabeza de diplomático. Los bafles exhalan los primeros compases de *One Step Beyond* y un escalofrío histérico parece recorrer toda la estancia, la gente grita como si la música la transportara, como si una ola de placer recorriera su cuerpo, como si la locura fuera un perro fiel que hubieran extraviado y que vuelve a ellos moviendo la colita, como si pudieran dejar de pensar lo que llena un instrumento con el ritmo de un saxofón rugiente. Luego vendrán algunas canciones discotequeras para mantener el buen rollo. Hamed se sirve un plato de tabule con trufa e identifica a los invitados susceptibles de ofrecerle una raya de coca o, en su defecto, un poco de *speed*. Ambas le dan ganas de follar pero el *speed* no se la pone tan dura, lo que, en su opinión, no tiene tanta

importancia. Resistir el mayor tiempo posible antes de volver a casa. Hamed se junta con Saïd en la ventana. Un foco ilumina el cartel publicitario que hay en la esquina del boulevard Henri IV con la imagen de Serge Gainsbourg con traje y corbata y en el que puede leerse: UN BAYARD CAMBIA A UN HOMBRE. ¿NO ES ASÍ, SEÑOR GAINSBOURG? Hamed no logra recordar por qué le es tan familiar ese apellido y, como es un poco hipocondriaco, va a buscar otro vaso repasando en voz alta su calendario del año anterior. Slimane contempla una serie de litografías colgadas de la pared que representan un degradado arco iris de perros comiendo en unas escudillas rebosantes de billetes de un dólar y finge ignorar al editor barrigón, que ahora se frota contra su cadera y le echa el aliento en la nuca. La voz de Chrissie Hynde sale de los altavoces para conminar de modo efectivo a los invitados a que dejen de lloriquear. Dos melenudos discuten sobre la muerte de Bon Scott y de su posible sustitución en el grupo AC/DC por un motero con gorra. Un joven con traje, raya a un lado y corbata aflojada repite a quien quiera oírlo, muy excitado, que sabe de buena tinta que en *La guerra de los policías* se le ven las tetas a Marlène Jobert. También hablan de que Lennon prepara un *single* con McCartney. Un gigoló del que Hamed ha olvidado el nombre se acerca a preguntarle si tiene un poco de hierba, para, de paso, criticar la velada por considerarla demasiado «marca Rive gauche» e indicarle por la ventana el genio de la Bastilla.^[7] «El problema, colega, es que acepto que sean jacobinos, pero, sin embargo, hay unos límites». Alguien vierte un vaso de curasao azul en la moqueta. Hamed duda si marcharse para volver a Saint-Germain, pero Saïd le hace una seña en dirección al cuarto de baño: dos chicas y un viejo acaban de entrar ahí. Como saben que no es para follar sino para esnifar (lo que el viejo, por el decir de su cara, parece ignorar, ya que, si le fallan esas dos presas, poseerá al menos su sombra durante cinco minutos), deducen que, maniobrando hábilmente, podrán negociar una raya, tal vez dos. Alguien le pregunta a un bigotudo calvorota si es Patrick Dewaere. Para escapar del editor barrigón, Slimane agarra a una rubia con

jeans elásticos y se pone a bailar con ella un rock mientras suena *Sultans of Swing*, de Dire Straits. El editor barrigón, sorprendido, mira las piruetas de la pareja tratando de que su mirada sea a la vez irónica y benévolas para disimular un sentimiento que no engaña a nadie. Está solo, como todos los demás, pero él no puede ocultarlo, y nadie le presta atención salvo para constatar que lleva muy mal esa soledad. Slimane sigue con su pareja en la siguiente canción, *Upside Down*, de Diana Ross. Foucault llega de improviso a la velada con Hervé Guibert, en el instante del *riff* que introduce *Killing an Arab* de The Cure. Lleva puesta una gruesa cazadora de cuero negro con cadenas y se ha cortado al rasurarse la cabeza. Guibert es joven y guapo, de una belleza tan exagerada que, al menos para los parisinos, es imposible tomarlo en serio como escritor. Saïd y Hamed tamborilean en la puerta del cuarto de baño tratando de engatusar a los ocupantes con palabras zalameras y pretextos descabellados, pero la puerta permanece desesperadamente cerrada, detrás de la cual les llegan solo unos ruidos furtivos de metal, de loza y de aspiración... *Standing on a beach, with a gun in my hand...* Como siempre que llega a algún sitio, Foucault provoca una especie de excitación temerosa, salvo en los que ya están demasiado colocados de *speed* y van de aquí para allá dando saltitos y escuchando lo que creen que es una canción playera: *Staring at the see, staring at the sand...* La puerta del cuarto de baño se abre, las dos chicas salen con el viejo mirando con desprecio a Saïd y a Hamed y sorbiendo por la nariz ostensiblemente, con esa arrogancia característica del drogadicto mundano que todavía no ha sido poseído por los litros de serotonina diseminados por su cerebro y cuya sedimentación, prolongada durante meses y años, hará que tarde cada vez más en recuperarse. *I'm alive, I'm dead...* En medio del círculo que se ha formado a su alrededor, como si no hubiera notado la efervescencia que su presencia suscita, Foucault le cuenta al joven Guibert una historia, prosiguiendo la conversación empezada antes de llegar: «Cuando yo era pequeño, quería ser un pez rojo. Mi madre me

decía: “Pero, cariño, eso no es posible, tú odias el agua fría”». La voz de Robert Smith dice: *I'm the stranger!* Foucault: «Eso me sumía en un abismo de perplejidad y yo le decía: “Solo un segundito..., ¡me gustaría tanto saber en qué piensa...!”». Robert Smith: ... *Killing an Arab!* Saïd y Hamed deciden darse un garbeo por ahí, tal vez ir a La Noche. Slimane regresa junto al editor barrigón porque lo necesita para comer. *Staring at myself, reflected in the eyes...* Foucault: «Alguien tendrá que confesar. Siempre hay uno que acaba por confesar...». Robert Smith: ... *of the dead man on the beach...* Guibert: «Estaba desnudo sobre el sofá, imposible encontrar una cabina que funcionase...». *The dead man on the beach...* «Y cuando finalmente encuentra una, se da cuenta de que no tiene fichas...» Hamed mira de nuevo afuera, por los visillos ve un DS negro aparcado en la calle y dice: «Me voy a quedar todavía un poco más». Saïd prende un cigarrillo y sus dos siluetas se recortan perfectamente en el marco de la ventana iluminada por la fiesta.

22

«¡Georges Marchais nos importa un bledo, que se sepa de una vez!»

Daniel Balavoine por fin ha logrado tomar la palabra, sabe que se la van a retirar por las buenas o por las malas en menos de tres minutos, así que, nervioso, suelta a toda velocidad su monólogo para decir que los políticos son viejos, corruptos y no se enteran absolutamente de nada.

«No me refiero a usted, señor Mitterrand...»

Pese a todo.

«Lo que yo querría saber, lo que me interesaría, es a quién están pagando los alquileres que pagan los trabajadores inmigrantes...

Querría..., bueno, a ver, ¿quién es capaz, todos los meses, de pedir setecientos francos mensuales a unos trabajadores inmigrantes por vivir en esos cubos de basura y en esas pocilgas?...» Embarullada, poco estructurada, llena de errores en francés, la fluidez es demasiado rápida pero magnífica.

Cuando Balavoine les reprocha a los periodistas que nunca inviten a jóvenes, estos, que no entienden nada como de costumbre, refunfuñan (con el inevitable sarcasmo retórico: a ver, gilipollas, la prueba de que sí lo hacemos es que tú estás aquí, ¿no?).

Pero Mitterrand ha comprendido perfectamente lo que ocurre. Este joven mequetrefe está poniendo en evidencia a los periodistas que están en torno a la mesa y al resto de sus colegas: un hatajo de viejos estúpidos que se pudren en su endogamia desde hace tanto tiempo que están muertos en vida y no se habían dado ni cuenta. Procura abundar en las palabras del colérico joven, pero cada intento por apoyarlo suena a paternalismo inoportuno.

«Trato de leer rápidamente mis notas... Lo que puedo darles, en todo caso, es un consejo...» Mitterrand manosea sus gafas mientras se muerde los labios, están grabando, es en directo, es una catástrofe. «Lo que puedo decirles es que la desesperación es un revulsivo y que cuando es un revulsivo, es peligrosa».

El periodista, con un punto de ironía sádica: «Señor Mitterrand, ¿no quería usted dialogar con un joven? Bien, lo ha escuchado usted con mucha atención...». Pues arréglatelas ahora, tío.

Y Mitterrand empieza a remar: «Lo que me interesa mucho es esa manera de pensar, de reaccionar... ¡y de expresarse, también!, porque Daniel Balavoine también se expresa por escrito y por la música..., puede que su música tenga reconocimiento..., puede que sea escuchada y, por tanto, comprendida». Rema, rema. «¡Él lo dice a su manera! Es responsable de sus palabras. Es un ciudadano. Como cualquier otro».

Es el 19 de marzo de 1980, en el plató del telediario de Antenne 2, son las 13.30 horas y Mitterrand tiene mil años.

23

¿En qué puede pensar un Barthes moribundo? En su madre, dicen. Es su madre quien lo ha matado. Claro, por supuesto, una vez más el asuntillo privado, el sucio secretillo. Como dice Deleuze, no todo el mundo tiene una abuela a la que le hayan ocurrido cosas increíbles, ¿no? «De pena». Sí, señor, va a morir de pena y solo de pena. Pobres insignificantes pensadores franceses encerrados en vuestra visión de un mundo que se reduce a la más mezquina esfera de lo íntimo, la más convencional, la más anodinamente egocéntrica. Sin enigma, sin misterio, la madre, madre de todas las respuestas. El siglo xx nos ha librado de Dios y nosotros hemos puesto en su lugar a la madre. Asunto capital. Pero Barthes no es en su madre en quien piensa.

Si ustedes pudieran coger el hilo de su ensoñación algodonosa, sabrían que el hombre que va a morir piensa en lo que ha sido, pero sobre todo en lo que habría podido ser, ¿en qué si no? No vuelve a ver toda su vida, solo el accidente. ¿Quién está detrás de la operación? Recuerda que lo han manipulado. Y también que el documento ha desaparecido. Quienquiera que sea el promotor, estamos probablemente a las puertas de una catástrofe sin par. Aunque él, el Roland de mamá, habría sabido hacer un buen uso de ello: un poco para sí, el resto para los demás. Su timidez al fin vencida. Qué desperdicio. Aunque sobreviva, ya será demasiado tarde para celebraciones.

Roland no piensa en su mamá. No estamos en *Psicosis*.

Entonces, ¿en qué piensa? Quizá vea pasar tal o cual recuerdo, cosas íntimas, o insignificantes, o conocidas solo por él. Como cierta noche —¿o aún era de día?— en que compartía un taxi con su traductor estadounidense de paso por París y con Foucault. Los tres van sentados en la parte de atrás, el traductor en medio, y Foucault, como es su costumbre, monopoliza la conversación, habla con su voz parlanchina, segura de sí misma, nasal como las voces antiguas, es él quien lleva el control, como siempre, improvisa una

pequeña conferencia para explicar hasta qué punto detesta a Picasso, hasta qué punto Picasso carece de valor, y se ríe, evidentemente, y el joven traductor escucha con prudencia, en su país es un escritor y un poeta pero aquí escucha con deferencia las palabras de estos dos brillantes intelectuales franceses y Barthes sabe ya que él no da la talla en comparación con la elocuencia de Foucault pero se ve en la obligación de decir algo para no quedarse atrás y gana tiempo riéndose, también él, aunque sabe que su risa suena a falsa, está incómodo porque además parece incómodo, es un círculo vicioso, siempre ha sido así toda su vida, le gustaría tanto tener la seguridad que tiene Foucault, incluso cuando habla delante de sus alumnos y ellos lo escuchan religiosamente protege su timidez detrás de un tono profesional, si bien solo al escribir se siente seguro de sí mismo, está seguro de sí mismo, solo, refugiado detrás de su folio, y de todos sus libros, su Proust, su Chateaubriand, y Foucault continúa despachándose sobre Picasso y entonces Barthes, para no ser menos, dice que él también, él también detesta a Picasso, y al decirlo, se detesta a sí mismo, porque ve muy bien lo que está pasando, al fin y al cabo su oficio es ver lo que está pasando, se envilece ante Foucault y no cabe duda de que el joven y guapo traductor se ha dado cuenta de ello, escupe contra Picasso pero con timidez, un escupitajo pequeño, y mientras Foucault ríe a mandíbula batiente, también él dice que Picasso está sobrevalorado, que nunca ha entendido lo que han visto en él y yo no puedo garantizar que no fuera eso lo que pensaba en realidad, ya que en resumidas cuentas es cierto que Barthes era ante todo un clásico, que en el fondo no apreciaba la modernidad, hasta cierto punto, pero eso no importa, porque aunque detestara a Picasso, sabe muy bien que no se trata de eso, sino precisamente de no ser menos en el cara a cara con Foucault, y de que desde el momento en que Foucault proclama un aserto tan iconoclasta, él quedará como un viejo cascarrabias imbécil por mucho que a él tampoco le guste realmente Picasso, así que lo denigra y lo escarnece ahora,

en el taxi que lo lleva sabe Dios dónde, por motivos totalmente despreciables.

Y quizá es así como muere Barthes, pensando en aquel viaje en taxi; cierra los ojos y se queda dormido, triste, con esa tristeza que siempre lo ha poseído, con madre o sin madre, y puede que también tenga un pequeño pensamiento para Hamed. ¿Qué será de él ahora? ¿Y del secreto del que es depositario? Se hunde lentamente, suavemente, en su último sueño y estoy convencido de que no es desagradable, porque mientras sus funciones corporales se extinguen una por una, su mente continúa divagando. ¿Adónde lo lleva esa última ensoñación?

¡Vaya, tendría que haber dicho que a él no le gustaba Racine! «Los franceses se orgullen sin descanso de haber tenido un Racine (el hombre de las dos mil palabras) y no se lamentan nunca de no haber tenido un Shakespeare». Esto sí que le habría impresionado al joven traductor. Pero Barthes lo escribió más tarde. Ah, si ya entonces hubiera tenido la función en su poder...

La puerta de la habitación se abre lentamente, pero Barthes, en su sueño comatoso, no lo oye.

No es verdad que él sea un «clásico»: en el fondo, no le gusta la austerioridad del XVII, esos alejandrinos cortados a cuchillo, esos aforismos cincelados, esas pasiones intelectualizadas...

No oye los pasos que se acercan a su cama.

Por supuesto, eran unos retóricos sin parangón, pero a él no le gusta su frialdad, su falta de chicha. Las pasiones racinianas, bah, menudo chollo. Fedra sí, bueno, la escena de la confesión en pluscuamperfecto de subjuntivo con valor condicional pasado, de acuerdo, vale, era genial, la Fedra que reescribe la historia ocupando el lugar de Ariadna e Hipólito el de Teseo...

No sabe que alguien se inclina sobre su electrocardiograma.

Pero ¿Berenice? Tito no la amaba, eso salta a la vista. Es tan obvio que parecería de Corneille...

No ve la silueta que está hurgando entre sus cosas.

¡Y La Bruyère, tan escolar! Por lo menos Pascal dialoga con Montaigne, Racine con Voltaire, La Fontaine con Valéry... Pero ¿quién tiene ganas de dialogar con La Bruyère?

No siente la mano que gira cuidadosamente la válvula del oxígeno.

La Rochefoucauld, sí, con reparos. Al fin y al cabo, Barthes le debe mucho a sus *Máximas*. Era un semiólogo prematuro, en tanto que sabía descifrar el alma humana en los signos de nuestro comportamiento... El gran señor de la literatura francesa, ahí es nada... Barthes ve al príncipe de Marcillac cabalgar valientemente al lado del Grand Condé entre las zanjas del suburbio de Saint-Antoine, bajo el fuego de las tropas de Turenne, diciéndose mutuamente que es un buen día para morir...

¿Qué ocurre? No puede respirar. Su garganta se ha cerrado de repente.

Pero la Grande Mademoiselle abrirá las puertas de la ciudad para dejar entrar a las tropas de Condé, y La Rochefoucauld, herido en los ojos, ciego temporalmente, no morirá esa vez y se curará...

Abre los ojos. Y ahí está, la ve recortada dentro de un halo de luz cegadora, como en una visión mariana. Se asfixia, quiere pedir socorro pero no sale ningún sonido de su boca.

Se curará, ¿verdad? ¿Verdad?

Ella le sonríe con dulzura y le posa la cabeza sobre la almohada para impedir que se enderece, pero de todos modos él no tiene fuerzas para ello. Esta vez va en serio, lo sabe de sobra, querría dejarse ir pero su cuerpo se convulsiona a su pesar, su cuerpo aún desea vivir, su cerebro busca desesperadamente el oxígeno que ya no está llegando a la sangre, su corazón se desboca bajo el efecto de un definitivo golpe de adrenalina y luego decae.

«Siempre amar, siempre doler, siempre morir». Finalmente, su último pensamiento es un alejandrino de Corneille.

24

Telediario, 26 de marzo de 1980, 20.00 horas, PPDA:^[8]

«Buenas noches, señoras y señores, diariamente muchas informaciones concretas... (PPDA hace una pausa) nos interesan para nuestra propia vida. Unas son de color de rosa, otras menos, clasifíquenlas ustedes como quieran». (Desde su piso, junto a la place de Clichy, Deleuze, que no se pierde jamás un telediario, le responde en voz alta, arrellanado en su sillón: «¡Gracias!»).

20.01 horas. «En primer lugar, el alza del coste de la vida durante el mes de febrero ha sido del 1,1 %. “No es muy buen índice”, ha dicho René Monory, ministro de Economía, aunque es mejor (era difícil que fuera peor, dice PPDA, y delante de su televisor, en la rue de Bièvre, Mitterrand dice lo mismo) que el del mes de enero: 1,9 %. Mejor también que el de Estados Unidos y el de Gran Bretaña... e igual al de los alemanes occidentales». (Al mencionar al rival alemán, Giscard, que está rubricando unos documentos en su despacho del Elíseo, emite una risita automática sin levantar la mirada. En su buhardilla, Hamed se prepara para salir pero no encuentra su segundo calcetín.)

20.09 horas. «Las huelgas de la enseñanza continuarán mañana un día más. El SIN hace un llamamiento al profesorado de París y del Essonne para protestar por la suspensión de clases el curso que viene». (Sollers, con una cerveza china en la mano y su boquilla vacía en la otra, maldice desde su sofá: «¡País de funcionarios...!». Kristeva, desde la cocina, le contesta: «He hecho un salteado de ternera».)

20.10 horas. «Por fin una información un poco “oxigenante”, por así decir (Simon alza los ojos al cielo): la enorme disminución de la contaminación atmosférica en Francia en los últimos siete años, un 30 % menos de emisiones de azufre, ha dicho Michel d'Ornano, ministro de Medio Ambiente, y un 46 % menos de óxido de carbono». (Mitterrand intenta hacer una mueca de desagrado, pero cuando la hace no cambia nada su expresión habitual.)

20.11 horas. «Vamos con el extranjero, con lo que sucede hoy en Chad... Afganistán... Colombia...» (Los países desfilan, nadie presta atención, salvo Foucault. Hamed encuentra su calcetín.)

20.12 horas. «Victoria bastante sorprendente de Edward Kennedy en las primarias del estado de Nueva York...» (Deleuze coge el teléfono para llamar a Guattari. En su casa, Bayard se plancha sus camisas delante de la tele encendida.)

20.13 horas. «El número de accidentes de tráfico aumentó el año pasado, nos informa hoy la gendarmería nacional: 12.480 muertos en 250.000 accidentes en el 79..., lo que es lo mismo que decir que toda la población de Salon-de-Provence ha desaparecido el año pasado en esos accidentes. (Hamed se pregunta por qué Salon-de-Provence.) Cifras que dan que pensar en vísperas de las vacaciones de Semana Santa...» (Sollers levanta un dedo y exclama: «¡Pensar!... ¡Pensar! ¿Lo oyes, Julia?... ¿No es maravilloso?... ¡Cifras que dan que pensar, ja, ja, ja!...». Kristeva contesta: «¡A la mesa!».)

20.15 horas. «Un accidente de tráfico que habría podido tener graves consecuencias: ayer, un camión que transportaba material radiactivo ha chocado contra otro de gran tonelaje antes de volcar en la cuneta. No ha habido fuga radiactiva gracias a la eficacia de los sistemas de seguridad». (Mitterrand, Foucault, Deleuze, Althusser, Simon y Lacan se descojonan delante de sus respectivas teles. Bayard enciende un cigarrillo y prosigue con su planchado.)

20.23 horas. «Y para terminar, la entrevista de François Mitterrand en *La Croix* con citas como estas que harán época (sonrisa de regocijo de Mitterrand): “Giscard va a quedar como miembro de un clan, de una clase, de una casta. Su balance son seis años de inmovilidad, la danza del vientre ante el Becerro de oro. *Mierdra*, que decía Ubú”. (“Pero hoy es François Mitterrand quien lo dice”, matiza PPDA. Giscard alza los ojos al cielo.) Esto en cuanto al presidente. Para Georges Marchais y su banda de tres, esto otro: “Cuando quiere, dice una vez más François Mitterrand, Marchais es un cómico irresistible”. (Encogimiento de hombros de

Althusser en su casa de la rue d'Ulm. Grita a su mujer, que está en la cocina: “¿Has oído, Hélène?”. No hay respuesta.) Por último, preguntado por un posible *ticket* Mitterrand-Rocard en el seno del PS, François Mitterrand se ha contensado... (la lengua de PPDA se traba, pero enseguida se recupera, impasible), se ha contentado con responder que esa expresión estadounidense no tenía traducción francesa en nuestras instituciones».

20.24 horas. «Roland Barthes ha... (pausa de PPDA) muerto esta tarde en el hospital de la Pitié-Salpêtrière, en París. (Giscard deja de rubricar, Mitterrand deja de gesticular, Sollers deja de hurgarse en los calzoncillos con su boquilla, Kristeva deja de remover su salteado de ternera y sale corriendo de la cocina, Hamed deja de ponerse su calcetín, Althusser deja de intentar no cabrearse con su mujer, Bayard deja de planchar sus camisas, Deleuze le dice a Guattari: “¡Ahora te llamo!”, Foucault deja de pensar en el biopoder y Lacan continúa chupando su puro.) El escritor y filósofo había sido víctima de un accidente de circulación hace apenas un mes. Tenía... (pausa de PPDA) sesenta y cuatro años. Se había distinguido por sus obras sobre la escritura moderna y sobre la comunicación. Bernard Pivot lo invitó a “Apostrophes” con motivo de la presentación de su libro *Fragmentos de un discurso amoroso*, un libro que ha conocido un enorme éxito (Foucault alza los ojos al cielo); en el corte que ustedes van a ver, explicaba desde un punto de vista sociológico (Simon alza los ojos al cielo) las relaciones entre sentimentalidad... (pausa de PPDA) y sexualidad. (Foucault alza los ojos al cielo.) Lo escuchamos». (Lacan alza los ojos al cielo.)

Roland Barthes (voz de Philippe Noiret): «Yo afirmo que a un sujeto —y digo bien un sujeto para no decantarme con antelación por, digamos, el sexo de ese sujeto, ¿no?—, a un sujeto enamorado, ¿no?, le costará mucho en realidad, digamos..., vencer esa... esa... esa especie de tabú de lo sentimental, mientras que en cambio el tabú de la sexualidad hoy en día se transgrede muy fácilmente».

Bernard Pivot: «¿Porque estar enamorado es estar como idiotizado?». (Deleuze alza los ojos al cielo. Mitterrand recuerda que tiene que llamar a Mazarine.)^[9]

Roland Barthes: «Pues... sí, en un sentido sí, es lo que la gente cree. La gente atribuye al sujeto enamorado dos cualidades, o dos malas cualidades: la primera, a menudo, es la de ser idiota, en efecto —hay una idiotez de enamorado, de la que uno mismo es consciente, además—, y también hay una locura de enamorado —expresada abundantemente en el discurso popular—, pero es una locura sensata, por así decir, ¿no?, es una locura que carece de la gloria de la gran locura transgresora». (Foucault baja los ojos sonriendo.)

Fin del corte. PPDA prosigue: «Entonces, Jean-François Kahn, vemos pues que a Roland Barthes le apasionaba todo, hablaba de todo, ¿no?, lo hemos visto, ¿no?, en el cine..., en algunos papeles..., recientemente, ¿no? ¿Se puede decir, por tanto, que era un metomentodo?». (En efecto, hizo de Thackeray en *Las hermanas Brontë*, de Techiné, un pequeño papel que no da la medida de su talento, recuerda Simon.)

J.-F. Kahn (muy exaltado): «¡Vamos a ver, aparentemente sí es un metomentodo! Porque se ha ocupado, en fin, ha escrito sobre la moda, las corbatas y no sé qué más, ¡ha escrito sobre la lucha libre...! Ha escrito sobre Racine, sobre Michelet, sobre la fotografía, sobre el cine, ha escrito sobre el Japón, así que en efecto es un metomentodo. (Sollers se burla. Kristeva se lo reprocha con la mirada.) Pero en realidad hay una unidad en todo. Como, por ejemplo, en su último libro. Sobre el discurso amoroso..., sobre el lenguaje del amor, aunque es verdad que Roland Barthes siempre ha escrito sobre el lenguaje... Pero es que... su corbata... nuestra corbata... es una manera de hablar. (Sollers, ligeramente indignado: “¡Qué va a ser una manera de hablar!...”.) La moda es una manera de expresarse. La moto también es una manera que tiene la sociedad de expresarse. ¡Y el cine, evidentemente! También la fotografía. Es decir, en el fondo Roland Barthes es un hombre que

ha invertido su tiempo ¡en rastrear los signos!... Los signos mediante los cuales una sociedad, una colectividad, se expresa. Expresa sentimientos difusos, confusos, aunque no sea consciente de ello. En este sentido, era un gran periodista. Además, era el maestro de una ciencia que se llama semiología, es decir, la ciencia de los signos.

»Y, evidentemente, ha sido un enorme crítico literario. Porque se da el mismo fenómeno: ¿qué es una obra? Una obra es aquello mediante lo cual un escritor se expresa. Y lo que ha demostrado Roland Barthes es que en el fondo de una obra literaria hay tres niveles: está la lengua —Racine escribe en francés, Shakespeare escribe en inglés, eso es la lengua—. Está el estilo: que es el resultado de su técnica y de su talento respectivos. Y entre el estilo —voluntario, eh, es algo controlado— y la lengua, hay un tercer nivel que es la escritura. Y él decía que la escritura es el lugar... de lo político, en un sentido amplio, es decir, la escritura es el medio de expresión, aunque el escritor no sea consciente de ello, de todo lo que él es socialmente, su cultura, su origen, su clase social, la sociedad que lo rodea... incluso cuando a veces escribe cosas obvias —no sé..., tipo, en una obra de Racine: "Retirémonos a nuestros aposentos" o frases por el estilo—, pues bien, ¡no!, no es algo obvio, dice Barthes. Aunque se diga como obvio, es sospechoso, hay algo que se expresa por debajo».

PPDA (con aire grave, pese a no haber escuchado nada o no haber entendido ni torta o importarle un pito): «¡Porque cada palabra está disecada!».

J.-F. Kahn (que no hace ni caso): «Y encima eso, además..., lo admirable en Barthes es que es un hombre que ha escrito cosas muy... matemáticas, muy frías sobre el estilo, y al mismo tiempo ha hecho auténticos himnos a la belleza del estilo. En resumen, para concluir, es un hombre muy importante. Que expresa, creo yo, el genio de nuestra época. Y le diré por qué. Hay épocas que se expresan mediante el teatro, ¿verdad? (Aquí Kahn emite un gorjeo intranscribible.) Otras mediante la novela: por ejemplo, los años

cincuenta, con Mauriac, humm, Camus, etcétera. Pero pienso que en los años sesenta..., en Francia..., el genio cultural de Francia se ha expresado por el discurso sobre el discurso. Sobre el discurso MARGINAL. Es evidente que no se han producido grandes novelas..., tal vez, ni grandes piezas; lo mejor que se ha producido ha sido una manera de explicar lo que otros habían dicho o habían hecho, y al explicarlo se les ha hecho decir más y mejor, se ha dinamizado un discurso antiguo».

PPDA: «Fútbol en unos instantes, en el Parque de los Príncipes, el equipo de Francia va a enfrentarse al de Holanda (Hamed sale de su casa, da un portazo y baja las escaleras): un partido amistoso mucho más importante de lo que parece en un principio (Simon apaga su aparato), ya que los holandeses han sido los desafortunados finalistas, como saben ustedes, de las dos últimas Copas del Mundo (Foucault apaga su aparato) consecutivas, y sobre todo porque Francia y Holanda figuran en el mismo grupo clasificatorio para el próximo Mundial del 82 en España. (Giscard vuelve otra vez a rubricar documentos. Mitterrand descuelga el teléfono para llamar a Jack Lang.) Pueden seguir este partido en diferido después del último telediario presentado por Hervé Claude, en torno a las 22.50». (Sollers y Kristeva pasan a la mesa. Kristeva hace el gesto en enjugarse una lágrima y dice: «La vida prrrosige su curso». En un par de horas, Bayard y Deleuze se pondrán a ver el partido.)

25

Es el jueves 27 de marzo de 1980 y Simon Herzog lee el periódico en un bar lleno de jóvenes sentados a la mesa con un café acabado hace horas, que yo sitúo en la rue de la Montagne-Sainte-Geneviève, pero pueden ustedes ubicarlo donde les plazca, eso

carece de importancia en realidad. Es más práctico y más lógico que esté en el Barrio Latino para explicar la presencia de los jóvenes. Hay un pequeño *pool* inglés y el entrechocar de las bolas marca como una pulsación en la algarabía de las conversaciones de última hora de la tarde. Simon Herzog bebe también un café porque todavía, según sus propias representaciones psicosociales, es demasiado pronto para pedir una cerveza.

Le Monde con fecha del viernes 28 de marzo de 1980 (pues con *Le Monde* siempre es mañana ya), que trae en portada el presupuesto «antiinflacionista» de Thatcher (quien prevé, oh, sorpresa, «una reducción del gasto público») y la guerra civil en el Chad, menciona la muerte de Barthes también en primera página, abajo, a la derecha. El homenaje del célebre periodista literario Bertrand Poirot-Delpech comienza con esta frase: «Desde hace justamente veinte años que Camus entregó su alma en una guantera, la literatura no había pagado a la diosa cromada un tributo tan duro». Simon relee la frase varias veces y echa un vistazo a la sala.

En torno al billar, dos chicos de unos veinte años compiten bajo la mirada de una joven probablemente algo mayor. Simon identifica automáticamente la configuración de la escena: el chico mejor vestido ambiciona a la chica que ambiciona el otro muchacho, más desaliñado, pelo largo un poco sucio, cuya frialdad ligeramente arrogante no permite aún afirmar si también él se interesa por la chica y está simulando una indiferencia táctica que concibe como una señal de superioridad, indiferencia estatuaría ligada a su condición de macho dominante que sabe sobradamente que la chica le corresponde por derecho, o tan solo está esperando a otra más guapa, mucho más guapa, menos tímida, más conforme a su clase (las dos hipótesis, evidentemente, no son incompatibles).

Poirot-Delpech continúa: «Barthes pasa por ser, junto con Bachelard, uno de los que más han fertilizado la crítica en estos últimos treinta años, pero no como teórico de una semiología que se mantiene imprecisa, sino como campeón de un nuevo placer de

leer». El semiólogo que es Simon Herzog refunfuña. Placer de leer, ñañaña. Semiología que permanece imprecisa, será imbécil el muy gilipollas. Aunque, bueno. «Más que un nuevo Saussure, ha sido un nuevo Gide». Simon deja su taza de golpe sobre el platillo y el café salpica el periódico. El ruido seco se confunde con el de las bolas de billar, aunque nadie presta atención, salvo la joven, que se da la vuelta. Simon cruza su mirada con ella.

Los dos chicos juegan notoriamente mal, lo cual no les impide utilizar el billar para hacer sus alardes, con fruncimientos de cejas, meneos de cabeza, mentón agachado en línea con las bolas, fases de intensa reflexión materializada en innumerables vueltas a la mesa, cálculos técnico-tácticos del punto de impacto de la blanca sobre la bola de color (escogida esta según criterios sinuosos), repetición del toque en vacío (el momento conocido como «limadura», piensa Simon) con energéticos amagos refrenados y rápidos que evocan a la vez el envite erótico de la partida y la falta de experiencia de los jugadores, para a continuación dar un golpe seco cuya impetuosidad no logra disimular la torpeza. Simon vuelve a sumergirse en *Le Monde*.

Jean-Philippe Lecat, ministro de Cultura y Comunicación, ha declarado: «Todas sus investigaciones en materia de escritura y de pensamiento tendían a la profundización del hombre para ayudarlo a conocerse mejor y así vivir mejor en sociedad». Nuevo golpeteo de platillo, esta vez más controlado. Simon comprueba si la joven se da la vuelta (y sí, se da la vuelta). Por lo visto, a nadie en el Ministerio de Cultura le ha importado un carajo hacer algo más elaborado con semejante simpleza. Simon se pregunta si no se tratará de una fórmula estándar que se aplica a granel a cualquier escritor, filósofo, historiador, sociólogo o biólogo... La profundización del hombre, pues sí, bravo, tío, te habrás herniado. Te valdrá igual para Sartre, Foucault, Lacan, Lévi-Strauss y Bourdieu.

Simon oye que el chico mejor vestido discute una de las reglas: «No, no, los dos golpes seguidos en caso de fallo del adversario no son acumulables si metes una de tus propias bolas con el primer

golpe». Estudiante de derecho, segundo curso (es probable que haya repetido primero). A la luz de la ropa que lleva, chaqueta, camisa, Simon diría que en Assas. El otro le contesta, remachando las palabras: «Ok, no hay problema, cool, lo que tú digas. Me trae sin cuidado. Me da lo mismo». Psicología, segundo curso (o repitiendo primero), en Censier o Jussieu (ya se ve que juega fuera de casa). La joven lanza una risita falsamente discreta pero con la pretensión de que se la oiga. Calza unas Kickers de dos colores, un vaquero con vuelta azul eléctrico, cola de caballo atada con una goma de pelo y fuma Dunhill light: letras modernas, primer curso, Sorbona o Nueva Sorbona, probablemente un año adelantada.

«Para toda una generación, abrió un campo de análisis de los medios de comunicación, las mitologías y los lenguajes. La obra de Roland Barthes permanecerá en el corazón de todos nosotros como una vibrante llamada a la libertad y a la felicidad». Mitterrand no está más inspirado, pero por lo menos evoca vagamente los campos de conocimiento de Barthes.

Después de un final de partida interminable, Assas consigue una victoria elaborada con ahínco gracias a un golpe incierto (la negra en banda, como debe ser, según la regla imaginaria inventada por unos bretones borrachos para prolongar el placer) y alza los brazos imitando a Borg, Censier trata de mantener una compostura irónica, la Sorbona se acerca a consolar a Censier frotándole el brazo y todo el mundo adquiere un aire risueño, como si esto no fuese más que un juego.

El PC también se ha sumado a hacer una declaración: «Es al intelectual que consagró lo esencial de su trabajo a hacer una nueva reflexión sobre el imaginario y la comunicación, el placer del texto y la materialidad de la escritura, a quien rendimos hoy homenaje». Simon aísla inmediatamente el elemento importante de la frase: «Es a» ese intelectual a quien se rinde homenaje, se sobrentiende que no al otro, al hombre neutral, poco comprometido, que almuerza con Giscard o viaja a China con sus amigos maoístas.

Otra joven entra en el bar, pelo largo rizado, cazadora de cuero, Doc Martens, pendientes, vaqueros rotos. Simon piensa: historia del arte, primer curso. Va hasta el chico desaliñado y lo besa en la boca. Simon observa con atención a la otra joven, la de la cola de caballo. Lee en su perfil el despecho, la cólera contenida, el irreprimible sentimiento de inferioridad que crece en ella (evidentemente infundado) y evidencia en las arrugas de su boca, sin error posible, las huellas de lucha interior que la amargura está librando contra el menosprecio. De nuevo sus miradas se cruzan. Los ojos de la joven brillan durante un segundo con un destello indefinible. Se levanta, se dirige hacia él, se inclina sobre la mesa, lo mira fijamente a los ojos y le dice: «¿Y tú qué coño miras, mamón? ¿Quieres que te dé una foto?». Simon, confuso, farfulla algo ininteligible y se concentra en un artículo sobre Michel Rocard.

26

La noble ciudad de Urt no había visto jamás tantos parisinos. Han tomado el tren hasta Bayona para acudir al entierro. Un viento helado sopla por el cementerio, llueve a cántaros y todo el mundo se apretuja en pequeños grupos porque a nadie se le ha ocurrido traer un paraguas. También Bayard ha hecho el viaje, ha vuelto a confiscar los servicios de Simon Herzog y ambos observan la fauna destemplada de Saint-Germain. Están a 785 km del Flore, y al ver a Sollers mordisquear nerviosamente su boquilla o a BHL abotonarse la camisa, cualquiera diría que sería de agradecer una ceremonia corta. Simon Herzog y Jacques Bayard logran identificar a casi todo el mundo: está el grupo Sollers, Kristeva y BHL; el grupo Youssef, Paul y Jean-Louis; el grupo Foucault con Daniel Defert, Mathieu Lindon, Hervé Guibert, Didier Eribon; el grupo de la fácul: Todorov, Genette; el grupo Vincennes: Deleuze, Cixous, Althusser, Châtelet;

el hermano Michel y su esposa Rachel; su editor y varios alumnos, Eric Marty, Antoine Compagnon, Renaud Camus, antiguos amantes así como un grupo de gigolós, Hamed, Saïd, Harold, Slimane; gente del cine: Téchiné, Adjani, Marie-France Pisier, Isabelle Huppert, Pascal Greggory; dos gemelos con traje de astronauta negro (se trata de unos vecinos que trabajan para la tele, al parecer) y demás lugareños...

Todo el mundo lo quería en Urt. A la entrada del cementerio, dos hombres se bajan de un DS negro y abren un paraguas. Alguien entre los asistentes repara en el coche y exclama: «¡Mirad: un DS!». Un murmullo de fascinación se extiende entre el público, que ve en ello una especie de homenaje, ya que Barthes publicó sus *Mitologías* al amparo del célebre Citroën. Simon le susurra a Bayard: «¿Cree usted que el asesino está entre esta gente?». Bayard no contesta, se limita a observar a cada persona allí presente y a todos les ve cara de culpable. Sabe que para poder hacer avanzar la investigación, necesita entender qué es lo que está buscando. ¿Qué poseía Barthes que valiera tan caro como para no solo robárselo, sino además querer matarlo?

27

En casa de Fabius, en su espléndido piso del Panthéon, decorado, me imagino yo, con molduras decorativas por todas partes y parqué en puntas de Hungría. Están reunidos allí Jack Lang, Robert Badinter, Régis Debray, Jacques Attali y Serge Moati para hacer un listado de fuerzas y debilidades de su candidato, en términos de imagen y de —en esa época la palabra todavía es un poco vulgar— «comunicación».

La primera columna está casi vacía. Solo está escrito: *ha llevado al General a la segunda vuelta*. Y Fabius subraya que eso se

remonta a quince años atrás.

La segunda columna está más nutrida. Por orden creciente en importancia:

Madagascar

Observatorio

guerra de Argelia

demasiado viejo (demasiado IV.^a República)

colmillos demasiado largos (cínico)

siempre pierde

Es extraño que en esa época nadie saque a colación ni su francisca, recibida de las propias manos de Pétain, ni sus funciones, en realidad muy modestas, en Vichy; no lo hacen los medios (amnésicos, como siempre) ni lo hacen sus enemigos políticos (que tal vez no deseen mosquear a su propio electorado con recuerdos desagradables). Apenas la extrema derecha, entonces grupuscular, difunde lo que la nueva generación considera una calumnia.

Y, pese a todo, ¿qué es lo que motiva a esta panda de jóvenes socialistas, brillantes, ambiciosos y, quizá en algunos casos, todavía idealistas, que sueñan moderadamente con un futuro promisorio, para sostener a este arqueoSFIO, este resto de la FDGS, este vestigio de la IV.^a República, este molletista^[10] colonialista guillotinador (cuarenta y cinco ejecuciones en Argelia mientras fue ministro del Interior y luego ministro de Justicia), antes que a Rocard, que era del agrado de Mauroy y de Chevènement, que cuenta con el apoyo de un europeísta como Delors y de un sindicalista como Edmond Maire? Rocard, dirá Moati, «era el socialismo “autogestionario” más la inspección de Hacienda que venía a nuestro encuentro». Pero ese mismo Moati se había unido a Mitterrand cuando este, levantando acta del caos del 68, desvió su discurso hacia una línea claramente más de izquierda y declaró: «Creo en la socialización de los medios de producción, de la inversión y del intercambio. Creo en la necesidad de un sector público importante capaz de tirar del conjunto de la economía».

Empieza la reunión de trabajo. Fabius ha puesto bebidas calientes, galletas y zumos de frutas en una mesa de madera barnizada. Para medir bien la magnitud de la tarea, Moati saca un antiguo editorial de Jean Daniel sobre Mitterrand que ha recortado de un *Nouvel Obs* de 1966: «No es solo que este hombre dé la impresión de no creer en nada, es que delante de él uno se siente culpable de creer en algo. Insinúa, casi a su pesar, que nada es puro, que todo es sórdido y que no se puede permitir ninguna ilusión».

En torno a la mesa, todos están de acuerdo en que hay mucho curro por hacer.

Moati come unos palmitos.

Badinter aboga por Mitterrand: el cinismo, en política, es un hándicap relativo, más bien vinculado a la sagacidad y al pragmatismo. Después de todo, *maquiavelino* no es lo mismo que *maquiavélico*. *Comprometido* no significa obligatoriamente *compromiso*. La esencia misma de la democracia es la que necesita flexibilidad y ajustes. Diógenes el perro era un filósofo particularmente lúcido.

«De acuerdo, ¿y en cuanto a lo del Observatorio?», pregunta Fabius.

Lang protesta: nunca se ha esclarecido el oscuro asunto del falso atentado^[11] y todo se basa en el dudoso testimonio de un exgaullista pasado a la extrema derecha que encima ha modificado varias veces su versión de los hechos. ¡¡¡Y eso que se halló el coche de Mitterrand acribillado a balazos!!! No hay duda de que Lang está realmente indignado.

«Bien», dice Fabius. Adelante con lo de la conspiración. Aunque eso no quita que, hasta el momento, haya mantenido una postura poco simpática y no excesivamente socialista.

Jack Lang recuerda que Jean Cau dijo que era un cura, y que su socialismo era «el guante del cristianismo dado la vuelta».

Debray suspira: «Cualquier cosa».

Badinter enciende un cigarrillo.

Moati come unos Chokinis.

Attali: «Ha decidido abrirse a la izquierda. Piensa que es algo necesario para tratar de contener al PC. Pero así se espanta a los izquierdistas moderados».

Debray: «No, lo que tú llamas izquierdista moderado yo lo llamo centrista. O, para ser más precisos, un radical valoisien. Esa gente acaba votando a la derecha. Son giscardianos».

Fabius: «¿Incluyes ahí a los radicales de izquierda?».

Debray: «Naturalmente».

Lang: «Bueno, ¿y lo de los colmillos?».

Moati: «Ya se ha pedido cita con un dentista del Marais. Le va a dejar la sonrisa de Paul Newman».

Fabius: «¿Y lo de la edad?».

Attali: «Es experiencia».

Debray: «¿Y Madagascar?».

Fabius: «No importa, todo el mundo lo ha olvidado».

Attali matiza: «Era ministro de las Colonias en el 51, las masacres tuvieron lugar en el 47. Es cierto que dijo cosas desafortunadas, pero no tiene las manos manchadas de sangre».

Badinter no dice nada. Debray tampoco. Moati toma una taza de chocolate caliente.

Lang: «Pero está esa película en la que se le ve con un casco colonial delante de unos africanos en taparrabos...».

Moati: «La tele no emitirá esas imágenes».

Fabius: «El tema del colonialismo no es bueno para la derecha, no desea hacer de eso un asunto».

Attali: «Esto vale también para la guerra de Argelia. Argelia es en primer lugar la traición de De Gaulle. Algo demasiado sensible. Giscard no correrá riesgos con el voto *pied-noir*».

Debray: «¿Y los comunistas?».

Fabius: «Si Marchais nos saca lo de Argelia, nosotros le sacaremos lo de Messerschmitt. En política, como en cualquier parte, nadie tiene nunca demasiado interés en que se remueva el pasado».

Attali: «¡Y si insiste, se le arroja a la cara el pacto germano-soviético!».

Fabius: «Humm, bueno, ¿y los puntos positivos?».

Silencio.

Todos vuelven a servirse un café.

Fabius enciende un cigarrillo.

Jack Lang: «Tiene, sin embargo, una imagen de hombre de letras».

Attali: «Nos la pela. Los franceses votan por Badinguet, no por Victor Hugo».

Lang: «Es un gran orador».

Debray: «Sí».

Moati: «No».

Fabius: «¿Robert?».

Badinter: «Sí y no».

Debray: «Levanta a las masas en los mitines».

Badinter: «Es bueno cuando tiene tiempo de desarrollar sus ideas y está tranquilo para hacerlo».

Moati: «Pero no da bien en la tele».

Lang: «Es bueno en las distancias cortas».

Attali: «En cambio, no lo es en el cara a cara».

Badinter: «No está cómodo cuando se le opone resistencia o se le contradice. Sabe defenderse, pero no quiere que lo interrumpan. Lo mismo que puede ser muy lírico en el mitin, transportado por la muchedumbre, puede ser muy abstruso y tedioso con los periodistas».

Fabius: «Es porque en la tele, en general, menosprecia a su interlocutor».

Lang: «Le gusta tomarse su tiempo, calentar motores, hacer estiramientos. En la tribuna, ejercita la voz, ensaya posibles efectos, se adapta al auditorio. En la tele todo eso es imposible».

Moati: «Pero la tele no va a cambiar por él».

Attali: «En todo caso, no lo hará el año que viene. Cuando estemos en el poder...».

Todos: «¡... echaremos a Elkabbach!»^[12] (risas).

Lang: «Es necesario que conciba la tele como una especie de mitin gigante. Que se convenza de que la muchedumbre es toda esa masa que está detrás de la cámara».

Moati: «Ojo, el lirismo del mitin es una cosa, pero un estudio es algo muy distinto».

Attali: «Debe aprender a ser más conciso y más directo».

Moati: «Tiene que mejorar. Tiene que entrenarse. Hemos de insistirle en ello».

Fabius: «Humm, me temo que esto le va a encantar».

28

Después de cuatro o cinco días fuera, Hamed decide por fin volver a su casa, aunque solo sea para comprobar si le queda una camiseta limpia por alguna parte, así que sube, exhausto, los peldaños de los seis o siete pisos que hay hasta su buhardilla donde no podrá darse una ducha porque no tiene cuarto de baño, pero por lo menos se tumbará en su cama para purgarse durante unas horas de la fatiga física y psíquica y de la vanidad del mundo y de la existencia, pero cuando gira la llave en la cerradura, siente que algo no funciona como de costumbre y constata que la puerta ha sido forzada, por lo que empuja lentamente la hoja, que chirría un poco, y descubre el espectáculo de su habitación saqueada, la cama dada la vuelta, los cajones sacados de sus huecos, los rodapiés arrancados, toda su ropa esparcida por el suelo, el frigorífico abierto con una botella de Banga intacta en la puerta, el espejo de encima del lavabo hecho añicos, los botellines de Gini y de Seven-Up dispersos por todos los rincones del cuarto, su colección de *Yacht Magazine* destrozada página a página al igual que su historia de Francia en cómic (el volumen sobre la Revolución francesa y el de

Napoleón parecen haber desaparecido), su Petit Larousse y demás libros dispersos, las cintas de casete meticulosamente desenrolladas y su equipo de música parcialmente desmontado.

Hamed rebobina una casete de Supertramp, la mete en la grabadora y le da al *play* para ver si todavía funciona. Luego se deja caer sobre su colchón volteado y se duerme vestido y con la puerta abierta en cuanto suenan los primeros acordes de *Logical Song*, pensando que también él, cuando era joven, creía que la vida era bella, milagrosa y mágica, pero aunque ahora las cosas han cambiado tanto, sigue sin sentirse ni muy responsable ni muy radical.

29

Una cola de diez metros se ha formado delante de la entrada de Gratte-Ciel, custodiada por un portero muy estricto, negro y cachas. Hamed ve a Saïd y a Slimane con un chico alto y huesudo que se hace llamar «el Sargento». Juntos, se saltan la cola, saludan al portero por su nombre y le dicen que Roland, no, Michel, los espera dentro. Las puertas de Gratte-Ciel se abren para ellos. En el interior, los asalta un olor extraño, mezcla de cuadra, canela con vainilla y puerto pesquero. Se cruzan con Jean-Paul Goude, que deja su cinturón en el guardarropa, y por su comportamiento ven inmediatamente que ya está colocado. Saïd se inclina sobre Hamed para decirle que sí, que la vida es demasiado cara en la época de Giscard, pero que él necesita meterse algo. Slimane repara en el joven Bono Vox al fondo del bar. Sobre el escenario, un grupo de reggae gótico garantiza un ambiente vaporoso y ramplón. El Sargento se contonea con indolencia al ritmo desfasado de la caja de ritmos, bajo la mirada curiosa y mohína de Bono. Yves Mourousi le habla al vientre de Grace Jones. Unos bailarines brasileños

zigzaguean entre los clientes ejecutando finos movimientos de capoeira. Un antiguo ministro bastante importante en la IV.^a República trata de tocarle los senos a una joven actriz que empieza a ser conocida. Y siempre está ese cortejo de chicos y chicas que llevan bogavantes vivos encima de sus cabezas o los pasean con correa, ya que el bogavante, por razones que se desconocen, es el animal de moda en el París de 1980.

En la entrada, dos bigotudos vestidos con mal gusto le pasan un billete de quinientos francos al guardia de seguridad para que les permita pasar. Dejan sus paraguas en el guardarropa.

Saïd presiona a Hamed por la droga. Hamed le indica que se relaje y enrolla un canuto en una mesa baja con forma de mujer desnuda a cuatro patas, como en el Moloko Bar de *La naranja mecánica*. Al lado de Hamed, en un sofá en ángulo, Alice Sapritch fuma de su boquilla con una sonrisa imperial, una boa alrededor del cuello (una boa de verdad, piensa Hamed, pero enseguida se da cuenta de que se trata de un jodido muñeco mecánico). Se inclina sobre ellos y les grita: «Vaya, se presenta una buena noche, ¿no, mis amores?». Hamed sonríe prendiendo el canuto, pero Saïd responde: «¿Para qué?».

En el bar, el Sargento ha conseguido que Bono le convide a una copa y Slimane se pregunta en qué idioma se comunican, aunque no parece que se digan nada. Los dos bigotudos se han puesto en un rincón y han pedido una botella de vodka polaco, la que tiene hierba de bisonte dentro, lo cual atrae a su mesa a bellos jóvenes de diversos sexos y, en su estela, a una o dos vedettes de segunda fila. Cerca del bar, Victor Pecci, moreno, camisa abierta, diamante en la oreja, discute con Vitas Gerulaitis, rubio, camisa abierta, arete cerrado en la oreja. Slimane saluda desde lejos a una joven anoréxica que discute con el cantante de *Taxi Girl*. Justo a su lado, pegado a un pilar de cemento que imita una columna dórica cuadrada, la bajista de *Téléphone*, impasible, se deja lamer la mejilla por una amiga que intenta explicarle cómo se bebe tequila en Orlando. El Sargento y Bono han desaparecido. Slimane recibe las

proposiciones de Yves Mourousi. Foucault sale del retrete e inicia una discusión apasionada con la cantante de ABBA. Saïd increpa a Hamed: «¡Quiero farlopa, caballo, jaco, nieve, chocolate, sugar, éxtasis, rhino, cualquier cosa, pero consígueme algo, joder!». Hamed le tiende el canuto y él lo coge con rabia, como diciendo «mira lo que hago con tu porro», y se lo lleva a la boca aspirando a fondo con asco y avidez. En su rincón, los dos bigotudos simpatizan con sus nuevos amigos y exclaman al brindar: «*Na zdravé!*». Jane Birkin trata de decir algo a un joven que se le parece como un hermano, pero este se lo hace repetir cinco veces antes de encogerse de hombros en señal de incomprendición. Saïd grita a Hamed: «¿Qué nos queda? ¿La PAC? ¿Ese es el plan?». Hamed es consciente de que Saïd se pondrá insoportable en adelante hasta que no tenga farlopa, así que lo coge por los hombros y le dice «escucha» mirándole fijamente a los ojos como haría con cualquiera en estado de shock o muy colocado y saca del bolsillo trasero de su pantalón una cuartilla doblada en dos. Es una invitación para Adamantium, la discoteca que acaban de abrir frente al Rex, y precisamente esa noche un camello que él conoce debe ir allí para animar, tal como figura en la invitación debajo de una gruesa cabeza dibujada que recuerda vagamente a Lou Reed, una velada especial estilo años setenta. Pide un boli a Alice Sapritch, escribe cuidadosamente en letras mayúsculas el nombre del camello en el dorso de la invitación y se la entrega solemnemente a Saïd, quien se la guarda delicadamente en el bolsillo interior de su chaqueta y se las pira de inmediato. En su rincón, los dos bigotudos mal vestidos parecen divertirse con sus nuevos amigos, han inventado un nuevo cóctel a base de pastis-vodka-Suze e incluso Inès de La Fressange ha venido hasta su mesa, pero cuando ven a Saïd dirigirse a la salida, dejan de reír, declinan educadamente las solicitudes del batería de Trust para darles un beso al grito de «*Brat! Brat!*» y se retiran al unísono.

Saïd camina por los Grands Boulevards con resolución, sin darse cuenta de que esos dos hombres, armados con sus paraguas, le

siguen a cierta distancia. Calcula el número de clientes que tendrá que cepillarse en los cagaderos de Adamantium para pagarse su gramo de coca. Quizá debería pasarse a las anfetaminas, no son tan buenas pero son menos caras. Aunque duran más tiempo. Pero no te la ponen tan dura. Aunque te dan ganas de follar. Resumiendo. Cinco minutos para levantarse un cliente, cinco minutos para encontrar una cabina libre, cinco minutos la sesión, en total un cuarto de hora, tres sesiones deberían bastar, quizás dos si los tíos están forrados y en celo, cree saber incluso que en Adamantium quieren atraer por igual lo elegante y lo sórdido, pero sin abusar del tipo yonquis lésbicas baratas. Si lo hace bien, en una hora tendrá su farlopa. Pero los dos hombres que lo siguen se le han acercado demasiado y aunque él acelera para cruzar el boulevard Poissonnière, el primero dirige su paraguas hacia abajo y le pincha en la pierna traspasando el vaquero *stone washed*, a la par que el segundo, mientras Saïd se sobresalta y lanza un grito, le mete la mano en la chaqueta y le sustrae la invitación ubicada en su bolsillo interior. Cuando se da la vuelta, los dos hombres ya han cruzado el paso de peatones y Saïd ha sentido que le falla una pierna y que una mano furtiva ha rozado su torso; a la vez que piensa que tendrá que vérselas con dos carteristas comprueba que aún conserva la cartera (no contiene dinero), pero pierde la cabeza cuando comprende que le han robado su invitación, los persigue gritando «¡Mi invitación, mi invitación!», y entonces un vértigo se apodera de él, sus fuerzas lo abandonan, la vista se le nubla, las piernas no le responden, se para en medio de la calzada, se pasa la mano por los ojos y se desploma entre los coches que tocan el claxon.

Mañana, en *Le Parisien Libéré*, se informará del deceso de dos personas: un joven argelino de veinte años víctima de una sobredosis en plena calle y un vendedor de droga torturado hasta la muerte en los lavabos de Adamantium, un night-club abierto recientemente y cuyo cierre administrativo ha sido decidido de inmediato por la Prefectura.

30

«Esos tipos buscan algo. La única cuestión, Hamed, es por qué no lo han encontrado».

Bayard mordisquea su cigarrillo, Simon juega con unos clips.

Con Barthes atropellado, Saïd envenenado, su camello masacrado, su piso destrozado, Hamed consideró que había llegado el momento de acudir a la policía, porque no lo ha contado todo sobre Roland Barthes: la última vez que se vieron, Barthes le dejó un papel. El traqueteo de las máquinas de escribir resuena sobre los escritorios, el Quai des Orfèvres es un hervidero de actividad policial y administrativa.

No, los que han registrado su piso no lo han encontrado. No, no está en su poder.

¿Y cómo puede estar tan seguro de que no se han hecho con ello? Porque no estaba escondido en su habitación, ya que él mismo lo ha quemado.

Pues muy bien.

¿Lo ha leído? Sí. ¿Puede decir de qué trata? En cierto modo. ¿Y de qué trata? Silencio.

Barthes le pidió que se aprendiera de memoria el documento y que lo destruyera enseguida. Al parecer, consideraba que el acento del Sur era un medio mnemotécnico que facilitaba la memorización. Hamed lo hizo porque en el fondo, aunque fuese viejo y feo con aquella barriga y su doble papada, lo quería, quería a ese viejo que hablaba de su madre como un chiquillo triste, y además le halagaba que ese gran profesor le confiara una misión que no fuese, por una vez, de naturaleza bucogenital, y también porque Barthes le había prometido tres mil francos.

Bayard pregunta: «¿Puede recitarnos ese texto?». Silencio. Simon ha dejado la elaboración de un collar de clips unidos. Fuerá, el canto de las máquinas de escribir no cesa.

Bayard le ofrece un cigarrillo al gigoló, que lo acepta por reflejo de gigoló, porque él no fuma negro.

Hamed fuma y guarda silencio.

Bayard hace hincapié en que está en franca posesión de una información importante que ha provocado la muerte de al menos tres personas y que, mientras esa información no se haga pública, su vida corre peligro. Hamed objeta que, al contrario, mientras su cerebro sea el único depositario de esa información no le podrán matar. Su secreto es su seguro de vida. Bayard le muestra las fotos del camello que ha sido torturado en los lavabos de Adamantium. Hamed contempla detenidamente las fotos. Luego regresa a su asiento y empieza a recitar: «¡Feliz quien, como Ulises, ha hecho un largo viaje, / igual que aquel que conquistó el toisón...!». Bayard lanza una mirada interrogadora a Simon, que le explica que es un poema de Du Bellay: «¿Cuándo volveré a ver, ay, de mi pequeño pueblo / humear la chimenea, y qué estación será...». Hamed dice que lo aprendió en la escuela y que todavía lo recuerda perfectamente, puede confiar en su memoria. Bayard indica a Hamed que puede retenerlo veinticuatro horas bajo arresto. Hamed responde que por él de acuerdo. Bayard enciende otro gitane con la colilla del anterior mientras reajusta mentalmente su táctica. Hamed no puede regresar a su casa. ¿Tiene un sitio seguro donde dormir? Sí, Hamed puede dormir en casa de su amigo Slimane, en Barbès. Necesita un tiempo para que se olviden de él, no debe dejarse ver por los lugares que frecuenta habitualmente, no debe abrir la puerta a desconocidos ni llamar la atención cuando salga, debe darse la vuelta con frecuencia cuando esté en la calle, en resumen, tiene que esconderse. Bayard le pide a Simon que lo acompañe en un coche. Su intuición le dice que el gigoló se confiará más fácilmente a un joven que no es poli que a un viejo poli como él. Además, al contrario que los polis de las novelas y de las películas, tiene otros asuntos pendientes, no puede dedicarle el cien por cien de su tiempo a este caso, por mucho que Giscard lo haya decretado como prioritario y eso que él mismo ha votado por él.

Da las órdenes necesarias para que se ponga un vehículo a su disposición. Antes de dejarlos partir, le pregunta a Hamed si el

nombre de Sophia le dice algo, pero Hamed dice que no conoce a ninguna Sophia. Un funcionario uniformado al que le falta un dedo los lleva hasta el garaje y les entrega las llaves de un R16 camuflado. Simon firma el formulario, Hamed sube en el asiento del pasajero y salen del Quai des Orfèvres en dirección a Châtelet. El DS negro, que esperaba pacientemente en doble fila sin que ningún policía de servicio lo amonestase, arranca detrás de ellos. En el cruce, Hamed le dice a Simon (con su toque de acento sureño): «¡Eh! Mira, un Fuego». Y es azul.

Simon cruza la Île de la Cité, pasa por delante del Palacio de Justicia y llega a Châtelet. Pregunta a Hamed por qué ha venido a París. Hamed le explica que Marsella no es buena para los maricones, que París es mejor, aunque tampoco es que sea la panacea (Simon toma nota del uso del término «panacea»), pero los maricones están mejor considerados aquí, porque ser maricón en provincias es peor que ser árabe. Y además París está llena de maricones con pasta y es más divertida. Simon pasa en ámbar a la altura de la rue de Rivoli y el DS que va detrás cruza en rojo para poder seguirlos de cerca; en cambio, el Fuego azul se para en seco. Simon le cuenta a Hamed que él enseña a Barthes en la facultad y le pregunta comedidamente: «¿Y de qué habla ese texto?». Hamed pide un cigarrillo y le dice: «La verdad es que no lo sé».

Simon se pregunta si no les habrá tomado el pelo, pero Hamed le dice que se aprendió el texto de memoria sin tratar de comprenderlo. Las consignas eran que, si alguna vez ocurría algo, él tenía que ir a un sitio y recitárselo a una persona en concreto, a nadie más. Simon pregunta por qué no lo ha hecho ya. Hamed pregunta qué le hace pensar que no lo ha hecho ya. Simon le dice que cree que no habría acudido a la policía si lo hubiera hecho ya. Hamed confiesa que no, que aún no lo ha hecho porque es demasiado lejos, la persona en cuestión no vive en Francia y él no tenía suficiente dinero. Ha preferido darle otro uso a los tres mil francos que le dio Barthes.

Simon observa por el retrovisor que el DS permanece todo el tiempo detrás de ellos. A la altura de StrasbourgSaint-Denis, cruza el semáforo en rojo y el DS lo cruza también. Ralentiza y el otro ralentiza. Se detiene en doble fila para cerciorarse. El DS se detiene también detrás. Siente que su corazón empieza a latir con más fuerza. Le pregunta a Hamed qué piensa hacer más adelante, cuando tenga suficiente dinero, si es que un día llega a tenerlo. Hamed no comprende por qué Simon se ha detenido, pero no pregunta, se limita a decir que le gustaría comprarse un barco y organizar travesías para turistas, porque le gusta mucho el mar, porque iba con su padre a pescar a las calas cuando era pequeño (aunque eso era antes de que su padre le pusiera de patitas en la calle). Simon arranca de nuevo bruscamente haciendo chirriar los neumáticos y ve en su retrovisor cómo las suspensiones hidráulicas elevan el gran Citroën negro y lo sacan del asfalto. Hamed se gira, ve el DS y entonces se acuerda del coche que había debajo de su casa, el mismo que el de la velada en la Bastilla, y comprende que vienen siguiéndolo desde hace semanas y que habrían podido matarlo diez veces, de haber querido, lo cual no significa que no lo maten a la undécima, así que se agarra al asa de la ventanilla y no dice nada más salvo: «Tira a la derecha».

Simon gira sin pensárselo y se mete por una pequeña calle paralela al boulevard Magenta; lo que más le acojona ahora es comprobar que el coche perseguidor no evita disimular su presencia, así que, como se le acerca cada vez más, movido por un impulso imprevisible, frena en seco y el DS se traga el R16.

Durante unos segundos, ambos coches permanecen inmóviles, uno pegado al otro, como si en los dos hubieran perdido el conocimiento, igual de petrificados que los transeúntes, estupefactos por el accidente. Luego, Simon ve un brazo que sale del DS y un objeto metálico que brilla, y piensa que es un arma de fuego mientras embraga sin que le entre la primera, lo que produce un crujido horrible y el R16 da un brinco hacia delante. El brazo desaparece y el DS arranca de nuevo a su vez.

Simon cruza todos los semáforos al mismo tiempo que va tocando el claxon sin parar, lo que da la impresión de que la alarma de una sirena desgarra el distrito X como si anunciase un bombardeo inminente o el primer miércoles de mes, y detrás, el DS se pega a él como un caza que hubiera puesto a un avión enemigo en el punto de mira de su visor. Simon choca contra un 505, rebota sobre una camioneta, derrapa en la acera, está a punto de atropellar a dos o tres transeúntes y se mete en la place de la République. Detrás de él, el DS se cuela entre los obstáculos como una serpiente. Simon zigzaguea en el tráfico evitando a los peatones y le grita a Hamed: «¡El texto! ¡Recita el texto!». Pero Hamed no logra concentrarse, su mano está crispada en el asa de la ventanilla y ninguna palabra sale de su boca.

Simon da la vuelta a la plaza tratando de reflexionar. No sabe dónde están las comisarías del barrio pero recuerda un baile del 14 de julio en el parque de bomberos que hay cerca de la Bastilla, en el Marais, así que se lanza por el boulevard de las Filles-du-Calvaire y le grita a Hamed: «¿De qué habla? ¿Cuál es el título?». Y Hamed, lívido, articula: «La séptima función del lenguaje». Pero en el momento en que va a empezar a recitar, el DS se planta a la misma altura que el R16, la ventanilla se baja del lado del pasajero y Simon ve a un bigotudo que lo encañona con una pistola. Justo antes de que la detonación estalle, Simon frena con todas sus fuerzas y el DS los adelanta cuando el disparo se produce, pero a su espalda un 404 se les echa encima y el choque proyecta el R16 hacia delante de tal modo que vuelve a encontrarse a la altura del DS, por lo que Simon da un fuerte volantazo a la izquierda y envía al DS al carril contrario, donde, de milagro, evita a un Fuego azul que llega en el otro sentido y se escapa por un lateral a la altura del Circo de Invierno para desaparecer por la rue Amelot, paralela al boulevard Beaumarchais, prolongación de las Filles-du-Calvaire.

Simon y Hamed creen entonces que se han librado de sus perseguidores, pero Simon se dirige otra vez hacia la Bastilla para no perderse por las callejuelas del Marais, de modo que cuando

Hamed empieza a recitar mecánicamente: «Existe una función que escapa a los diferentes factores inalienables de la comunicación verbal... y que de alguna manera los engloba a todos. A esa función la llamaremos...», en ese preciso instante el DS surge de una perpendicular y arremete por el flanco contra el R16, que va a estrellarse contra un árbol en medio de un estruendo de acero y de vidrios.

Simon y Hamed están todavía noqueados cuando uno de los bigotudos, armado con una pistola y un paraguas, sale del DS humeante, se precipita sobre el R16 y tira de la portezuela que oscila por el lado del pasajero. Apunta su pistola con el brazo tendido hacia la cara de Hamed y aprieta el gatillo, pero no ocurre nada, la pistola se ha encasquillado, lo intenta de nuevo, clic, clic, no funciona, a continuación blande como una lanza su paraguas cerrado y pretende clavarlo en las costillas de Hamed pero Hamed se protege con el brazo y desvía la punta sin evitar que le pinche en el hombro, el dolor le arranca un grito estridente y luego, mudando su miedo en rabia, arrebata el paraguas de las manos del bigotudo, se desprende del cinturón de seguridad en el mismo movimiento, se abalanza sobre su agresor y le incrusta el paraguas en el pecho.

Durante ese tiempo, el otro bigotudo se ha acercado por el lado del conductor. Simon ha recuperado la conciencia y trata de salir del R16, pero su portezuela está bloqueada, está atrapado en el habitáculo, el segundo bigotudo apunta su arma hacia él y él está paralizado de terror, mira el agujero negro del que va brotar la bala que le perforará la cabeza y apenas tiene el tiempo de pensar «un relámpago, luego la noche»,^[13] cuando de repente un zumbido desgarra el aire y un Fuego azul choca contra el bigotudo, que sale volando y se estampa contra la calzada. Dos japoneses se bajan del coche.

Simon sale por fin del vehículo reptando por el lado del pasajero y corre a cuatro patas hacia Hamed, echado sobre el cuerpo del primer bigotudo, le da la vuelta y comprueba con alivio que aún se mueve. Uno de los dos japoneses acude a sostener la cabeza del

joven gigoló herido, le toma el pulso y dice: «Veneno», pero Simon entiende primero «pescado»^[14] y piensa en los análisis de Barthes sobre la comida japonesa antes de caer en la cuenta de su error al ver la tez amarilla y los ojos también amarillos de Hamed, con el cuerpo agitado por espasmos, y grita que alguien llame a una ambulancia y Hamed quiere decirle algo, se incorpora a duras penas, Simon se inclina y le pregunta por la función pero Hamed es ya totalmente incapaz de recitar el texto y todo se mezcla en su cabeza, su pobre infancia en Marsella y su vida en París, los colegas, los clientes, las saunas, Saïd, Barthes, Slimane, el cine, los cruasanes en La Coupole y los brillos satinados de los cuerpos oleosos con los que ha estado, pero justo antes de morir, mientras las sirenas resuenan en la lejanía, tiene tiempo de murmurar: «Eco».

31

Cuando llega Jacques Bayard, la policía ha precintado el perímetro pero los japoneses han desaparecido y el segundo bigotudo, al que ellos han atropellado con el Fuego, también. El cuerpo de Hamed está todavía tendido sobre la calzada, al igual que el de su agresor, que tiene el paraguas plantado en el pecho. Simon Herzog fuma un cigarrillo y le han puesto una manta sobre la espalda. No, no tiene nada. No, no sabe quiénes son esos japoneses. No han dicho nada, le han salvado la vida y se han largado. En el Fuego. Sí, el segundo bigotudo probablemente esté herido. Tiene que ser muy fuerte para recuperarse de semejante golpe. Jacques Bayard, perplejo, contempla las dos chatarras empotradas. ¿Por qué un DS? Dejó de fabricarse en 1975. Por otra parte, el Fuego es un modelo que acaba de salir al mercado y apenas se comercializa todavía. Trazan con tiza un dibujo del

contorno del cadáver de Hamed. Bayard enciende un gitanes. El gigoló había fallado en sus cálculos: la información que se guardaba no lo ha protegido. Bayard saca la conclusión de que quienes lo han matado no querían que hablara, sino que callara. ¿Por qué? Simon le refiere las últimas palabras de Hamed. Bayard le pregunta qué sabe acerca de esa séptima función del lenguaje. Dolorido pero profesoral por automatismo, Simon le explica: «Las funciones del lenguaje son unas categorías lingüísticas que hace tiempo fueron teorizadas por un gran lingüista ruso llamado...».

Roman Jakobson.

Simon no prosigue la exposición que se disponía a empezar. Le ha venido a la memoria el libro que había sobre el escritorio de Barthes, los *Ensayos de lingüística general*, de Roman Jakobson, abierto en la página de las funciones del lenguaje, y el folio doblado con anotaciones que servía de marcapáginas.

Le explica a Bayard que el documento por el que ya se ha matado a cuatro personas quizá estuviera ante sus ojos cuando registraron el apartamento de la rue Servandoni, y no presta atención al agente de policía que ha permanecido detrás de ellos y que se aleja para ir a llamar por teléfono una vez que ha oído lo suficiente. Tampoco puede ver que a ese agente de policía le falta un dedo de la mano izquierda.

Por su parte, también Bayard considera que ya sabe bastante, aunque no ha entendido ni papa de esa historia de Jakobson; mete a Simon en su 504 y le da caña en dirección al Barrio Latino, escoltado por una furgoneta llena de policías de uniforme, entre los que está el del dedo cortado. Llegan a la plaza Saint-Sulpice con la sirena ululando a todo meter, lo que sin duda es un error.

Hay un *digicode* en el pesado portón de entrada y han de repiquetear en la ventana de la portera, que les abre, estupefacta.

No, nadie ha pedido ver la buhardilla. No hay nada especial que señalar desde la instalación del *digicode* por el técnico de la empresa Vinci, el mes pasado. Sí, ese con acento ruso, o yugoslavo, o quizá más bien griego. Precisamente, es curioso, ha

pasado por aquí hoy. Ha dicho que quería hacer un presupuesto para poner unos interfonos. No, no ha pedido la llave de la habitación del sexto, ¿por qué? Miren, ahí está colgada del tablero, con las demás llaves. Sí, ha subido por los pisos, no hace ni cinco minutos.

Bayard coge la llave y trepa por las escaleras de cuatro en cuatro, seguido de media docena de policías. Simon se queda abajo con la portera. En el sexto, la puerta de la buhardilla está cerrada. Bayard mete la llave en la cerradura, pero esta está obturada por algo: hay otra llave *dentro*. La llave que no se le encontró a Barthes, piensa Bayard, que golpea la puerta gritando «¡Policía!». En el interior se oye un ruido. Bayard manda derribar la puerta. El escritorio parece intacto pero el libro no está, ni tampoco está el folio doblado con las anotaciones, ni hay nadie en la habitación. Las ventanas, además, están cerradas.

Pero la trampilla que comunica con el piso del quinto está abierta.

Bayard apremia a sus hombres para que bajen, pero en el tiempo que invierten en dar media vuelta, el individuo está ya en la escalera y ellos se dan de bruces con el hermano de Barthes, Michel, que sale en ese instante de su casa, aterrado porque un intruso ha irrumpido por el techo, lo que permite al técnico de la empresa Vinci sacarles dos pisos de ventaja, y abajo, evidentemente, Simon, que no sabe nada de lo que ha ocurrido, es apartado por el hombre que huye a toda velocidad y que, al cerrar el portón de entrada, activa el mecanismo que él mismo ha instalado y que bloquea la cerradura.

Bayard corre hacia la portería y se apodera del teléfono. Quiere pedir refuerzos pero es un teléfono de disco y se eterniza marcando los números, tiempo más que suficiente para que el hombre llegue a la Porte d'Orléans o incluso a Orléans mismo.

Pero el hombre no toma esa dirección. Querría huir en coche, pero dos policías puestos allí de guardia le impiden acercarse a su coche, aparcado al final de la calle, por lo cual corre hacia el

Luxemburgo mientras que esos dos agentes le lanzan sus primeras advertencias. A través del portón de entrada, Bayard grita «¡No disparéis!». Lo quiere vivo, por supuesto. Cuando sus hombres consiguen finalmente desbloquear el mecanismo apretando el botón incrustado en la pared, el fugitivo ya ha desaparecido pero Bayard ha dado la alerta, sabe que el barrio pronto estará acordonado y no irá demasiado lejos.

El hombre atraviesa los jardines de Luxemburgo a la carrera y se oyen los silbatos de los policías detrás de él, pero los transeúntes, acostumbrados a los que hacen *jogging* y a los silbatos de los guardas del parque, no prestan atención hasta que se da de narices contra un agente de policía que quiere hacerle un placaje y él lo tapona como en el rugby, lo tumba, le pasa por encima y continúa su carrera. ¿Adónde va? ¿Lo sabe? Cambia de dirección. Lo único que tiene claro es que debe salir del jardín antes de que cierren todas las salidas.

Bayard está ahora en la furgoneta y da órdenes por radio. Las fuerzas de policía se despliegan por todo el Barrio Latino, está rodeado, está jodido.

Sin embargo, el hombre tiene recursos, se le localiza cuando desciende rápidamente por la rue Monsieur-lePrince, una calle estrecha, de sentido único, lo que impide perseguirlo en coche. Por alguna razón que solo él conoce, ha de pasar a la Rive droite. Al desembocar en la rue Bonaparte, se mete por el Pont-Neuf, pero aquí acaba su camino, pues en el otro extremo del puente hay unos vehículos de la policía y, si se da la vuelta, ve la furgoneta de Bayard, que ha bloqueado su retirada. Está atrapado como una rata, incluso si le da por saltar al agua tampoco llegaría muy lejos, pero piensa que quizá pueda jugar una última carta.

Se sube al pretil y agita el brazo con un papel en la mano que acaba de sacar de su chaqueta. Bayard se aproxima, solo. El hombre le dice que si da un paso más arrojará el papel al Sena. Bayard se para en seco como ante un muro invisible.

—Tranquilo.

—¡Atrrás!

—¿Qué quieres?

—Un coche con el depósito rrrebosante. Si no, arrojo el documento.

—Pues arrójalo.

El hombre hace un amago con el brazo. Bayard no puede evitar un estremecimiento. «¡Espera!» Sabe que ese trozo de papel le puede permitir aclarar la muerte de al menos cuatro personas. «Hablemos, ¿de acuerdo? ¿Cómo te llamas?» Simon ha llegado hasta él. Desde los dos extremos del puente, los policías tienen al hombre a tiro. Sofocado, desencajado por el esfuerzo, mete su otra mano en su bolsillo. En ese preciso instante suena una detonación. El hombre gira sobre sí mismo. Bayard grita: «¡No disparéis!». El hombre cae como una piedra pero el papel revolotea hacia el agua y Bayard y Simon, que se han precipitado tras él, contemplan, inclinados sobre la barandilla como hipnotizados, las gráciles curvas de su descenso errático. Finalmente, el papel se posa delicadamente sobre el agua. Y flota. Bayard, Simon, los policías que instintivamente han comprendido que ese documento era su auténtico objetivo, todos observan, petrificados y conteniendo la respiración, esa hoja de papel abandonada a merced de la corriente.

Enseguida Bayard sale de ese torpor contemplativo y, decidido a no perder la esperanza, se quita la americana, la camisa, los pantalones, pasa por encima del antepecho y duda unos segundos. Salta. Desaparece en un haz de salpicaduras.

Cuando vuelve a salir a la superficie, se halla a unos veinte metros de la hoja y, desde lo alto del puente, Simon y los policías se ponen a gritar todos juntos para indicarle la dirección como unos hinchas chillones. Bayard nada con todas sus fuerzas, intenta acercarse pero el papel se aleja, llevado por la corriente; pese a todo, la distancia se reduce, lo tiene ya a pocos metros, ambos desaparecen debajo del puente, Simon y los policías corren al otro lado y esperan que reaparezcan de nuevo y cuando lo hacen, vuelven los gritos, ya está apenas a un metro de tocarlo, pero un

bateau-mouche pasa en ese momento por ahí y crea pequeñas olas que sumergen el papel y, justo cuando Bayard lo tenía a mano, el papel se hunde, así que Bayard se sumerge también, durante unos instantes no se ven más que sus calzoncillos que sobresalen y, cuando sube otra vez, tiene el papel desleído en la mano y con mucho esfuerzo gana la orilla entre hurras y vivas.

Pero mientras lo izan hasta la orilla, abre el puño y comprueba que la hoja no es más que una pasta informe y que la escritura se ha borrado, ya que Barthes escribía a pluma. Y como aún no existe CSI, no tendrá ningún medio de hacer que el texto reaparezca, nada de escáner mágico, nada de luz ultravioleta, por tanto el documento se ha perdido irremediablemente.

El poli que ha disparado acude a explicarse, ha visto que el hombre iba a sacar un arma de su bolsillo, no ha tenido tiempo de reflexionar y ha disparado. Bayard nota que le falta una falange de la mano derecha. Le pregunta qué le ha pasado a su dedo. El agente responde que se lo rebanó cortando madera en casa de sus padres, en el campo.

Cuando los buceadores de la policía saquen del agua el cadáver, no hallarán un arma en el bolsillo de su chaqueta, sino el ejemplar de Barthes de los *Ensayos de lingüística general* y Bayard, aún mojado, preguntará a Simon: «¡Joder!, pero ¿quién coño es ese Jakobson?». Entonces, por fin, Simon podrá proseguir con su explicación.

32

Roman Jakobson es un lingüista ruso, nacido a finales del siglo XIX, que está en el origen de un movimiento llamado «Estructuralismo». Después de Saussure (1857-1913) y de Peirce

(1839-1914) y junto con Hjelmslev (1899-1965), es sin duda el teórico más importante entre los fundadores de la lingüística.

A partir de dos recursos estilísticos provenientes de la retórica antigua como son la metáfora (reemplazar una palabra por otra con la que mantiene una relación de cierto parecido, por ejemplo «pájaro metálico» para el Concorde o «toro salvaje» para el boxeador Jake La Motta) y la metonimia (reemplazar una palabra por otra con la que mantiene una relación de contigüidad, por ejemplo «un filo sutil» para designar a un esgrimista o «beber un vaso» para decir que se bebe el líquido de dentro de un vaso —el continente por el contenido—), él logró explicar el funcionamiento del lenguaje según dos ejes, el eje paradigmático y el eje sintagmático.

Simplificando, el eje paradigmático es vertical y concierne a la elección de vocabulario: siempre que usted pronuncia una palabra, está escogiéndola entre una lista de palabras que tiene en la cabeza y que repasa cada vez. Por ejemplo, «la cabra», «la economía», «la muerte», «el pantalón», «yo-tú-él», qué sé yo.

Luego la encadena con otras palabras, «del señor Seguin», «enferma», «con su guadaña», «arrugado», «abajo firmante», para formar una frase: esta cadena es el eje horizontal, el orden de las palabras que va a permitirle a usted construir una frase, y luego varias frases, hasta llegar a un discurso. Este es el eje sintagmático.

Después del nombre, usted tiene que decidir si le encadena un adjetivo, un adverbio, un verbo, una conjunción coordinativa, una preposición..., y debe escoger qué adjetivo o qué adverbio o qué verbo concretos: renueva, así, la operación paradigmática en cada fase sintagmática.

El eje paradigmático le hace escoger entre una lista de palabras de equivalente clase gramatical, un nombre o un pronombre, un adjetivo o una proposición relativa, un adverbio, un verbo, etcétera.

El eje sintagmático le hace elegir el orden de las palabras: sujeto-verbo-predicado o verbo-sujeto o predicadosujeto-verbo...

Vocabulario y sintaxis.

Cada vez que usted formula una frase, está practicando estas dos operaciones sin darse cuenta. En resumen, el eje paradigmático moviliza su disco duro y el sintagmático actualiza su procesador. (Dudo, sin embargo, que Bayard tenga nociones de informática.)

Pero no es esto lo que nos interesa, en nuestro caso.

(Bayard gruñe.)

Jakobson, por otro lado, sintetizó el proceso de comunicación bajo la forma de un esquema que comprende los hitos siguientes: el emisor, el receptor, el mensaje, el contexto, el canal y el código. A partir de este esquema, despejó las funciones del lenguaje.

Jacques Bayard no tiene ganas de saber más, pero dados los requisitos de la investigación, es necesario que comprenda por lo menos las líneas generales. He aquí, por tanto, las funciones:

— la función «referencial» es la primera función del lenguaje y la más evidente. Se utiliza el lenguaje para hablar de algo. Las palabras utilizadas remiten a cierto contexto, a cierta realidad, al asunto acerca del cual trata de dar alguna información.

— la función llamada «emotiva» o «expresiva» pretende manifestar la presencia y la posición del emisor con relación a su mensaje: interjecciones, adverbios de modo, matices de opinión, recursos irónicos... La manera como el emisor expresa una información referida a un asunto exterior da ella misma informaciones sobre el emisor. Es la función del «Yo».

— la función «conativa» es la función del «Tú». Va dirigida al receptor. Se ejerce, principalmente, con el imperativo o el vocativo, es decir, interpelando a aquel o a aquellos a quienes uno se dirige: «¡Soldados, estoy satisfecho de vosotros!», por ejemplo. (Y, de paso, se dará usted cuenta de que una frase no se reduce casi nunca a una sola función, sino que combina, por lo general, varias. Cuando se dirige a sus tropas después de Austerlitz, Napoleón casa la función emotiva —«estoy satisfecho»— con la conativa —«¡Soldados... / ... de vosotros!».)

— la función «fática» es la más divertida, es la función que encara la comunicación como un fin en sí misma. Cuando usted dice

«dígame» por teléfono, lo que está diciendo es «le escucho», es decir, «estoy preparado para la comunicación». Cuando se pasa usted horas discutiendo con sus amigos en el bar, cuando habla del tiempo que hace o del partido de fútbol del día anterior, en realidad usted no está interesado del todo por la información en sí, sino que habla por el hecho de hablar, sin otro objeto que mantener la conversación. Es como si dijéramos que esta función está en el origen de la mayoría de veces que tomamos la palabra.

— la función «metalingüística» pretende verificar que el emisor y el receptor se comprenden, es decir, que utilizan adecuadamente el mismo código. «¿Comprendes?» «¿Ves lo que te quiero decir?» «¿Sabes?» «Déjame explicarte...»; o bien, por la parte del receptor: «¿Qué quieras decir?»; «¿Qué significa eso?», etcétera. Todo cuanto concierne a la definición de una palabra o a la explicación de un desarrollo, todo cuanto guarda relación con el proceso de aprendizaje del lenguaje, toda frase sobre el lenguaje, todo metalenguaje, reenvía a la función metalingüística. Un diccionario no tiene otra función que la metalingüística.

— y finalmente, la última función es la función «poética». Aborda el lenguaje en su dimensión estética. Los juegos con la sonoridad de las palabras, las aliteraciones, asonancias, repeticiones, efectos de eco o de ritmo responden a esta función. Se la puede encontrar en los poemas, evidentemente, pero también en las canciones, en los titulares de periódico, en los discursos oratorios, en los eslóganes publicitarios o políticos... Por ejemplo, «CRS = SS» utiliza la función poética del lenguaje.

Jacques Bayard enciende un cigarrillo y dice:

—Con esta son seis.

—¿Perdón?

—Que son seis funciones.

—Ah, sí, claro.

—¿No hay una séptima función?

—Bueno..., esto..., en fin, al parecer sí...

Simon sonríe estúpidamente.

Bayard se pregunta en voz alta para qué se le está pagando a este individuo. Simon le recuerda que él no ha pedido nada y que está ahí contra su voluntad, por orden expresa de un presidente fascista a la cabeza de un Estado policial.

No obstante, después de reflexionar al respecto, o más bien después de revisar a Jakobson, Simon Herzog halla el leve rastro de una potencial séptima función, designada bajo el nombre de «función mágica o encantadora», cuyo mecanismo está descrito como «la conversión de una tercera persona, ausente o inanimada, en destinataria de un mensaje conativo». Y Jakobson pone como ejemplo una fórmula mágica lituana: «¡Sécate, orzuelo, fu, fu, fu!. Sí, sí, sí, piensa Simon.

Menciona también este encantamiento del norte de Rusia: «¡Agua, reina de los ríos, aurora! Llévate la pena al fondo del mar azul, que nunca la pena constriña el corazón sereno del servidor de Dios...». Y para decirlo en toda su dimensión, cita la Biblia: «Sol, detente sobre Gabaón, y tú, Luna, sobre el valle de Ayalón. Y el Sol se detuvo y se paró la Luna» (Josué, 10:20).

De acuerdo, pero todo esto parece anecdótico, no se puede hablar verdaderamente de una función en toda regla, a lo sumo de una utilización ligeramente delirante de la función conativa, para un uso esencialmente catártico, o mejor dicho poético, pero absolutamente ineficaz: por definición, la invocación mágica no funciona más que en los cuentos. Simon está convencido de que esta no es la séptima función del lenguaje, además Jakobson solo la evoca para mayor tranquilidad, por exceso de exhaustividad, antes de proseguir con el decurso serio de su análisis. ¿Una «función mágica o encantadora»? Como mucho una curiosidad insignificante. Una chuminada mencionada de paso. De ninguna manera se mata por algo así.

33

«*¡Por los manes de Cicerón os digo, amigos míos, que esta noche van a llover entimemas! Veo que habéis repasado vuestro Aristóteles, sé que os sabéis vuestro Quintiliano, pero ¿bastaráaa con eso para superar las trampas del léxico entre los recovecos sinuosos de la sintaxis? ¡Croa croa! Os habla el espíritu de Córax. ¡Gloria a los padres fundadores! El vencedor, esta noche, ganará una estancia en Siracusa. En cuanto a los vencidos..., se pillarán los dedos en la puerta. Siempre será mejor que pillarse la lengua... No olvidéis que los oradores de hoy en día son los tribunos de mañana. ¡Gloria al logos! ¡Viva el Logos Club!*»

34

Simon y Bayard están en una habitación a medias laboratorio y a medias armería. Delante de ellos, un hombre con bata examina la pistola del bigotudo destinada a reventar la cabeza de Simon. («Es como Q», piensa Simon.) El experto en balística, manipulando el arma de fuego, comenta en voz alta: «9 mm; 8 disparos; doble acción; acero, acabado en bronce, culata de nogal; peso: 730 gramos sin cargador». Por las características, parece una Walther PPK, pero tiene el seguro al revés: es una Makarov PM, una pistola soviética. Salvo que...

Las armas de fuego, explica el experto, son como las guitarras eléctricas. Fender, por ejemplo, es una firma estadounidense que produce la Telecaster utilizada por Keith Richards o la Stratocaster de Jimi Hendrix, pero existen también modelos mexicanos o japoneses producidos bajo franquicia y que son réplicas de la versión US original, menos caras y en general peor acabadas, aunque a menudo de aspecto honorable.

Esta Makarov no es un modelo ruso sino búlgaro. No hay duda de que esa es la razón de que se haya encasquillado: los modelos rusos son muy fiables, las copias búlgaras lo son menos.

«Sin embargo, señor comisario, se va usted a reír», dice el experto mostrando el paraguas que han extraído del pecho del bigotudo. «¿Ve usted este agujero? La punta está hueca. Funciona como una jeringuilla que se abastece por el mango. Basta con presionar este gatillo instalado en la empuñadura y se abre una válvula que libera el líquido con la ayuda de un émbolo de aire comprimido. El mecanismo es de una espantosa simplicidad. Es idéntico al que se utilizó para eliminar a Georgi Markov, el disidente búlgaro, hace dos años, en Londres, ¿se acuerda?» En efecto, el comisario Bayard se acuerda perfectamente de que el asesinato fue atribuido a los servicios secretos búlgaros. Entonces utilizaron ricina, pero ahora han recurrido a un veneno más fuerte, la toxina botulínica, que actúa bloqueando la transmisión neuromuscular, provocando así la parálisis de los músculos y causando la muerte en unos pocos minutos, ya sea por asfixia, ya sea por paro cardíaco.

Bayard, pensativo, jueguea con el mecanismo del paraguas.

¿No conocerá casualmente Simon Herzog a algún búlgaro en el medio universitario? Simon reflexiona.

Sí, conoce a uno.

35

Los dos Michel, Poniatowski y D'Ornano, han acudido al despacho del presidente para dar su informe. Giscard, inquieto, está de pie delante de la ventana del primer piso que da a los jardines del Elíseo. Como ve a D'Ornano fumando, Giscard le pide un cigarrillo. Poniatowski, sentado en uno de los amplios sillones de la esquinada sala, se ha servido un whisky que ha puesto delante de él, sobre la

mesa baja. Es el primero en tomar la palabra: «He sondeado a mis contactos vinculados a Andrósov». Giscard no dice nada porque, como todo hombre poderoso llegado a su nivel, espera que sus colaboradores le dispensen de tener que formular las preguntas importantes. Poniatowski, por tanto, responde a la pregunta no dicha: «Según ellos, el KGB no está implicado».

Giscard: «¿Qué te hace pensar que podemos dar crédito a esa opinión?».

Ponia: «Varios elementos. El más concluyente es que ellos no harían uso inmediato de un documento así. En un plano político».

Giscard: «La propaganda es un factor decisivo en esos países. El documento podría serles muy útil».

Ponia: «Lo dudo. No se puede decir que Brézhnev haya favorecido tanto la libertad de expresión desde que sucedió a Jruschov. No hay debates en la URSS, y si los hay, son en el seno del Partido, que no los pone en conocimiento del público. El criterio no es, pues, la fuerza de persuasión sino la relación de fuerzas políticas».

Ornano: «Es factible imaginar que Brézhnev u otro miembro del Partido deseen darle un uso interno, precisamente. El Comité Central es un nido de víboras. El triunfo no sería nada despreciable».

Ponia: «No me imagino a Brézhnev deseoso de afirmar su preeminencia de esa manera. No lo necesita. La oposición es inexistente. El sistema está cerrado a cal y canto. Y ningún otro miembro del Comité Central podría ordenar una operación así para su propio beneficio sin que el aparato esté informado».

Ornano: «Salvo Andrósov».

Ponia (irritado): «Andrósov es un hombre en la sombra. Tiene más poder como jefe del KGB que en ningún otro puesto. No lo veo lanzándose a una aventura política».

Ornano (irónico): «Es verdad, no es propio de hombres en la sombra. Talleyrand o Fouché carecían de ambición política, como todo el mundo sabe».

Ponia: «En cualquier caso, no la llevaron a cabo».

Ornano: «Eso es discutible. En el congreso de Viena...».

Giscard: «¡Venga! ¿Y qué más?».

Ponia: «Parece altamente improbable que la operación haya sido montada por los servicios búlgaros sin el aval del gran hermano. En cambio, se puede considerar que unos agentes búlgaros hayan vendido sus servicios a intereses privados, cuya naturaleza es lo que habría que determinar».

Ornano: «¿Tan mal pagan a los suyos en los servicios búlgaros?».

Ponia: «La corrupción es algo generalizado y no se libra de ella ningún sector de la sociedad, y menos aún, si cabe, los servicios de información».

Ornano: «¿Agentes que se sacan un sobresueldo en su tiempo libre? Francamente...».

Ponia: «¿Ahora te parece raro que haya agentes que trabajen para varios patrones?». (Vacía su vaso de un trago.)

Giscard (aplastando su cigarrillo en un pequeño cenicero de marfil con forma de hipopótamo): «Vale. ¿Algo más?».

Ponia (echándose hacia atrás en el sillón con las manos en la nuca): «Pues sí, parece que el hermano de Carter es un agente a sueldo de los libios».

Giscard (sorprendido): «¿Quién? ¿Billy?».

Ponia: «Por lo visto, Andrópov tenía en su poder esta información de la CIA. Según dicen, se tronchaba de risa».

Ornano (centrando el debate): «¿Qué hacemos, entonces? ¿Echamos el cierre, ante la duda?».

Ponia: «El presidente no necesita el documento, le basta con saber que la parte contraria no lo tiene».

Nadie, hasta donde yo sé, ha reparado nunca en que el famoso siseo silbante de Giscard se incrementaba en las situaciones de malestar o de placer. Dice: «Shí, shí... Pero shi pudiéramos encontrarlo..., al menos localizarlo, y shi fuera posible recuperarlo, yo me quedaría másh tranquilo. Por Francia. Imaginad que ese

documento cayera, en fin, cayera en malash manosh... No es que..., pero, en fin».

Ponia: «Por eso hay que explicarle con exactitud su misión a Bayard: recuperar el documento sin que previamente lo haya leído nadie. No olvidemos que el joven lingüista cuyos servicios hemos contratado es capaz de descifrarlo, y, por tanto, de utilizarlo. En el peor de los casos, tiene que asegurarse de que se destruya hasta la última copia. (Se levanta y se dirige al bar, mascullando.) Izquierdista. Seguro que es izquierdista...».

Ornano: «Pero ¿cómo saber si el documento no ha sido ya utilizado?».

Ponia: «Según mis informaciones, si alguien lo utiliza, nos daríamos cuenta enseguida...».

Ornano: «¿Y si es discreto? ¿Si es de perfil bajo?».

Giscard (apoyado en el secreter, bajo el cuadro de Delacroix, y manoseando los estuches con las medallas de la Legión de Honor): «Eso parece poco plausible. Un poder, sea el que sea, aspira a ejercerse».

Ornano (curioso): «¿Esto es válido para la bomba atómica?».

Giscard (profesoral): «Sobre todo para la bomba atómica».

La evocación de un posible fin del mundo sume al presidente por unos instantes en una ligera ensoñación. Piensa en la A71 que cruza Auvernia, en la alcaldía de Chamalières, en la Francia que tiene a su cargo. Sus dos colaboradores aguardan respetuosamente a que tome de nuevo la palabra: «Mientras tanto, un solo objetivo debe gobernar todos nuestros actos: impedir que la izquierda llegue al poder».

Ponia (olisqueando una botella de vodka): «Mientras yo viva, no habrá ministros comunistas en Francia».

Ornano (encendiendo un cigarrillo): «Pues deberías moderarte un poco si quieres pasar las presidenciales».

Ponia (alzando su vaso): «*Na zdrowie!*».

36

«Camarada Kristov, supongo que sabes, naturalmente, quién es el político más grande del siglo xx, ¿no?»

Emil Kristov no ha sido convocado a la Lubyanka, pero lo habría preferido.

«Naturalmente, Yuri Vladimirovich. Es Georgi Dimitrov».

El carácter falsamente informal de su cita con Yuri Andrósov, el director del KGB, en un viejo bar en un sótano, donde suelen estar casi todos los bares de Moscú, no es muy tranquilizador y el hecho de se encuentren en un lugar público no cambia nada el asunto. Cualquiera puede ser detenido en un lugar público. Pueden incluso matar en un lugar público. Por su posición debería saberlo.

«Un búlgaro». Andrósov ríe. «¡Quién lo hubiera creído!»

El camarero ha puesto sobre la mesa dos vasitos de vodka y dos vasos grandes de zumo de naranja, más dos gruesos pepinillos en un plato, y Kristov se pregunta si eso querrá significar algo. A su alrededor, la gente fuma, bebe y habla en alto, es la regla básica de cuando se quiere estar seguro de que una conversación no va a ser escuchada: tenerla en un lugar ruidoso, con ruidos aleatorios, de modo que un eventual micrófono no pueda aislar ninguna voz en concreto. Si se está en un piso, lo más conveniente es dejar correr el agua del baño. Pero lo más sencillo sigue siendo ir a un bar a echar un trago. Kristov mira las caras de los clientes e identifica por lo menos a dos agentes en la sala, aunque supone que habrá más.

Andrósov insiste sobre Dimitrov: «Hay que ver cómo, desde 1933, durante el proceso del Reichstag, todo está escrito. El enfrentamiento entre Goering, citado como testigo, y Dimitrov, este en el banco de los acusados, anuncia y representa la agresión fascista que iba a llegar, la resistencia heroica de los comunistas y nuestra victoria final. Ese proceso es extremadamente simbólico de la superioridad comunista desde todo punto de vista, político y moral. Dimitrov, majestuoso y burlón, dominando perfectamente la dialéctica histórica aun a riesgo de su cabeza, planta cara a un

Goering que eructa y enseña el puño... ¡Qué espectáculo! Goering, presidente del Reichstag, primer ministro y ministro del Interior de Prusia, ni más ni menos. Pero Dimitrov invierte los papeles y es Goering quien se ve respondiendo a sus preguntas. Dimitrov lo destroza completamente. Goering está loco de rabia, patalea, parece un niño al que le han dejado sin postre. Frente a él, majestuoso en el banco de los acusados, Dimitrov expone a los ojos de todos la locura nazi. El propio presidente del Tribunal ha tomado conciencia. Y es hilarante porque cualquiera diría que le pide a Dimitrov que disculpe el comportamiento del tosco Goering. Le dice, lo recuerdo como si fuera ayer: "Ya que está usted haciendo propaganda comunista, no debería sorprenderle que el testigo esté también excitado". ¡Excitado! Y Dimitrov va y le contesta que está plenamente satisfecho de la respuesta del primer ministro. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué hombre! ¡Qué talento!».

Kristov ve alusiones y sobreentendidos por todas partes, pero trata de relativizar al máximo porque sabe que su grado de paranoia le impide evaluar correctamente las frases del jefe del KGB. Sin embargo, haber sido convocado a Moscú es en sí mismo, qué duda cabe, un indicio irrefutable. No se pregunta si Andrópov sabe algo. Se pregunta si él mismo sabe algo. Es una cuestión mucho más complicada de tratar.

«En esa época, en todo el mundo se decía: "Solo hay un verdadero hombre en Alemania, y ese hombre es búlgaro". Yo lo conocí, ¿sabes, Emil? Un orador nato. Un maestro».

Mientras escucha a Andrópov exaltar al gran Dimitrov, el camarada Kristov evalúa su propia situación. No hay nada más incómodo para alguien que se dispone a mentir que ignorar el nivel de información de su interlocutor. Sabe que de un momento a otro tendrá que jugársela.

Y ese momento llega: Andrópov, cerrando el capítulo Dimitrov, le pide a su homólogo búlgaro ciertas aclaraciones sobre los últimos informes que han llegado a su despacho en la Lubyanka. ¿Qué es exactamente esa operación en París?

Ya llegó el meollo del asunto. Kristov siente cómo su corazón se acelera pero se domina para no aumentar la respiración. Andrópov muerde un pepinillo. Tiene que decidir ahora. O asume la operación o dice que no está al corriente de nada, aunque esta segunda opción tiene el problema de hacerle pasar por incompetente, lo que, en el medio de la información, nunca es un cálculo aconsejable. Kristov sabe perfectamente cómo funciona una buena mentira: debe diluirse en un océano de verdades. Confesar un 90 % permite, por una parte, dar credibilidad al 10 % restante que se pretende disimular, y por otra parte reduce mucho los riesgos de contradecirse. Se gana tiempo y se evitan los enredos. Cuando se miente, hay que mentir sobre un punto y solo sobre ese punto, y ser absolutamente honesto con todo lo demás. Emil Kristov se inclina hacia Andrópov y le dice: «Camarada Yuri, ¿tú sabes quién es Roman Jakobson? Es un compatriota tuyo. Ha escrito cosas muy bellas sobre Baudelaire».

37

Julenka mía,

Regresé ayer de Moscú, mi visita fue bien, al menos eso creo yo. En todo caso, he vuelto. Bebimos ampliamente con el viejo. Estuve amable y al acabar la velada tenía pinta de borrachín, pero no creo que lo estuviera realmente. A veces yo también ponía cara de estar bebido para ganarme la confianza de esa gente o hacerles bajar la guardia. Pero yo, como puedes figurarte, no bajé la mía. Le he contado todo lo que quería saber, y, evidentemente, no le he hablado nada de ti. He dicho que no creía en el poder del manuscrito y que esa es la razón por la que no le había informado de la misión en París, porque quería primero estar seguro. Pero como en mis servicios había gente que sí creía en ese poder, envié a algunos agentes por si acaso, y le he contado que actuaron con exceso de celo. Por lo visto, los servicios franceses están investigando en estos momentos, pero aparentemente Giscard hace como si no estuviera al corriente. ¿Crees que podrías utilizar las relaciones de tu marido para informarte al respecto? En cualquier caso, debes estar muy atenta, porque ahora que el viejo me ha echado el ojo, no podré enviarte más hombres adicionales.

El conductor de la camioneta ha llegado a salvo, el falso doctor que te ha remitido el documento también. Los franceses nunca podrán dar con ellos, están de vacaciones

en las orillas del mar Negro, y son los únicos que podrían permitir que se llegara hasta ti, junto con los otros dos agentes que han muerto y el que queda para vigilar la marcha de la investigación. Sé que lo han herido, pero es muy resistente, puedes contar con él. Si la policía encuentra algo, sabrá lo que tiene que hacer.

Déjame darte un consejo. Lo mejor sería que archivaras ese documento. Nosotros estamos acostumbrados a conservar y a ocultar los documentos valiosos que no nos podemos permitir perder y menos aún divulgar el contenido bajo ningún concepto. Tienes que hacer una copia, y solo una, y dársela para que la guarde a alguien de total confianza, el cual ignorará de qué se trata. El original debes mantenerlo en tu poder.

Una cosa más, desconfía de los japoneses.

Aquí tienes estos cuantos consejos, mi Julechka. Haz buen uso de ellos. Espero que todo vaya bien y suceda como está previsto, aunque yo sé, por experiencia, que nunca nada sucede como está previsto.

Tu viejo padre que vigila por ti,
Tatko

P. D.: Respóndeme en francés, es más seguro y me permite practicar.

38

Hay unas viviendas oficiales en la École Normale Supérieure, detrás del Panteón. Es un piso grande y el hombre de pelo cano, con bolsas bajo los ojos y aspecto cansado, dice:

—Estoy solo.

—¿Dónde está Hélène?

—No sé. Seguimos cabreados. Ha montado un escándalo horrible por un motivo absurdo. O quizá sea yo.

—Te necesitamos. ¿Podrías guardar este documento? No debes abrirlo, ni debes leerlo, ni debes hablar de él con nadie, ni siquiera con Hélène.

—De acuerdo.

39

Difícil imaginar lo que piensa Kristeva de Sollers en 1980. Es admisible que su dandismo histriónico, su libertinaje so *French*, su jactancia patológica, su estilo de panfletario adolescente y su cultura escandaliza-burgueses hayan podido seducir en los años sesenta a la pequeña búlgara despachada fríamente desde Europa oriental. También es posible suponer que quince años más tarde ella esté menos encandilada de él, pero quién sabe. Lo que resulta evidente es que su unión es sólida, que ha funcionado perfectamente desde el principio y que sigue funcionando todavía: un equipo amalgamado en el que los papeles están muy bien repartidos. Él, la fanfarronería, la mundanidad y todo lo payasístico. Ella, el encanto eslavo venenoso, glacial, estructuralista, los arcanos del mundo universitario, la gestión de los intelectuales, los aspectos técnicos, institucionales y, como debe ser, burocráticos de su irresistible camino ascendente. (Dice la leyenda que él no sabe ni «rellenar un giro postal».) Los dos juntos, una máquina de guerra política en marcha hacia lo que será, en el siglo siguiente, la apoteosis de una carrera ejemplar: cuando Kristeva acepte recibir la Legión de Honor de manos de Nicolas Sarkozy, Sollers, presente en la ceremonia, no dejará pasar la ocasión de burlarse del presidente cuando este pronuncie «Barthès» en lugar de «Barthes». *Good cop, bad cop*, la mantequilla de los honores y el dinero por la mantequilla de la insolencia. (Más tarde, François Hollande elevará a Kristeva al rango de Comendador. Los presidentes pasan, los condecorados se repiten.)

Dúo infernal, pareja política: mantengamos estos conceptos en la memoria por ahora.

Cuando Kristeva abre la puerta y se da cuenta de que Althusser ha venido con su mujer, no puede o no quiere reprimir un gesto de desagrado, a la vez que, por su parte, Hélène, la mujer de Althusser, perfectamente al tanto de cómo es considerada por esa gente en cuya casa se planta esa noche, exhibe una malvada sonrisa, lo que hace que el odio instintivo y recíproco de ambas mujeres delimite de golpe una especie de complicidad. Althusser luce un aspecto de

niño culpable mientras le tiende un pequeño ramo. Kristeva se apresura en ir a poner las flores en el lavabo. Sollers, ya visiblemente tocado por el aperitivo, recibe a los recién llegados con exclamaciones afectadas: «Qué tal, queridos amigos... Os estábamos esperando... para pasar a la mesa... Querido Louis, ¿un martini... como siempre?... ¡Rojo!..., ayayay... Hélène..., ¿qué te gustaría más?... Ya sé... ¡Un bloody mary!... Ji, ji... Julia..., ¿traes el apio... cariño?... ¡Louis!... ¿Cómo van las cosas por el Partido?...».

Hélène observa a los demás invitados como un viejo gato temeroso y no reconoce a nadie salvo a BHL, al que ha visto en la tele, y a Lacan, que ha venido con una joven alta vestida de cuero negro. Sollers hace las presentaciones mientras les va asignando un sitio en la mesa, pero Hélène no se toma la molestia de retener los nombres: hay una joven pareja neoyorquina con ropa deportiva, una china agregada de embajada o trapecista del Circo de Pekín, un editor parisino, una feminista canadiense y un lingüista búlgaro. «Vaya, la vanguardia del proletariado», sonríe para sí Hélène sarcásticamente.

Una vez sentados todos los invitados, Sollers, empalagoso, empieza un debate sobre Polonia: «¡Un tema que no pasa de moda, ya lo creo!... Solidarnosc, Jaruzelski, sí, sí..., de Mickiewicz y Slovacki a Walesa y Wojtyla... Se hablará de ella dentro de cien años, dentro de mil años, de que todavía sigue sometida bajo el yugo de Rusia... Es práctico..., permite conversaciones inmortales... Y cuando no es el de Rusia, es el de Alemania, evidentemente... Caramba, venga, venga..., camaradas... Morir por Gdansk..., morir por Danzig... ¡Qué delicioso trabalenguas!... ¿Cómo decís vosotros? ¡Ah, sí: lo mismo me da que me da lo mismo!...».

La provocación va dirigida a Althusser, pero el viejo filósofo de mirada apagada moja lentamente sus labios en el martini como si fuese a ahogarse dentro, mientras Hélène, con la audacia de los animalillos salvajes, responde en su lugar: «Comprendo vuestra

consideración por el pueblo polaco, que yo sepa no han enviado a ningún miembro de vuestra familia a Auschwitz». Y como Sollers duda un segundo (uno solo) en enzarzarse en una provocación sobre los judíos, ella decide sacarle ventaja: «Pero ¿de verdad os gusta este nuevo papa? (Mete la nariz en su plato.) Nunca lo habría creído». (Enfatiza la entonación vulgar.)

Sollers separa los brazos como si batiera unas alas y declara con entusiasmo: «¡Este papa es totalmente de mi gusto! (Mastica un espárrago.) ¿No es sublime cuando baja del avión y besa el suelo que lo acoge?... Sea cual sea el país, el papa se arrodilla, como una prostituta magnífica que se dispone a recibirte en su boca, y besa^[15] el suelo... (Blande el espárrago a medio morder.) Este papa es un salido, qué queréis que os diga... ¿Cómo no amar a alguien así?».

La pareja neoyorquina se ríe al unísono. Lacan emite un pequeño graznido levantando la mano, pero renuncia a tomar la palabra. Hélène, consecuente con sus ideas, como todo buen comunista, pregunta: «¿Y creéis que a él le gustan los libertinos? Según las últimas noticias, no es muy abierto en cuestiones de sexualidad. (Lanza una mirada a Kristeva.) Políticamente, quiero decir».

Sollers suelta una carcajada que anuncia su habitual estrategia, consistente en lanzarse a hablar sin transición a partir de un tema cualquiera, no importa cuál: «Es porque está mal aconsejado... Por otra parte, estoy seguro de que está rodeado de homosexuales... Los homosexuales son los nuevos jesuitas..., pero sobre cosas como esas, no son precisamente buenos consejeros... Por lo visto... parece que hay una nueva enfermedad que está diezmándolos... Dios ha dicho: creced y multiplicaos... El preservativo... ¡Qué abominación!... El sexo aséptico... Los cuerpos encallecidos que no se tocan... ¡Puaj!... Jamás he utilizado uno de esos preservativos ingleses en mi vida...».

Y eso que ya conocéis mi anglofilia... Envolver mi polla como un bistec... ¡Jamás!...».

En ese instante, Althusser se despierta:

—Si la URSS atacó Polonia, fue por razones altamente estratégicas. Había que impedir a toda costa que Hitler se acercara a la frontera rusa. Stalin se sirvió de Polonia como de un tapón: posicionarse sobre suelo polaco era una garantía contra la invasión que se veía venir...

—... y esa estrategia, como todos sabemos, funcionó de maravilla —dice Kristeva.

—Después de Múnich, el Pacto germano-soviético se convirtió en una necesidad, qué digo yo, en una evidencia —ponderó aún más Althusser.

Lacan emite un chucheo de búho, Sollers vuelve a servirse otro trago. Hélène y Kristeva se miran con insistencia, todavía no se sabe si la china habla francés, ni si lo hablan el lingüista búlgaro o la feminista canadiense, o incluso la pareja neoyorquina, hasta que Kristeva les pregunta, en francés, si han jugado al tenis últimamente (entonces informa que se trata de sus compañeros de dobles y hace hincapié en la última vez que jugaron juntos, en la que ella dio muestras de una combatividad deslumbrante hasta para su propia sorpresa, pues cree útil precisar que ella solo sabe jugar muy básicamente). Pero Sollers no les deja contestar, siempre feliz por cambiar de tema:

—¡Ah, Borg!... El mesías que vino del frío... Cuando cae de rodillas sobre la hierba de Wimbledon..., los brazos en cruz..., el cabello rubio... Su cinta... Su barba... Es Jesucristo sobre el césped... Si Borg gana Wimbledon, es por la redención de humanidad... Como hay mucho que hacer al respecto, gana cada año... ¿Cuántas victorias se necesitan para limpiar todos nuestros pecados?... Cinco... Diez... Veinte... Cincuenta... Cien... Mil...

—Yo pensaba que usted prefería a McEnroe —dice el joven neoyorquino con acento neoyorquino.

—Ah, McEnroe..., *the man you love to hate*..., un bailarín... de gracia endiablada... Pero por mucho que vuela sobre la pista... McEnroe es Lucifer..., el más bello de todos los ángeles... Lucifer cae siempre al final...

Mientras se embarca en una exégesis bíblica en la que compara a san Juan con McEnroe (*Saint... John*), Kristeva, con el pretexto de recoger los primeros platos, desaparece en la cocina con la china. La joven amante de Lacan se descalza bajo la mesa, la feminista canadiense y el lingüista búlgaro se lanzan miradas interrogadoras y Althusser juguetea con la aceituna de su martini. BHL da un golpe con el puño sobre la mesa y dice: «¡Hay que intervenir en Afganistán!».

Hélène vigila a todo el mundo.

Dice ella: «¿Y en Irán no?». El lingüista búlgaro añade misteriosamente: «La duda es la madre de lo fantástico». La feminista canadiense sonríe. Kristeva vuelve con la pierna de cordero y con la china. Althusser dice: «El Partido se ha equivocado al apoyar la invasión en Afganistán. No se puede invadir un país con un comunicado de prensa. Los soviéticos son más astutos y se van a retirar». Sollers pregunta con guasa: «¿Cuántas divisiones tiene el Partido?». El editor mira su reloj y dice: «Francia atrasa». Sollers sonríe mirando a Hélène y dice: «No se es serio cuando se tienen setenta años». La amante de Lacan acaricia con su pie descalzo la bragueta de BHL, que se empalma sin rechistar.

La conversación deriva hacia Barthes. El editor le hace un elogio fúnebre ambiguo. Sollers explica: «Muchos homosexuales, en un momento u otro, me han dado siempre la misma extraña impresión de estar carcomidos por dentro...». Kristeva matiza de cara al conjunto de los once invitados: «Debéis saber que estábamos muy unidos. Roland adoraba a Philippe y... (adoptó un aire modesto y un tanto misterioso) a mí me quería mucho». BHL se empeña en añadir: «Él JAMÁS pudo soportar el marxismo-leninismo». El editor: «Sin embargo, adoraba a Brecht». Hélène, venenosa: «¿Y China, qué le pareció?». Althusser frunce el ceño. La china levanta la cabeza. Sollers responde, distendido: «Aburrida, pero no más que cualquier otro lugar del mundo». El lingüista búlgaro, que lo conocía bien: «A excepción de Japón». La feminista canadiense, que hizo la licenciatura bajo su dirección, lo recuerda: «Era muy indulgente y

estaba muy solo». El editor, con aire de complicidad: «Sí y no. Sabía estar bien acompañado... cuando quería. Tenía sus recursos, pese a todo». La amante de Lacan se hunde en su silla cada vez más para masajear los huevos de BHL con la punta del pie.

BHL, imperturbable: «Está muy bien tener un maestro. Lo que hay que saber es desprenderse de él. Yo, por ejemplo, en la École Normale...». Kristeva le corta, riendo con una risa seca: «¿Por qué los franceses están tan apagados a su educación? Cualquiera diría que no pueden estar dos horas sin hablar de ella. Supongo que eso hacen los excombatientes, claro». El editor confirma: «Es verdad, en Francia, todos tenemos nostalgia de la escuela». Sollers, socarrón: «Incluso algunos siguen en ella el resto de su vida». Pero Althusser no se da por aludido. Hélène refunfuña interiormente contra esa manía tan burguesa de generalizar a partir de su caso particular. A ella nunca le había gustado la escuela, y encima no había pasado mucho tiempo allí.

Llaman a la puerta. Kristeva se levanta para ir a abrir. Se la ve en el vestíbulo hablando con un bigotudo mal trajeado. La conversación dura menos de un minuto. Luego regresa a sentarse como si no hubiera pasado nada y dice simplemente (a la vez que por un segundo reaparece su acento): «Perrdonadme, asuntos tediosos de la oficina». El editor prosigue: «En Francia, el peso de nuestros éxitos escolares pesa demasiado en nuestro éxito social». El lingüista búlgaro mira fijamente a Kristeva: «Pero desgraciadamente no es el único factor, ¿verdad, Julia?». Kristeva le contesta algo en búlgaro. Los dos se ponen a hablar en su lengua natal, con réplicas cortas, dichas a media voz. Si acaso flota en el ambiente alguna hostilidad entre ellos, los demás invitados no están en disposición de detectarla. Sollers interviene: «Venga, chicos, nada de rezos por lo bajo, ja, ja, ja...». Luego se dirige a la feminista canadiense: «¿Y cómo va su novela, querida? Estoy con Aragon cuando dice, ya sabe... La mujer es el futuro del hombre..., por tanto, de la literatura..., porque la mujer es la muerte... y la literatura siempre está del lado de la muerte...». Mientras imagina con toda nitidez a la

canadiense a punto de darle un guantazo, le pregunta a Kristeva si es tan amable de ir a buscar el postre. Kristeva se levanta y empieza a recoger, ayudada por la china; cuando ambas mujeres desaparecen otra vez hacia la cocina, el editor saca un puro y recorta la punta con el cuchillo del pan. La amante de Lacan continúa contorsionándose en su silla. La pareja neoyorquina se coge dócilmente de la mano sonriendo con educación. Sollers imagina un partido de dobles con la canadiense y unas raquetas de tenis. BHL, que tiene una erección digna de un ciervo, dice que la próxima vez habría que invitar a Solzhenitsyn. Hélène regaña a Althusser: «¡Qué cerdo eres! ¡Mira cómo te has puesto!». Le restriega la camisa con una servilleta mojada con un poco de agua con gas. Lacan canturrea en voz baja una especie de nana judía. Pone cara de no enterarse de nada. En la cocina, Kristeva coge a la china por la cintura. BHL dice a Sollers: «Bien pensado, Philippe, tú eres superior a Sartre: estalinista, maoísta, papista... Dicen que él se ha equivocado siempre, pero ¡anda que tú!... Cambias de opinión tan rápido que no te da tiempo a equivocarte». Sollers mete un cigarrillo en su boquilla. Lacan balbuce: «Sartre no existe». BHL prosigue: «Yo, en mi próximo libro...». Sollers le corta: «Sartre decía que todo anticomunista es un perro... Yo digo que todo anticatólico es un perro... Además, está claro, no hay ningún judío válido que no haya estado tentado de convertirse al catolicismo... ¿No es así?... Querida, ¿nos traes ya el postre?...». Desde la cocina, la voz sofocada de Kristeva responde que ya va.

El editor dice a Sollers que quizá publique a Hélène Cixous. Sollers responde: «Ese pobre Derrida... No es precisamente Cixous quien va a animarlo... Ja, ja, ja». BHL, en un nuevo intento de precisión: «Siento mucho afecto por Derrida. Ha sido mi maestro en la École. Como tú, querido Louis. Pero no es un filósofo. Filósofos franceses que estén aún vivos solo conozco a tres: Sartre, Levinas y Althusser». Althusser tampoco se da por aludido ante el pequeño halago. Hélène disimula su irritación. El estadounidense pregunta: «¿Y Pierre Bourdieu, no es un buen filósofo?». BHL contesta que es

de la Normale, en efecto, pero que seguro que no es un filósofo. El editor matiza, en atención al estadounidense, que es un sociólogo que trabaja mucho sobre las desigualdades invisibles, el capital cultural, social, simbólico... Sollers bosteza ostensiblemente: «Lo que es sobre todo es un perfecto coñazo... Sus *habitus*... ¡Sí, no somos todos iguales, menuda noticia! Pues bien, os diré un secreto... Schss... Acercaos... Eso ha sido así siempre y no cambiará nunca... Increíble, ¿verdad?».

Sollers se altera cada vez más: «¡Altura! ¡Altura! ¡Abstracción, rápido!... ¡No somos unos Elsa y Aragon, ni tampoco unos Sartre y Beauvoir de pacotilla!... El adulterio es una conversación criminal... Sí... Sí... Hay tanto que hacer... El Espíritu, eso es lo que siempre olvidamos... Aquí. Ahora. Auténticamente aquí... Auténticamente ahora... La moda a menudo es auténtica...». Su mirada va y viene de la canadiense a Hélène. «¿La cosa maoísta? Era la diversión de la época... China... Romanticismo... Ha debido de ocurrírseme escribir cosas incendiarias, es verdad... Soy un gran abucheador... El mejor del país...»

Lacan está en otra parte. El pie de su amante sigue acariciando la entrepierna de BHL. El editor espera que acabe. La canadiense y el búlgaro se sienten unidos por una solidaridad muda. Hélène aguanta con una rabia silenciosa el monólogo del gran escritor francés. Althusser siente crecer en su interior algo peligroso.

Kristeva y la china vuelven finalmente con una tarta de albaricoques y un pastel de cerezas; su rojo de labios retocado resalta como un fuego ardiente. La canadiense pregunta cómo ven los franceses las elecciones del año que viene. Sollers se troncha de risa: «Mitterrand tiene un destino: la derrota... Lo cumplirá hasta el final...». Hélène, siempre impertinente, le pregunta:

—¿Y cómo es Giscard, dinos, tú que has comido con él?

—¿Quién, Giscard D'Estaing?... ¡Bah, un falso decadente...! ¿Sabéis que su partícula proviene de su mujer, no?... Nuestro querido Roland tenía razón... Espécimen de burgués muy logrado,

lo llamaba... Ay, no es que estemos a salvo de un nuevo Mayo del 68..., es que estamos todavía en el 68...

—Las estructuras... en la calle... —murmura Lacan, apenas sin fuerzas.

—Para nosotros, su imagen es la de un patrício brillante, dinámico y ambicioso —dice el estadounidense—. Pero hasta ahora no ha dejado una huella profunda en el plano internacional.

—No ha bombardeado Vietnam, eso seguro —gruñe Althusser secándose la boca.

—Aunque ha intervenido en Zaire —dice BHL—, y encima ama Europa.

—Lo que nos vuelve a llevar a Polonia —dice Kristeva.

—Ah, no, no, lo de Polonia se acabó por hoy —dice Sollers aspirando de su boquilla.

—Sí, podríamos hablar de Timor Oriental, por ejemplo —dice Hélène—, para variar. No he oído al gobierno francés condenar las masacres cometidas por Indonesia.

—Lo creéis —dice Althusser, que pareceemerger de nuevo—, ¿no? Ciento treinta millones de habitantes, un enorme mercado y el valioso aliado de Estados Unidos en una región del mundo donde estos no tenían ninguno.

—Estaba delicioso —dice el estadounidense al acabar el pastel de cerezas.

—¿Otro coñac, señores? —pregunta Sollers.

La joven, que sigue haciendo piececitos con los huevos de BHL, pregunta de repente quién es ese Charlus del que todos hablan en Saint-Germain. Sollers sonríe: «Es el judío más interesante del mundo, querida... Un invertido, por lo demás...».

La canadiense dice que ella también con mucho gusto se bebería un coñac. El búlgaro le ofrece un cigarrillo que ella enciende con una vela. El gato de la casa viene a frotarse en las piernas de la china. Alguien trae a colación a Simone Veil, Hélène la detesta, inesperadamente Sollers la defiende. La pareja de estadounidenses piensa que Carter va a ganar otra vez. Althusser se pone a

coquetear con la china. Lacan enciende uno de sus famosos puros. Hablan un poco de fútbol y del joven Platini, sobre quien todo el mundo coincide en ver una promesa.

La velada toca a su fin. La amante de Lacan regresará con BHL. El lingüista búlgaro acompañará de nuevo a la feminista canadiense. La china volverá sola a su delegación. Sollers se dormirá soñando con la orgía que no pudo ser. Lacan, de pronto, suelta este comentario con un tono de fatiga infinita: «Es curioso cómo una mujer, cuando deja de ser una mujer, puede aplastar al hombre que tiene bajo su mano... Aplastar, sí, por su bien, evidentemente». Silencio embarazoso de los demás invitados. Sollers declara: «El rey es aquel que soporta la experiencia de la castración con mayor entereza».

40

Hay que aclarar esa historia de los dedos cortados y por eso Bayard decide hacer seguir al agente de policía que abatió al búlgaro en el Pont-Neuf. Pero como tiene la desagradable sensación de que la policía está infiltrada por un enemigo cuya identidad ignora, y a decir verdad incluso su naturaleza, no acude a la IGS, sino que le pide a Simon que se encargue de esa vigilancia. Como de costumbre, Simon protesta, pero esta vez cree tener una objeción válida: el policía del que se trata se cruzó con él en el Pont-Neuf, Simon estaba con los demás cuando Bayard se lanzó al agua y más tarde fueron vistos juntos, en plena discusión, cuando salió del río.

Si es por eso, que se disfraze.

¿De qué?

Que se corte el pelo y se vista como un estudiante pardillo.

Es demasiado, ha sido bastante conciliador hasta la fecha, pero para Simon esto es el colmo: está absolutamente fuera de lugar.

Bayard, que conoce la función pública, evoca el espinoso asunto de los traslados. ¿Qué piensa hacer el joven Simon (tampoco tan joven, ¿qué edad tiene?) cuando haya acabado su tesis? Se le podría encontrar una plaza en un colegio de Bobigny. O tal vez se le podría facilitar una titularidad en Vincennes.

Simon cree que las cosas no funcionan así en el sistema educativo nacional y que un enchufe de Giscard en persona (¡sobre todo de Giscard!) no serviría de nada para conseguir una plaza en Vincennes (¡la facultad de Deleuze, de Balibar!), pero no está completamente seguro. En cambio, de lo que no cabe duda es de que un traslado disciplinario sería más que probable. Así que se mete en una peluquería, manda que le corten el pelo y, de lo corto que está, casi se desmaya al ver el resultado, como si hasta entonces hubiera sido un extraño para sí mismo, alguien del que solo reconociera la cara pero no la identidad que se había construido sin darse cuenta, año tras año; además, deja que le compren traje y corbata a expensas del Ministerio del Interior. El traje, pese a su razonable precio, es bastante corriente, inevitablemente demasiado ancho en los hombros y demasiado corto en los tobillos, y Simon tiene que aprender a hacerse el nudo de la corbata y a procurar que la parte ancha y la parte estrecha se superpongan. Sin embargo, una vez acabada su metamorfosis, le sorprende experimentar delante del espejo, aparte del típico sentimiento de extrañeza mezclada con repulsión, una especie de curiosidad, de interés por su nueva imagen, la de él sin ser él, un él de otra vida, el que habría decidido trabajar en un banco o en una compañía de seguros, o en un organismo oficial, o en la diplomacia. Simon, instintivamente, se ajusta el nudo de la corbata y, por dentro de la chaqueta, tira de las mangas de la camisa. Está listo para cumplir con su misión: una parte de él, más sensible a las propuestas lúdicas de la existencia, elige disfrutar de esta pequeña aventura.

Espera delante del Quai des Orfèvres hasta que el policía de ausente falange termine su servicio mientras se fuma un Lucky Strike pagado por Francia, pues el lado bueno de este tipo de servicios obligatorios es el derecho a un justificante de gastos, razón por la que se ha guardado el recibo del estanco (tres francos).

Por fin el policía aparece, va de civil; empieza la vigilancia a pie. Simon sigue al hombre, que cruza el puente Saint-Michel y sube por el bulevar hasta el cruce con Saint-Germain, donde coge el autobús. Simon para un taxi y, pronunciando la extraña frase de «Siga a ese autobús», experimenta un sentimiento confuso, la sensación de estar en una película de género incierto. El conductor obedece sin hacer preguntas y, en cada parada, Simon se cerciora de que el policía de civil no se haya bajado. El hombre, de edad mediana, físico corriente, talla media, no se distingue particularmente entre la multitud, lo que obliga a Simon a estar atento. El autobús asciende por la rue Monge y el hombre se baja en Censier. Simon para el taxi. El hombre entra en un bar. Simon aguarda un minuto antes de seguirlo. En el interior, el hombre está sentado a una mesa al fondo del local. Simon se sienta cerca de la puerta y enseguida se da cuenta de que es un error, porque el hombre no deja de mirar en esa dirección. No lo hace porque se haya fijado en él, sino porque está esperando a alguien. Para no llamar la atención, Simon mira por la ventana. Contempla el baile de estudiantes que entran y salen del metro, se quedan parados fumando un cigarrillo o se agrupan, indecisos aún por lo que vaya a suceder, felices de estar juntos, impacientes por el futuro.

Pero, de pronto, no es a un estudiante a quien ve salir del metro, sino al búlgaro que trató de matarlo durante la persecución con el DS. Lleva el mismo traje arrugado y no ha considerado práctico afeitarse el bigote. Echa un vistazo alrededor en la plaza y luego se dirige hacia el bar. Cojea. Simon hunde las narices en el menú. El búlgaro empuja la puerta del café. Simon hace un movimiento instintivo hacia atrás pero el búlgaro pasa delante de él sin verlo y va hacia el fondo de la sala, donde se reúne con el policía.

Los dos hombres empiezan una conversación en voz baja. En ese inoportuno momento, el camarero va a ver a Simon. El aprendiz de detective pide un martini sin pensar. El búlgaro enciende un cigarrillo de una marca extranjera que Simon no reconoce. Simon también enciende un Lucky Strike, da una calada para calmar los nervios, convencido de que el búlgaro no lo ha visto ni nadie lo ha reconocido debajo del disfraz que lo protege. ¿O es al contrario y todo el café se ha fijado en su dobladillo demasiado corto, su chaqueta demasiado holgada y su sospechosa pinta de detective aficionado? No es nada difícil, piensa él, ver la dicotomía entre el envoltorio del que está ridículamente cubierto y la realidad profunda de su ser. Simon se siente asaltado por la atroz sensación, no desconocida pero ahora más intensa, de ser un impostor a punto de ser desenmascarado. Los dos hombres han pedido unas cervezas. En realidad, parece que ni ellos ni ninguno de los demás clientes se han percatado de la presencia de Simon, para su sorpresa. Entonces Simon se reestructura. Intenta escuchar la conversación concentrándose en las voces de los dos hombres, aislando las del conjunto de las de los otros clientes, como un ingeniero de sonido aislaría una pista entre diversos instrumentos de música. Cree oír «papel»..., «guion»..., «contacto»..., «estudiante»..., «servicio»..., «coche»... ¿No estará siendo víctima de un mecanismo de autosugestión, no estará oyendo lo que quiere oír, no estará reconstruyendo él mismo los elementos de su propio diálogo? Cree entender: «Sophia». Cree entender: «Logos Club».

En ese momento, siente una presencia, una forma que se ha deslizado delante de él, quizás la corriente de aire provocada por la puerta del café y de la que no se ha resguardado, pero oye el ruido de una silla que se mueve, gira la cabeza y ve a una joven que se sienta en su mesa.

Sonriente, rubia, pómulos altos y ceño fruncido. Ella le dice: «Usted estaba con el policía en la Salpêtrière, ¿no?». Simon siente de nuevo una náusea. Echa un vistazo furtivo al fondo del local, donde los dos hombres, absortos en su conversación, no han

podido oírla. Causando otro estremecimiento en él, ella añade: «Ese pobrrre señor Barthes». Entonces la reconoce, es la enfermera de las piernas largas, la que halló a Barthes desentubado el día en que Sollers, BHL y Kristeva fueron a montar su particular escándalo. Lo que más le sorprende es que lo haya reconocido, lo que rebaja otra vez su optimismo en lo tocante a la calidad de su disfraz. «Tenía tanta pena...»

El acento casi es imperceptible, pero Simon lo ha captado. «¿Es usted búlgara?» La joven adopta un aire de sorpresa. Posee unos grandes ojos marrones. No tiene aún veintidós años. «Pues no, ¿por qué? Soy rrrusa». Simon cree haber oído una risita burlona desde el fondo. Se arriesga a echar otro vistazo. Los dos hombres brindan. «Me llamo Anastasia».

Simon tiene las ideas un tanto confusas pero se pregunta qué hace una enfermera rusa en un hospital francés, en 1980, en una época en la que los soviéticos empiezan a distenderse pero no hasta el punto de abrir tanto sus fronteras. No sabía tampoco que los hospitales franceses contrataran en el Este.

Anastasia le cuenta su historia. Llegó a París cuando tenía ocho años. Su padre dirigía la agencia de Aeroflot en los Campos Elíseos. Lo habían autorizado a venir con su familia, y cuando Moscú lo reclamó para la sede central, pidió asilo político y se quedaron todos, incluida su madre y su hermano pequeño. Anastasia se ha convertido en enfermera, su hermano sigue todavía en el instituto.

Pide un té. Simon sigue sin saber qué es lo que pretende. Trata de calcular su edad a partir de la fecha de su llegada a Francia. Ella le dirige una sonrisa juvenil. «Le he visto por la ventana. He pensado que debía hablar con usted». Ruido de sillas al fondo de la sala. El búlgaro se levanta para ir a mear o a llamar por teléfono. Simon inclina la cabeza y se lleva la mano a la sien para ocultar su perfil. Anastasia moja su bolsita de té y Simon piensa automáticamente que hay algo grácil en el movimiento de muñeca de la joven. En el mostrador, se oye a un cliente comentar en voz alta la situación en Polonia, y a otro el partido de Platini contra

Holanda, y a otro la imbatibilidad de Borg en Roland Garros. Simon es consciente de que está perdiendo la concentración, la aparición de la joven le turba, su nerviosismo aumenta al cabo de unos minutos y ahora, sin saber por qué, tiene el himno soviético en la cabeza, con sus ruidosos platillos y sus coros del Ejército Rojo. El búlgaro sale del váter y regresa a su sitio.

«*Soiouz nerouchy myi respoublik svobodnykh...*»

Unos estudiantes entran y se juntan con unos amigos en una mesa animada. Anastasia le pregunta a Simon si es de la policía. Al principio, Simon protesta: ¡por supuesto que no es un poli! Pero, por alguna razón desconocida para él, explica que está ejerciendo un papel de, digamos, asesor del comisario Bayard.

«*Splotila naveki Velikaia Rous'*...»

En la mesa del fondo, el agente de policía dice «esta noche». Simon cree oír que el búlgaro le contesta con una frase corta en la que está la palabra «Cristo» dentro. Contempla la sonrisa de la joven y piensa que más allá de la tormenta está el sol radiante y la libertad.

Anastasia le pide que le hable de Barthes. Simon dice que era un hombre que amaba mucho a su madre y a Proust. Anastasia sabe quién es Proust, naturalmente. *Y el gran Lenin ha iluminado nuestro camino.* Anastasia dice que la familia de Barthes estaba inquieta porque habían desaparecido las llaves que llevaba consigo y querían cambiar las cerraduras, lo cual supondría más gastos. *Stalin nos ha inculcado, nos ha inspirado la fe en el pueblo.* Simon recita esa estrofa a Anastasia, pero esta le indica que después del informe de Jruschov, el himno fue modificado para suprimir la referencia a Stalin. (Aunque hubo que esperar a 1977 para hacerlo.) Qué importa, piensa Simon, *nuestro ejército ha salido fortalecido de los combates...* El búlgaro se levanta y se pone la chaqueta, se va a marchar. Simon duda si seguirlo. Pero, prudentemente, elige continuar con su misión. *Nuestras batallas decidirán el futuro del pueblo.* El búlgaro cruzó con él la mirada cuando quiso matarlo. El policía, no. Es menos peligroso, no cabe duda, y además ya sabe

que ese poli está mezclado en el asunto. Al salir, el búlgaro mira a Anastasia, que le ofrece su mejor sonrisa. Simon siente como si la muerte lo rozara, su cuerpo se tensa, baja la cabeza. A continuación, sale el policía. Anastasia le sonríe también. Simon piensa que es una mujer habituada a que la miren. Ve al policía subir de nuevo por la calle Monge y sabe que tiene que reaccionar rápido si no quiere perderlo; saca un billete de veinte francos para pagar el té y el martini y, sin esperar la vuelta (pero cogiendo el recibo), se lleva consigo a la enfermera agarrándola por el brazo. Ella parece un poco sorprendida, pero no se resiste. «*Partija Lenina, sila narodnaïa...*» Simon le sonríe a su vez, tiene ganas de tomar el aire y tiene un poco de prisa, ¿sería tan amable de acompañarlo? En su cabeza, acaba la estrofa: «... *Nas k torjestvou komounizma vediot!*». El padre de Simon es comunista, pero no cree necesario revelárselo a la joven, que parece divertirse, menos mal, con su comportamiento ligeramente excéntrico.

Caminan a una decena de metros detrás del policía. Ya se ha hecho de noche y refresca. Simon sigue agarrando a la enfermera por el brazo. Anastasia no da muestras de que eso le parezca ni extraño ni insolente. Le dice que a Barthes siempre lo rodeaba alguien, demasiados, según ella, siempre había gente que pretendía entrar en la habitación a toda costa. El policía tuerce hacia Mutualité. Le dice que el día del incidente, cuando se lo encontró en el suelo, las tres personas que fueron a montar todo aquel escándalo no dejaron de insultarla. El policía se mete por una pequeña calle a la altura del atrio de Notre-Dame. A Simon no se le va de la cabeza eso de la amistad de los pueblos. Le explica a Anastasia que Barthes era muy bueno para detectar los códigos simbólicos que rigen nuestros comportamientos. Anastasia asiente frunciendo el ceño. El policía se detiene delante de un gran pórtico de madera, más bajo que el nivel de la calzada. Cuando Simon y Anastasia llegan al lugar, él ha desaparecido en el interior. Simon se para. En ningún momento ha soltado el brazo de Anastasia. Como si se hubiera percatado de que la tensión va en aumento, la joven no

dice nada. Los dos miran dentro del portal, ven una escalera de piedra, una puerta de madera. Anastasia frunce el ceño.

Una pareja a la que Simon no ha oído llegar los sorteas, entra en el portal, baja unos peldaños y llama al timbre. La puerta se entreabre, un hombre sin edad, con tez muy pálida, cigarrillo en la boca y bufanda de lana al cuello, los mira y los deja pasar.

Simon se pregunta: «¿Qué haría yo si estuviera dentro de una novela?». Tocaría el timbre, evidentemente, y entraría con Anastasia del brazo.

Dentro habría un garito de juego clandestino, a cuya mesa estaría sentado el policía y lo desafiaría al póker mientras Anastasia, a su lado, daría sorbitos a un bloody mary. Se dirigiría al hombre con complicidad para preguntarle qué fue lo que le sucedió a su dedo. Y el hombre, con menos complicidad, le respondería, amenazador: «Un accidente de caza». En ese momento, Simon ganaría la partida con un *full* de ases y damas.

Pero la vida no es una novela y los dos siguen su camino como si nada. Al llegar al final de la calle, cuando se da la vuelta, ve a tres personas más que llaman a la puerta y entran. En cambio, no ve el Fuego abollado aparcado en la acera de enfrente. Anastasia vuelve otra vez a hablarle de Barthes: cuando estaba consciente, preguntó varias veces por su chaqueta, parecía rebuscar algo en su interior. ¿Tenía Simon alguna idea de qué podría tratarse? Simon, asumiendo que su misión ha terminado por esa noche, tiene la sensación de despertar de un sueño en ese momento. Se halla desconcertado frente a la joven enfermera. Balbucea que, tal vez, si ella está libre, podrían tomar un trago juntos. Anastasia sonríe (y Simon no alcanza a interpretar la verdad de esa sonrisa): ¿no es eso lo que acaban de hacer? Simon, lastimosamente, le propone tomar otro, en otra ocasión. Anastasia clava su mirada en la de él, sonríe otra vez pero como si quisiera superar su sonrisa habitual, y le dice simplemente: «Puede ser». Simon lo toma como una negativa y con razón, porque la joven lo abandona allí mismo repitiendo «puede serrr» sin darle su número de teléfono.

En la calle, a su espalda, los faros del Fuego se encienden.

41

«¡Acercaos, picos de oro, refinados oradores, retóricos de largo aliento! ¡Aposentaos en el antro de la locura y de la razón, en el teatro del pensamiento, en la academia de los sueños, en el liceo de la lógica! ¡Venid a escuchar el estrépito de las palabras, a admirar el entrelazado de los verbos y los adverbios, a saborear los circunloquios viperinos de los domadores de discursos! Hoy, en esta nueva sesión, el Logos Club os ofrece no uno ni dos combates digitales, ¡sino tres, sí, tres combates digitales, amigos míos! Y para aguzar vuestro apetito, sin más dilación, la primera justa enfrentará a dos oradores por la espinosa cuestión siguiente, categoría geopolítica: ¿será Afganistán el Vietnam de los soviéticos?

»¡Gloria al logos, queridos amigos! ¡Viva la dialéctica! ¡Que empiece la fiesta! ¡Que el verbo sea con vosotros!»

42

Tzvetan Todorov es un tipo flacucho y gafotas, vestido torpemente, que tiene una gran mata de pelo rizado. Es también un investigador de lingüística que vive en Francia desde hace veinte años, un discípulo de Barthes que ha trabajado sobre los géneros literarios (especialmente el fantástico) y un especialista en retórica y semiología.

Bayard ha venido a interrogarlo, por sugerencia de Simon, ya que es natural de Bulgaria.

Que haya crecido en un país totalitario parece haber desarrollado en él una fuerte conciencia humanista que se expresa incluso en sus teorías lingüísticas. Por ejemplo, él piensa que la retórica, en realidad, no puede realizarse más que en democracia, porque necesita un espacio de debate del que, por definición, las monarquías o las dictaduras carecen. Prueba de ello es que en la Roma imperial, y luego en la Europa feudal, la ciencia del discurso abandonó su finalidad persuasiva y dejó de focalizarse en la recepción del interlocutor para centrarse en el verbo en sí. Ya no se espera que el discurso sea eficaz sino sencillamente bello. Las cuestiones políticas han sido sustituidas por cuestiones puramente estéticas. Dicho de otro modo, la retórica se ha convertido en poética. (Es lo que se ha dado en llamar la *segunda retórica*.)

En un francés inmaculado pero con un acento aún muy pronunciado, le explica a Bayard que los servicios secretos búlgaros (el KDC), hasta donde él sabe, son muy activos y peligrosos. Se benefician del apoyo del KGB y están en condiciones de montar operaciones sofisticadas. Tal vez no la de asesinar al papa, pero como mínimo sí las de eliminar a individuos molestos, sin ninguna duda. Dicho esto, no acaba de entender por qué habrían de estar implicados en el accidente de Barthes. ¿Cómo podría interesarles un crítico literario francés? Barthes no estaba en política y nunca tuvo nada que ver con Bulgaria. Es cierto que había viajado a China, pero no se puede decir que hubiera vuelto hecho un maoísta, ni siquiera un antimaoísta. Ni Gide, ni Aragon. La cólera de Barthes, a su regreso de China, estaba dirigida esencialmente, como Todorov bien recuerda todavía, contra la calidad de la comida de Air France: había pensado hasta escribir un artículo al respecto.

Bayard sabe que Todorov está señalando la dificultad principal con la que se topa su investigación: el móvil. Pero también sabe que, a falta de informaciones adicionales, debe proceder con los elementos objetivos de que dispone —una pistola, un paraguas— y, aunque a priori no ve ninguna complejidad geopolítica en el

asesinato de Barthes, continúa interrogando al crítico búlgaro acerca de los servicios de su país de origen.

¿Quién los dirige? Certo coronel Emil Kristov. ¿Cuál es su reputación? No especialmente liberal, y menos aún la de estar versado en semiología. Bayard tiene la desagradable sensación de haberse metido en un callejón sin salida. Después de todo, si los dos asesinos hubieran sido marseleses, yugoslavos o marroquíes, ¿qué habría deducido de ello? Sin saberlo, Bayard ya piensa de manera estructuralista: se pregunta si la variable búlgara es un criterio pertinente. Hace inventario mentalmente de los otros indicios de que dispone y que todavía no ha explotado. Para mayor tranquilidad, pregunta:

—¿El nombre de Sophia le dice algo?

—Sí, es la ciudad donde he nacido.

Sofía.

Hay, por consiguiente, una pista búlgara.

En ese instante, aparece una bella joven pelirroja vestida con bata y cruza la habitación saludando discretamente a la visita. Bayard cree distinguir un acento inglés. Piensa que este gafotas intelectualoide es de los que saben cómo divertirse. Percibe maquinalmente la callada connivencia erótica que une a la aparición anglófona con el crítico búlgaro, signo de una relación que él, más como un reflejo profesional que como algo preocupante, estima incipiente, adultera, o las dos cosas.

Seguidamente, le pregunta a Todorov si «*eco*», la última palabra que pronunció Hamed, le evoca alguna cosa. Entonces el búlgaro le responde: «Claro, ¿tiene usted noticias suyas?».

Bayard no comprende.

—Umberto. ¿Está bien?

Louis Althusser sostiene en la mano la valiosa hoja de papel. La disciplina del Partido en la que ha sido formado, su temperamento de buen alumno y sus años de dócil prisionero de guerra lo conminan a no leer el misterioso documento. Al mismo tiempo, su individualismo poco comunista, su debilidad por los tapujos y su propensión histórica a hacer trampas lo empujan a desdoblar la hoja. Si lo hiciera, él, que ignora pero sospecha lo que contiene, inscribiría ese gesto en su ya larga cadena de engaños, inaugurada por un 17/20 dishonestamente adquirido en una disertación filosófica en el curso preparatorio de estudios superiores (episodio lo suficientemente fundacional en su mitología personal de impostor como para que lo tenga siempre presente). Pero tiene miedo. Sabe de lo que los otros son capaces. Prudentemente (cobardemente, según él) decide no leer la hoja.

Entonces ¿dónde esconderla? Mira la acumulación caótica que se amontona en su escritorio y piensa en Poe: mete el documento en un sobre abierto que contenía una publicidad cualquiera, pongamos de una pizzería del barrio, o tal vez de un banco, no recuerdo qué tipo de publicidad se metía en los buzones en aquella época, el caso es que deja ese sobre bien visible encima de su escritorio, en medio de todo un revoltijo de manuscritos, de estudios en marcha y de borradores más o menos consagrados a Marx, al marxismo y, especialmente, con el fin de sacar las consecuencias «prácticas» de su reciente «autocrítica antiteórica», a la relación material aleatoria entre, por una parte, los «movimientos populares» y, por otra, las ideologías que se han atribuido o de las que se han investido. Aquí, su carta estará en lugar seguro. Hay también algunos libros, Maquiavelo, Spinoza, Raymond Aron, André Glucksmann... Estos parecen haber sido leídos, lo que no es el caso (como corresponde al cuadro de su neurosis de impostor pacientemente construido estante por estante) de la mayor parte de los miles de libros que adornan sus estanterías: Platón (leído, qué menos), Kant (no leído), Hegel (hojeado), Heidegger (recorrido), Marx (leído el tomo I de *El Capital* pero no el tomo II), etcétera.

Oye la llave en la puerta. Es Hélène, que vuelve.

44

«¿De qué se trata?»

El guardia de seguridad se parece a todos los guardias de seguridad del mundo, salvo en que lleva una bufanda de lana gruesa y es blanco, sin edad definida, piel grisácea, colilla en la boca y una mirada, no ya de esas inexpresivas que te traspasan como si tú no estuvieras delante de él, sino malévola y como procurando leer dentro de tu alma. Bayard sabe que no puede mostrarle su placa porque ha de mantener el incógnito para poder asistir a lo que está teniendo lugar detrás de esa puerta, así que se dispone a inventar una mentira piadosa, pero Simon, movido por una súbita inspiración, se le adelanta y dice: «Ella sabe».

La madera rechina, la puerta se abre, el guardia de seguridad se aparta y, con un gesto ambiguo, los invita a entrar. Penetran en una cava abovedada que huele a piedra húmeda, a sudor y a humo de cigarrillo. La sala está llena como en los conciertos, pero la gente no ha venido a escuchar a Boris Vian y las paredes no guardan memoria de los acordes de jazz que hicieron rebotar antaño. En su lugar, por encima de la algarabía difusa de las conversaciones previas al espectáculo, una voz declama con tono de titiritero:

«¡Bienvenidos al Logos Club, queridos amigos, venid a argumentar, venid a deliberar, venid a celebrar y sancionar la belleza del Verbo! ¡Oh, verbo que arrebatas los corazones y ordenas el universo! ¡Venid a asistir al espectáculo de los litigantes que van a disputarse la supremacía oratoria para vuestro mayor deleite!».

Bayard interroga a Simon con la mirada. Simon le sopla al oído que ese no era el comienzo de la frase que había murmurado Barthes, pero sí las iniciales: «LC», es decir, «Logos Club». Bayard

pone cara de estar impresionado. Simon se encoge de hombros modestamente. La voz continúa calentando la sala:

«¡Qué bonito es mi zeugma! ¡Qué bella mi asíndeton! Pero hay que pagar un precio. Esta noche, encima, vais a conocer el precio del lenguaje. Pues tal es nuestra divisa, así debería ser la ley sobre la tierra: ¡Nadie habla impunemente! En el Logos Club tenemos pelos en la lengua, ¿a que sí, queridos míos?».

Bayard aborda a un viejo con cabello blanco al que le faltan dos falanges de la mano derecha. Con un tono de voz lo menos profesional posible, pero tampoco turístico, le pregunta: «¿Qué ocurre aquí?». El viejo lo mira sin hostilidad.

—¿Es la primera vez? Entonces le aconsejo que se limite a observar. No se precipite en inscribirse. Tómese el tiempo que quiera para aprender. Escuche, aprenda, progrese.

—¿Inscribirme?

—Siempre puede entablar un combate amistoso, claro está, eso no compromete a nada, pero si nunca ha visto una sesión, más vale que se quede como espectador. La impresión que deje usted en su primer combate pondrá las bases de su reputación, y la reputación es un elemento importante: es su *ethos*.

Da una calada a su cigarrillo cogido entre los dedos mutilados mientras el maestro de ceremonias, invisible, oculto en algún rincón sombrío bajo las bóvedas de piedra, continúa hasta desgañitarse: «*JGloria al gran Protágoras! ¡Gloria a Cicerón! ¡Gloria al Águila de Meaux!*». Bayard le pregunta a Simon quiénes son esos nombres. Simon le dice que el Águila de Meaux es Bossuet. Bayard vuelve a tener ganas de abofetearlo.

«¡Masticad guijarros como Demóstenes! ¡Viva Pericles! ¡Viva Churchill! ¡Viva De Gaulle! ¡Viva Jesús! ¡Viva Danton y Robespierre! ¿Por qué mataron a Jaurès?» Salvo a los dos primeros, Bayard los conoce a todos.

Simon pregunta al viejo en qué consisten las reglas del juego. Este se las explica: todos los combates son duelos, se saca un tema, siempre a partir de una pregunta cerrada a la que se puede

responder sí o no, o bien una cuestión del tipo «a favor o en contra», de modo que los dos adversarios puedan defender posiciones antagónicas.

«¡Tertuliano, Agustín, Maximiliano con nosotros!», grita la voz.

La primera parte de la velada está integrada por diversos combates amistosos. Los verdaderos combates vienen al final. Por lo general, siempre hay uno, a veces dos, tres es bastante raro pero puede ocurrir. En teoría, no hay un límite para el número de combates oficiales, ya que, por razones aparentemente evidentes que el viejo cree innecesario precisar, los voluntarios no abundan.

«¡Disputatio in utramque partem! ¡Que el debate comience! Y aquí tenemos a dos espléndidos parladores, que van a enfrentarse sobre esta reconfortante pregunta: ¿es fascista Giscard?»

Gritos y silbidos en la sala. «¡Que los dioses de la antítesis os asistan!».

Un hombre y una mujer ocupan su lugar en el estrado, cada uno detrás de un atril, cara al público, y se ponen a tomar unas notas. El viejo les explica a Bayard y a Herzog lo que sucede: «Tienen cinco minutos para prepararse, luego hacen una presentación en la que exponen su punto de vista y las grandes líneas de su argumentario, a continuación entablan la disputa. La duración del encuentro es variable y, como en el boxeo, los jueces pueden tocar la campana y dar por acabado el combate en cualquier momento. El que hable primero tiene una ventaja porque elige la posición que va a defender. El otro se ve obligado a adaptarse y a defender la posición contraria. En los combates amistosos en los que se enfrentan adversarios del mismo nivel, se saca a suertes quién será el primero en comenzar. Pero en los combates homologados, que ponen frente a frente a adversarios de niveles diferentes, empieza el que tenga el grado menor. Como han podido ver ustedes, ya ha salido el tema de este de hoy, y es un encuentro de nivel 1. Los dos son *parladores*. Es el grado más bajo en la jerarquía del Logos Club. Soldados rasos, en definitiva. Por encima están los *retóricos*, y luego los *oradores*, los *dialécticos*, los *peripatéticos*, los *tribunos* y, en lo más

alto, los *sofistas*. Pero aquí, raramente se pasa del nivel 3. Dicen que los sofistas apenas son una decena y que tienen nombres en clave. A partir del nivel 5 todo está muy compartimentado. Hay incluso quien dice que los sofistas no existen, que se ha inventado ese nivel 7 para dar a los miembros del club una especie de meta inaccesible para que fantaseen con una idea de perfección inalcanzable. Yo personalmente estoy seguro de que existen. En mi opinión, De Gaulle era uno de ellos. Tal vez fuera el gran Protágoras reencarnado. Se dice que el presidente del Logos Club se hace llamar como él. Yo soy un retórico, he sido orador durante un año, pero no aguanté». Levanta su mano mutilada. «Y eso me costó caro».

La justa comienza, hay que guardar silencio, y Simon no puede preguntarle al viejo lo que se entiende por un «combate de verdad». Observa al público: mayoritariamente masculino, representa a todas las edades y a todas las tipologías. Si el club es elitista, la selección no parece que se haga sobre criterios financieros.

Resuena la voz bien timbrada del primer contrincante. Explica que, en Francia, el primer ministro es un fantoche; que el artículo 49-3 mutila al Parlamento, que no tiene ningún poder; que De Gaulle era un amable monarca en comparación con un Giscard, que acapara todos los poderes, incluido el de la prensa; que Brézhnev, Kim Il-sung, Honecker y Ceausescu al menos tienen que rendir cuentas ante su Partido; que el presidente de Estados Unidos posee mucho menos poder que el nuestro y que si el presidente de México no es reelegible, el nuestro sí.

Enfrente, la contrincante es bastante joven. Responde que basta con leer los periódicos para comprobar que no estamos en una dictadura (incluso cuando *Le Monde* titula, como ha hecho esta misma semana, al hablar del gobierno, «Por qué se ha fracasado en tantos aspectos», no es esta la censura más severa que hemos conocido...), y prueba de ello son los eructos de Marchais, Chirac, Mitterrand, etcétera. Para ser una dictadura, la libertad de expresión se mantiene muy bien a flote. Y ya que se ha citado a De Gaulle,

recordemos lo que se decía de él: De Gaulle, fascista. La V.^a República, fascista. La Constitución, fascista. *El Golpe de Estado permanente*, etcétera. He aquí su perorata: «Decir que Giscard es fascista es un insulto a la Historia; es escupir contra las víctimas de Mussolini y de Hitler. Id a preguntarles a los españoles lo que piensan de ello. ¡Id a preguntarle a Jorge Semprún si Giscard es como Franco! ¡Debería avergonzarse la retórica cuando traiciona a la memoria!». Aplausos intensos. Después de una breve deliberación, los jueces declaran ganadora a la joven contrincante. Encantada, estrecha la mano de su adversario y se dobla con una pequeña reverencia ante el público.

Las justas se suceden, los candidatos son más o menos afortunados, el público aplaude o abuchea, se silba, se grita, y por fin se llega al clímax de la velada, a la «justa digital».

Tema: *Lo escrito contra lo oral*.

El viejo se frota las manos: «¡Ah! ¡Un metatema! El lenguaje que habla del lenguaje, no hay nada más bello. Lo adoro. Miren, el nivel está puesto en el cartel: es un joven retórico que desafía a un orador para ocupar su plaza. Por tanto, le toca a él empezar. Me pregunto qué punto de vista va a escoger. A menudo, una tesis es más difícil que la otra, pero por eso mismo puede interesar optar por ella para impresionar al jurado y al público. Por el contrario, las posiciones más evidentes pueden ser menos rentables porque se corre el riesgo de no brillar en la argumentación, enunciar banalidades y hacer que el discurso sea menos espectacular...».

El viejo se calla, van a comenzar, todo el mundo escucha en un silencio febril, el aspirante a orador toma la palabra con decisión:

«Las religiones del Libro han forjado nuestras sociedades y hemos sacralizado los textos: Tablas de la Ley, diez mandamientos, rollos de la Torá, Biblia, Corán, etcétera. Hacía falta que todo eso se grabase para que fuese válido. Yo lo llamo fetichismo. Yo lo llamo superstición. Yo lo llamo dogmatismo.

»No soy yo quien afirma la superioridad de lo oral sino el que nos ha hecho tal como somos, oh, pensadores, oh, retóricos, el padre de

la dialéctica, el ancestro de todos nosotros, el hombre que, sin jamás haber escrito un libro, sentó las bases de todo el pensamiento occidental.

»¡Recordad! Estamos en Egipto, en Tebas, y el rey pregunta: ¿para qué sirve la escritura? Y el dios le responde: es el último antídoto contra la ignorancia. Y el rey replica: ¡al contrario!, ese arte causará el olvido en el alma de quienes lo aprendan porque dejarán de ejercitarse su memoria. La rememoración no es la memoria y el libro solo es un recordatorio. No da el conocimiento, no da la comprensión, no da la maestría.

»¿Por qué los estudiantes habrían de tener necesidad de profesores, si todo se aprendiera en los libros? ¿Por qué necesitan que se les explique lo que está escrito en los libros? ¿Por qué hay escuelas y no solo bibliotecas? Pues porque nunca bastará solo con lo escrito. Todo pensamiento está vivo a condición de que sea cambiante, si está coagulado está muerto. Sócrates compara la escritura a la pintura: los seres que engendra la pintura se sostienen como si estuvieran vivos; pero si los interrogamos, permanecen quietos con una pose solemne y guardan silencio. Lo mismo sucede con los escritos. Podría parecer que hablan, pero si los interrogamos, porque deseamos comprender lo que dicen, repetirán siempre lo mismo, al pie de la letra.

»El lenguaje sirve para producir un mensaje, que no cobra sentido más que en la medida en que tiene un destinatario. En este momento en que os estoy hablando, sois la razón de ser de mi discurso. Solo los locos hablan en el desierto. Tomamos por loco a quien se habla a sí mismo. Pero un texto, ¿a quién habla? ¡A todo el mundo! Es decir, a nadie. Cuando ha sido definitivamente escrito, cada discurso pasa indistintamente al lado de quienes son expertos en él como al lado de quienes lo desconocen todo al respecto, sin que se sepa realmente a quién debe o no debe ir dirigido. Un texto que no tiene destinatario concreto es una garantía de imprecisión, de frases vagas e impersonales. ¿Cómo es posible que un mensaje valga para todo el mundo? Incluso una carta es inferior a cualquier

conversación: está escrita en un contexto determinado y es recibida en otro contexto muy distinto. Además, al mediar el tiempo, la situación de su autor y la de su destinatario han cambiado. Queda, pues, obsoleta, iba dirigida a alguien que ya no existe, y su autor tampoco existe como tal, desaparecido en el pozo del tiempo en cuanto se le pone un sello al sobre.

»Por tanto, es evidente: lo escrito es la muerte. El lugar de los textos está en los manuales escolares. La única verdad reside en las metamorfosis del discurso, y solo lo oral es lo suficientemente reactivo como para rendir cuentas a velocidad real del devenir eterno del pensamiento en marcha. Lo oral es la vida: yo mismo lo estoy demostrando, lo estamos demostrando todos juntos hoy, al hablar y al escuchar, al debatir, al discutir, al contestar, al crear juntos el pensamiento vivo, al comunicar la palabra y la idea, animados por las fuerzas de la dialéctica, vibrando con esta vibración sonora que se llama la palabra y de la cual lo escrito no es, en resumidas cuentas, más que un pálido símbolo: lo que la partitura es a la música, nada más. Acabaré con una última cita de Sócrates, porque hablo bajo su alta advocación: “Tener cara de sabio no es lo mismo que ser sabio”, justamente esto es lo que produce la escritura. Gracias por vuestra atención».

Aplausos cerrados. El viejo está encantado. «Ja, ja, ja. Se conoce bien a los clásicos, el chaval. Su apuesta es sólida. ¡Sócrates, un tío que jamás ha escrito un libro, un valor seguro, entre nosotros! Es alguien así como el Elvis de la retórica, ja, ja, ja. En fin, tácticamente, ha ido a lo seguro, porque defender lo oral aquí es legitimar la actividad del Club, evidentemente: ¡la puesta en abismo! Ahora le toca responder al otro. Tiene que encontrar también un argumento sólido en el que apoyarse. Yo lo haría a lo Derrida: desmontar la trickeyuela del contexto, explicar que una conversación no está más personalizada que un texto o que una carta, porque nadie, cuando habla, o cuando escucha, sabe nunca de verdad quién es él y quién es su interlocutor. Nunca hay contexto, es un engañabobos, el contexto no existe: ¡ese es el

rumbo! En todo caso, este sería mi eje de refutación. Hay que demoler ese hermoso edificio y cuanto antes, caramba, basta con ser preciso: la superioridad de lo escrito, todo un tema a desarrollar, como pueden ver, es bastante técnico, sí, pero nada del otro mundo. ¿Yo? Sí, asistí a clases nocturnas en la Sorbona. Era cartero. ¡Ah! ¡Shss! ¡Venga, chaval, demuéstranos que te mereces el nivel que tienes!»

Toda la sala chista para guardar silencio cuando el orador, un hombre de más edad que el anterior, encanecido, más pausado, menos brioso en su lenguaje corporal, toma la palabra. Mira al público, a su adversario, al jurado, y dice solo, alzando el índice:

«De Platón».

Luego se calla un largo rato, el suficiente como para producir la incomodidad que siempre va emparejada al silencio duradero. Y cuando siente que el público empieza a preguntarse por qué consume de esa manera unos preciosos segundos de su turno de palabra, prosigue:

«Mi honorable adversario ha atribuido su cita a Sócrates, pero la habréis corregido por vosotros mismos, supongo».

Todos en blanco.

«Él quería decir de Platón. Sin cuyos escritos hoy no tendríamos la menor idea ni de Sócrates, ni de su pensamiento, ni de su magnífica apología de lo oral en *Fedro*, que mi honorable contrincante nos ha repetido casi en su totalidad».

Todos en blanco.

«Gracias por vuestra atención». Y se sienta de nuevo.

Toda la sala se vuelve hacia su adversario. Puede, si lo desea, tomar otra vez la palabra y entablar la disputa, pero, lívido, no dice nada. No necesita esperar el veredicto de los tres jueces para saber que ha perdido.

Lentamente, valientemente, el joven se acerca y pone la palma de la mano encima de la mesa de los jueces. Toda la sala contiene el aliento. Los que fuman pegan caladas ávidas a sus cigarrillos. Cada cual cree oír el eco de su propia respiración.

El hombre sentado en el medio levanta una tajadera y le corta el meñique de un golpe seco.

El joven no lanza un grito pero se dobla por la mitad. Enseguida acuden a cuidar de él y a vendarlo en un silencio sepulcral. Recogen el dedo cortado como si nada, pero Simon no llega a ver si lo tiran o lo guardan en alguna parte para exponerlo en un frasquito con una etiqueta en la que pongan la fecha y el tema.

La voz suena de nuevo: «*¡Un tributo a los justadores!*». El público salmodia: «Tributo a los justadores».

En el silencio de la cava, el viejo les explica en voz baja: «Por lo general, cuando uno pierde, se deja pasar un poco de tiempo antes de que vuelva a probar suerte. Es un buen sistema, se evita así a los competidores compulsivos».

45

En esta historia hay un punto ciego que es también el punto de partida: el almuerzo de Barthes con Mitterrand. Es la gran escena que no tendrá lugar. Pero sin embargo lo tuvo... Jacques Bayard y Simon Herzog ni saben ni sabrán jamás lo que ocurrió aquel día y lo que allí se dijo. Apenas podrán tener acceso a la lista de invitados. Pero quizá yo sí pueda... Al fin y al cabo, todo es cuestión de método, y yo sé cómo proceder: interrogar a los testigos, atar cabos, descartar los testimonios frágiles, confrontar los recuerdos tendenciosos con la realidad de la Historia. Y luego, en caso de necesidad... Ya saben ustedes. Algo más se puede hacer con aquel día. No se ha contado todo de ese 25 de febrero de 1980. Privilegio de la novela: para ella, nunca es demasiado tarde.

46

«En efecto, lo que necesita París es una Ópera».

Barthes querría estar en otra parte, tiene muchas cosas mejores que hacer que escuchar estas tonterías mundanas, se arrepiente de haber aceptado ir a ese almuerzo, y encima va a ser el hazmerreír de sus amigos de izquierdas, aunque al menos uno, Deleuze, estará contento. Foucault, por supuesto, lo abrumará con sus burlas despreciativas y se las ingeniará para no parar de repetirlas.

«La ficción árabe no duda en cuestionar sus propias fronteras, quiere salir del marco clásico, romper con la novela de tesis...»

Es el precio a pagar, claro, por haber comido con Giscard, ¿verdad? «Un gran burgués muy logrado», sí, en efecto, pero, bueno, estos tampoco están mal... En fin, cuando el vino está abierto, hay que beberlo. Además, está bueno este blanco. ¿Qué es? Yo diría que un chardonnay.

«¿Ha leído lo último de Moravia? Me gusta mucho Leonardo Sciascia. ¿Lee usted italiano?»

¿Qué los distingue? Nada, a priori.

«¿Y Bergman, le gusta?»

Mira su manera de estar, de hablar, de vestirse... No hay la menor duda de que son *habitus* de derechas, como diría Bourdieu.

«Ningún artista más que Miguel Ángel, con excepción quizá de Picasso, puede reivindicar semejante fortuna crítica. Sin embargo, nunca se ha dicho nada sobre la dimensión democrática de su obra».

¿Y yo? ¿Acaso tengo yo *habitus* de derechas? No es suficiente con ir desarreglado para escapar de eso. Barthes palpa el respaldo de su silla para cerciorarse de que su vieja chaqueta sigue ahí. Tranquilo. Nadie va a robarte. ¡Ja, ja, ja! Ya piensas como un burgués.

«En materia de modernidad, Giscard sueña con una Francia feudal. Ya veremos si los franceses buscan un amo o un guía».

Litiga cuando habla. Se nota que es abogado. Se siente a gusto en la cocina.

«¡Pues eso está al caer! Y, dígame, querido amigo, ¿sobre qué está trabajando ahora?»

Sobre las palabras. Sonreír. Poner cara de prestar atención. No vale la pena entrar en los detalles. Un poco de Proust, eso siempre gusta.

«No se lo va a creer, pero tengo una tía que conoció a los Guermantes». La joven actriz tiene chispa. Muy francesa.

Me siento cansado. Lo que habría querido de verdad es seguir por un camino antirretórico. Pero ahora es demasiado tarde. Barthes suspira tristemente. Detesta aburrirse y, sin embargo, le ofrecen múltiples ocasiones para ello que acepta sin saber muy bien por qué. Pero hoy es un poco diferente. No es como si no tuviera nada mejor que hacer.

«Soy bastante amigo de Michel Tournier, no es tan salvaje como se le imagina, ja, ja, ja».

Ah, vaya, pescado. De ahí el blanco.

«¡Venga a sentarse, “Jacques”! ¡No irá a pasarse toda la comida en la cocina!»

En la cocina: traicionado por una preposición... El joven de rizos con cara de chivo acaba de servir el plato que ha guisado y viene a reunirse con nosotros. Se apoya en el respaldo de la silla de Barthes antes de tomar asiento a su lado.

«Es una *cotriade*: una mezcla de pescados, salmonete, pescadilla, lenguado, caballa, con crustáceos y verduras, sazonados con una vinagreta, y he añadido un poco de curry con una pizca de estragón. ¡Que aproveche!»

Pues sí, está bueno. Es elegante y al mismo tiempo popular. Barthes ha escrito muchas veces sobre alimentación: el bistec con patatas fritas, el bocadillo de jamón, la leche y el vino... Pero esto de ahora es otra cosa, evidentemente. Quiere pasar por algo sencillo, pero está cocinado. Es preciso que se sienta que ha habido un esfuerzo, un cuidado, un amor en la elaboración. Y, como

siempre, una demostración de fuerza. Ya había teorizado sobre ello en su libro sobre Japón: *La comida occidental, acumulada, dignificada, hinchada hasta lo majestuoso, ligada a cualquier operación de prestigio, se orienta siempre hacia lo grueso, lo grande, lo abundante, lo copioso; la oriental sigue el movimiento inverso, se expande hacia lo infinitesimal: el futuro del pepino no es su amontonamiento o su condensación, sino su división.*

«Es un guiso de pescadores bretones: se cocinaba a bordo con agua de mar. La vinagreta servía para contrarrestar el efecto sediento de la sal».

Recuerdos de Tokio... *Los palillos, para dividir, separan, alejan, rodean, en lugar de cortar y pinchar a la manera de nuestros cubiertos; jamás violentan el alimento...*

Barthes se deja llenar el vaso y, mientras que alrededor de la mesa los invitados comen en un silencio un poco intimidado, observa a ese hombrecillo de labios duros que absorbe sus bocados de pescadilla con una ligera succión sonora que una buena educación burguesa ha debido calibrar escrupulosamente para situaciones semejantes.

«He declarado que el poder es la propiedad. Y no es del todo falso, por supuesto».

Mitterrand posa su cuchara. El auditorio silencioso deja de comer para demostrarle que se va a concentrar en sus palabras.

Si la cocina japonesa se hace siempre delante de quien va a comer (sello fundamental de esta cocina) es porque quizá importa consagrarse a través del espectáculo la muerte de lo que se honra...

Diríase que tienen miedo de hacer ruido, como en el teatro.

«Pero no es verdad. Ustedes lo saben mejor que yo, ¿no es así?»

Ningún plato japonés está provisto de un centro (centro alimentario constituido entre nosotros por el rito de ordenar la comida, rodear o encorsetar los manjares); todo en ella es ornamento de otro ornamento: en primer lugar, porque sobre la

mesa, sobre el plato, la comida siempre es una colección de fragmentos...

«El verdadero poder es el lenguaje».

Mitterrand sonríe, su voz ha cobrado una inflexión zalamera que Barthes no sospechaba y entiende que se está dirigiendo a él. Adiós, Tokio. Ha llegado el momento que se temía (pero que sabía inevitable), en el que debe dar la réplica y representar lo que se espera de él, su papel de semiólogo, o al menos de intelectual difusamente especializado en el lenguaje. En la confianza de que se considere su laconismo como profundidad, dice: «Sobre todo en un régimen democrático».

Mitterrand, sin dejar de sonreír, suelta a cambio un «¿De verdad?» que es difícil determinar si se trata de una demanda de explicación, de un asentimiento educado o de una discreta objeción. El joven con cara de chivo, que es explícitamente responsable del encuentro, cree conveniente intervenir en la incipiente conversación que acaba de empezar, por temor quizá a que muera antes de nacer: «Como decía Goebbels, “cuando oigo la palabra *cultura*, echo mano a mi revólver”...». Barthes no tiene tiempo de asimilar el significado de la cita en ese contexto, porque ya Mitterrand rectifica secamente: «No, era Baldur von Schirach». Silencio embarazoso de los invitados a la mesa. «Tendrían ustedes que perdonar al señor Lang, aunque nació con la guerra, es demasiado joven para acordarse de ella. ¿No es así, “Jacques”?» Mitterrand frunce los ojos como un japonés. Pronuncia «Jack» a la francesa. ¿Por qué Barthes, en ese momento, tiene la impresión de que se está jugando a algo entre él y ese hombrecillo de mirada penetrante? Como si ese almuerzo se hubiera organizado solo para él, como si los demás invitados no estuvieran allí más que para dar el pego, meros señuelos, o peor, unos cómplices. Sin embargo, no es el primer almuerzo cultural organizado para Mitterrand: le montan uno al mes. ¿No serán también los otros para dar el pego?, piensa Barthes.

Crean oír que fuera, por la rue des Blancs-Manteaux, pasa un carruaje.

Barthes se autoanaliza rápidamente: vistas las circunstancias y el documento que lleva doblado en el bolsillo interior de su chaqueta, parece lógico pensar que está siendo víctima de grandes dosis de paranoia. Opta por tomar la palabra, en parte por sacar del apuro al joven de rizos castaños, que no deja de sonreír pese a estar contrariado: «Las grandes épocas de la retórica corresponden siempre a las de las repúblicas, ateniense, romana, francesa... Sócrates, Cicerón, Robespierre... Elocuencias ciertamente muy distintas, ligadas a épocas distintas, pero todas se han extendido como un bordado sobre el tapiz democrático». Mitterrand se muestra interesado, pero objeta: «Ya que nuestro amigo "Jacques" ha creído a bien invitar a la guerra a nuestra conversación, le recordaré que Hitler era un gran orador». Y agrega, sin dar a sus interlocutores ningún signo de ironía al que poder agarrarse: «De Gaulle también. A su manera».

Puestos a jugar a ese juego, Barthes pregunta: «¿Y Giscard?».

Mitterrand, como si lo estuviera esperando desde el principio, como si esos preliminares no hubieran tenido otra finalidad que conducir la conversación hacia exactamente ese punto, se inclina hacia atrás en su silla: «Giscard es un buen técnico. Su mayor fuerza estriba en el conocimiento justo que tiene de sí mismo, de sus medios y de sus debilidades. Sabe que es de corto aliento, pero su frase se adapta exactamente al ritmo. Sujeto, verbo y complemento. Punto, pero no coma. Si no, se adentraría por lo desconocido». Hace una pausa para que por fin se expandan las sonrisas complacientes en las caras de los invitados antes de proseguir: «Ningún nexo necesario, tampoco, entre dos frases. Cada una es autosuficiente, a la par que plana y lisa como un huevo. Un huevo, dos huevos, tres huevos, toda una puesta de huevos, regular como un metrónomo». Animado por las risas sofocadas que recibe en torno a la mesa, Mitterrand se calienta: «¡Un bello mecanismo! Conocí una vez a un melómano que le atribuía más genio a su metrónomo que a Beethoven...

Naturalmente, el espectáculo es fascinante. Y encima pedagógico. Todo el mundo entiende que un huevo es un huevo, ¿no?».

Jack Lang, atento a su trabajo de mediador cultural, interviene: «Es exactamente lo que el señor Barthes denuncia en su obra: los estragos de la tautología».

Barthes confirma: «Sí, es decir..., la falsa demostración por excelencia, la ecuación inútil, A = A, “Racine es Racine”, es el grado cero del pensamiento».

Mitterrand, feliz de esa convergencia de puntos de vista teóricos, no pierde el hilo de su discurso: «Eso es, exactamente eso. “Polonia es Polonia, Francia es Francia”». Adopta un tono falsamente quejumbroso: «¡Ve tú, después de eso, a explicar lo contrario! Quiero decir con ello que Giscard posee, en grado inaudito, el arte de enunciar las evidencias».

Barthes, conciliador, abunda: «Una evidencia no se demuestra. Se vacía».

Mitterrand repite, triunfante: «No, una evidencia no se demuestra». En ese momento, se escucha una voz desde la otra punta de la mesa: «Parece, sin embargo, *evidente*, prosiguiendo con su demostración, que a usted no se le puede escapar la victoria. Los franceses no son tan lerdos. No se dejarán atrapar dos veces por ese impostor».

Ha tomado la palabra un joven calvo con una boca que parece el culo de un pollo, un poco a lo Giscard, y que, al contrario que el resto de invitados, no se muestra muy impresionado por el hombrecillo. Mitterrand se vuelve maliciosamente hacia él: «¡Sé muy bien lo que está pensando, Laurent! Usted cree, como la mayor parte de nuestros contemporáneos, que no hay demostrador más deslumbrante que él».

Laurent Fabius protesta con una mueca desdeñosa: «Yo no he dicho eso...».

Mitterrand, agresivo: «¡Sí, sí! ¡Qué buen telespectador es usted! ¡Giscard da tan bien en televisión porque hay muchos telespectadores tan buenos como usted!».

El joven calvo no rechista, Mitterrand se besa a sí mismo: «Reconozco que explica admirablemente las cosas que no le afectan. ¿Que suben los precios en septiembre? ¡Diantres, es el buey! (Barthes repara en que Mitterrand dice "diantres".) Si es en octubre, es por el melón. En noviembre, por el gas, la electricidad, el ferrocarril y los alquileres. ¿Así, cómo quieren ustedes que los precios no suban? Está clarísimo». Su rostro se agrieta por un mal rictus, su voz se vela: «Es admirable cómo se accede tan fácilmente a los misterios de la economía, cómo se penetra de la mano de ese guía tan sabio por los arcanos de las altas finanzas». Y entonces grita: «¡Eh, que es el buey! ¡El odioso melón! ¡El alquiler traicionero! ¡Viva Giscard!».

Los invitados se quedan de piedra, pero Fabius responde, encendiendo un cigarrillo: «Exagera usted».

El rictus de Mitterrand vuelve a su aspecto zalamero y, con un timbre más normal y sin que se sepa si responde al joven calvo o desea tranquilizar al grupo de invitados, dice: «Por supuesto, estaba bromeando. Aunque no del todo. Rindámonos a la evidencia: es preciso tener una inteligencia admirable para convencer a los demás de que gobernar consiste en no ser responsable de nada».

Jack Lang se escabulle.

Barthes piensa que tiene ante sí a un magnífico espécimen de maniaco obsesivo: ese hombre quiere el poder y ha materializado en su rival directo todo el rencor que podía sentir contra una fortuna durante demasiado tiempo adversa. Es como si se enfureciese ya por su próxima derrota, pero al mismo tiempo se sintiera dispuesto a todo menos a renunciar. Quizá no crea en su victoria, pero en su naturaleza está combatir para lograrla, o es la vida la que lo ha hecho así. Indudablemente, la derrota es la mejor escuela. Barthes, invadido por una ligera melancolía, prende un cigarrillo para disimular lo que siente. Pero la derrota inculca en el individuo complejas patologías. Barthes se pregunta qué será lo que realmente desea ese hombrecillo. No se cuestiona su determinación, pero ¿no se ha encerrado en un sistema? 1965,

1974, 1978... Una y otra vez, derrotas prestigiosas cuya responsabilidad no le es imputada personalmente, razón por la cual se siente autorizado a perseverar en su ser, y su ser es la política, no cabe duda, pero quizá también sea la derrota.

El joven calvo retoma la palabra: «Giscard es un orador brillante, bien lo sabe usted. Es más, su estilo está moldeado para la tele. Eso es ser moderno».

Mitterrand adopta un aire falsamente conciliador: «Pero, mi querido Laurent, hace mucho tiempo que estoy convencido de ello. Admiraba ya sus cualidades expositivas cuando intervenía en la tribuna de la Asamblea Nacional. En esa época, yo ya había tomado nota de que era el mejor orador que había oído desde... desde Pierre Cot. Sí, un radical que fue ministro durante el Frente Popular. Pero me estoy desviando. El señor Fabius es tan joven que apenas si ha conocido el Programa Común, así que por tanto menos aún el Frente Popular... (Risas tímidas alrededor de la mesa.) Pero volvamos, por favor, a Giscard, a ese faro de elocuencia. La claridad del discurso, la fluidez de la cadencia entrecortada de pausas que daban a los oyentes la sensación de ser convocados a pensar, igual que la cámara lenta de las imágenes deportivas de la televisión te proyecta desde el sillón en que arrellanas tus riñones hacia la heroica intimidad del esfuerzo muscular, todo, incluso la posición de la cabeza, todo, absolutamente todo predisponía a Giscard a aposentarse en nuestras pequeñas pantallas. Sin duda que ha añadido a sus propias cualidades naturales un montón de trabajo. ¡Se acabaron los *amateurs*! Y ha obtenido su recompensa. Con él, parece incluso que la televisión respira. El triunfo de los pulmones de acero».

El joven calvo sigue sin dejarse impresionar: «En conclusión, que es de una eficacia temible. La gente lo escucha y hay quien hasta vota por él».

Mitterrand, pensativo, responde como para sí mismo: «Sin embargo, me pregunto... Ha dicho usted algo sobre el estilo moderno. Yo, en cambio, lo creo desfasado. Nos hemos burlado de

la retórica de colorido literario y arrebatadora. (Barthes oye el eco del debate de 1974, herida nunca cerrada para el candidato derrotado.) Y a menudo con razón. (Cuánto debe de dolerle una concesión como esta, cuánto autocontrol ha debido de invertir para llegar a este punto...) Un lenguaje afectado hiere los oídos como el maquillaje la vista».

Fabius espera, Barthes espera, todo el mundo espera. Mitterrand tiene el hábito de hacer esperar, se toma su tiempo antes de proseguir: «Pero a retórica, retórica y media. La del tecnócrata ya está desgastada. Ayer era de un valor precioso. Hoy pasa por ridícula. ¿Quién decía hace poco: "Me duele mi balance de cuentas"?».

Jack Lang regresa y pregunta mientras se sienta: «¿No era Rocard?».

Mitterrand deja que de nuevo su irritación se abra camino: «No, era Giscard». Fusila con la mirada al joven de cabello ensortijado que le ha echado a perder el efecto y al punto sigue como si nada: «Dan ganas de pensarlo un poco. ¿Le duele como la cabeza? ¿Le duele como el corazón? ¿Le duele como un cólico nefrítico? ¿Como un retortijón? Esos son dolores ubicables. Pero ¿un balance de cuentas? ¿Está entre la sexta y la séptima costilla? ¿Es una glándula desconocida? ¿Uno de los huesecillos del coxis? Giscard no va por ahí».

Los invitados no saben si deben reír o no. Ante la duda, se abstienen.

Mitterrand mira por la ventana y continúa: «Él tiene sentido común y, experto en la vaguedad, conoce y siente la política como nadie».

Barthes comprende en toda su dimensión la ambigüedad de ese cumplido: para alguien como Mitterrand, evidentemente es un reconocimiento superior, pero, por una forma de esquizofrenia inherente al político, sacando partido de una riquísima polisemia, el término «política» tiene en su boca también cierto matiz despectivo, incluso insultante.

Mitterrand, ya sin que nadie lo pare: «Pero su generación se quita del medio al mismo tiempo que el economismo. Margot, que ha enjugado sus lágrimas, empieza a aburrirse».

Barthes se pregunta si Mitterrand no estará ebrio.

Fabius, que parece divertirse cada vez más, interpela a su patrón: «Ándese con ojo, todavía se mueve y sabe apuntar con precisión. Acuérdese de su dardo: "Usted no tiene el monopolio del corazón"».

Los invitados contienen la respiración.

Contra lo que cabría esperar, Mitterrand contesta casi desganadamente: «¡Ni es mi intención! Mis reflexiones, en cierto modo, van dirigidas al hombre público y me cuido mucho de juzgar al hombre privado, a quien ni siquiera conozco». Luego, una vez que ha hecho sus concesiones, es decir, ha demostrado su espíritu de *fair-play*, concluye: «Pero hablábamos de técnica, me parece. En él ocupa tanto espacio, que no sabe dónde ubicar lo imprevisto. El momento difícil de una vida, la suya, la de ustedes, la mía, de cualquier vida con ambiciones, es aquel en que una pintada en la pared te enseña que has empezado a imitarte a ti mismo».

Tras escuchar esas palabras, Barthes mete la nariz en su vaso. Siente brotar en su interior una risa nerviosa, pero se contiene recitando mentalmente esta máxima: «Cada quien ríe para sí».

Siempre la reflexividad.